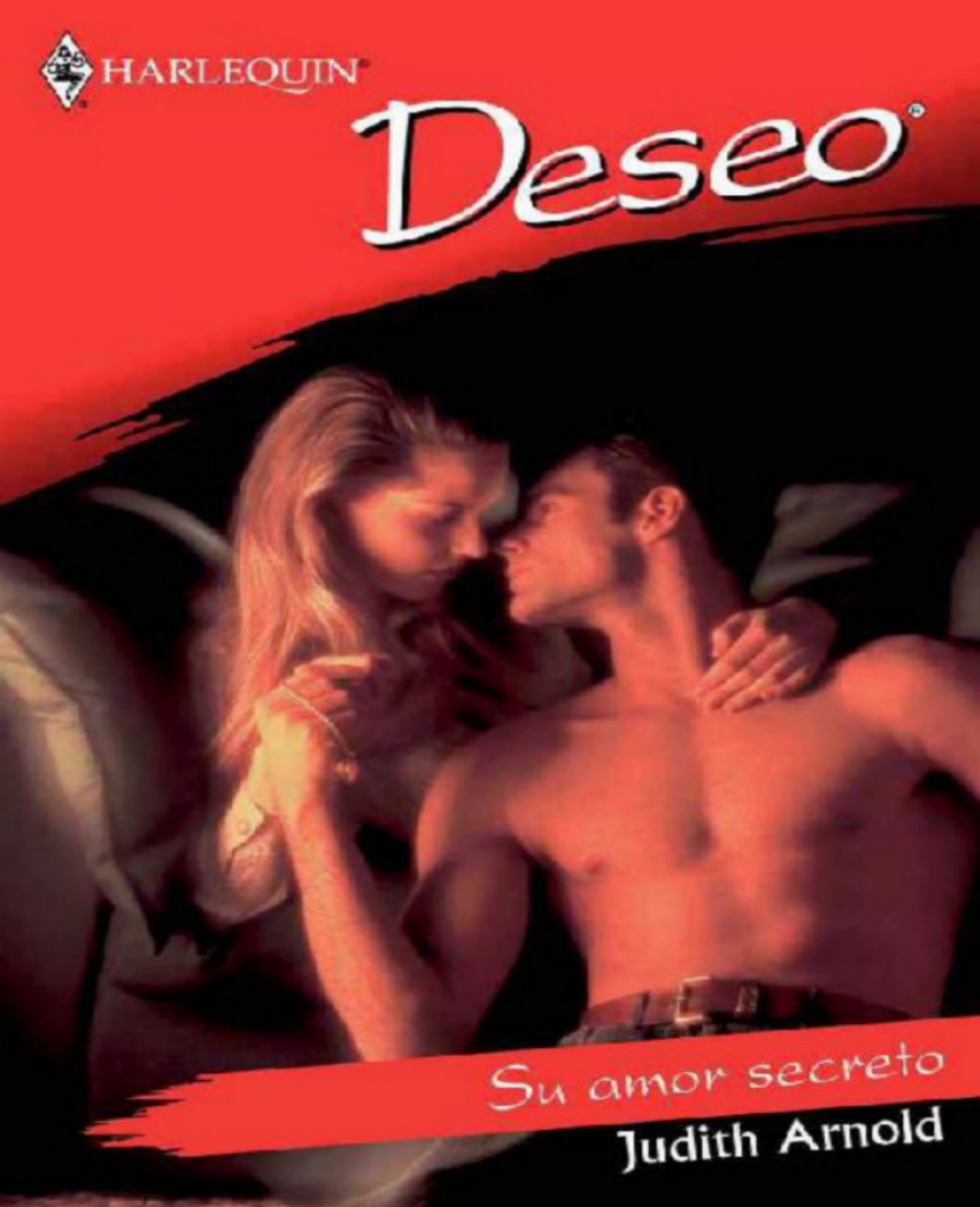

HARLEQUIN
Deseo
Su amor secreto
Judith Arnold

Su Amor Secreto

Título original: Her Secret Lover

Judith Arnold

Sabía que era ridículo, pero Martha Cooper se había enamorado de su jefe. Ella no era más que una sencilla contable, mientras que él era un sueño hecho realidad. Había tenido un sueño erótico con él y, desde entonces, su vida no había vuelto a ser la misma. Para su sorpresa, Blake comenzó a mirarla con pasión... Y entonces hicieron el amor salvajemente. Pero él seguía siendo el jefe y el tipo de hombre completamente inadecuado para ella. Sin embargo, parecía que había algo que los unía...

Por mucho que supiera que era imposible, tenía derecho a soñar, ¿no?

Capítulo Uno

En algún momento de su vida a una mujer deberían dejar de sudarle las manos en presencia de un hombre sexy. Por desgracia Martha Cooper aún no había alcanzado ese punto.

En su caso, veintiséis no eran años suficientes. Tener un master en contabilidad no era educación suficiente. Poseer una casa pequeña con una gran hipoteca no era responsabilidad suficiente. Gastarse cuarenta y tres dólares en un corte de pelo no era sofisticación suficiente. Haber recorrido los siete kilómetros que la separaban de la oficina en bicicleta esa mañana no era ejercicio suficiente.

Estaba sentada en el asiento del pasajero del Mustang convertible de Blake Robey, notando cómo la brisa de octubre creaba el caos en su corte de pelo de cuarenta y tres dólares, simulando que estar a su lado no ponía al rojo vivo cada célula de su cuerpo.

Era embarazoso estar enamorada del jefe. Y aún más embarazoso convertirse en un cúmulo de inseguridades y ansiedades cuando sólo la separaba de él la palanca de cambios, y conducían en la noche estrellada de Hyannis, captando el aroma del océano, iluminados por media luna plateada. Pero lo peor era que cuando él pensaba en ella, sólo veía una imagen: «contable».

—De veras agradezco que te hayas quedado tarde —decía él. Aunque el aire apagaba su voz, Martha entendió lo que decía. Estaba pendiente de cada una de sus palabras—. Quiero decir, siendo sábado y eso.

—Cuanto antes nos instalemos en el nuevo edificio, antes podremos volver al trabajo —contestó ella, diciéndose que incluso hablaba como una contable.

—Ya, sí, ¿no? —Blake hablaba como un ligón de playa apenas reformado. También parecía uno, con su cabello largo y rubio, aclarado por el sol, y los rasgos endurecidos por el viento. Tenía hombros anchos pero físico esbelto, el tipo de estructura que Martha asociaba con los delfines, o tiburones: eficaz, aerodinámica y fuerte.

No era su tipo. Se lo decía varias veces al día. Era un emprendedor atractivo, atrevido y descarado que no se molestaba en cosas pequeñas. Ella era normalita, un genio de la matemáticas

cuya vida profesional se centraba en lo pequeño y que nunca cometía errores.

Excepto uno: enamorarse de Blake Robey. Eso era un error fatal, no había duda.

Estaba al tanto de los problemas de tener una relación con el jefe, pero no eran aplicables, porque Blake y ella nunca tendrían una aventura. Los tiburones no se cruzaban con pececitos. Los hombres llamados Blake, que iban a trabajar en camiseta y eran propietarios de una empresa porque era más divertido que trabajar para otra persona, con hombros anchos que una mujer ardía por acariciar, no se emparejaban con chicas calladas y educadas, que disfrutaban tecleando números y cuadrando balances. Martha no iba a tener una aventura con Blake, así que la ética profesional era irrelevante.

En julio, había aceptado el trabajo en Batidos Frutales Blake por impulso, o más bien, dado que no era impulsiva, porque diez minutos con Blake habían convertido su cerebro en gelatina. Estaba de vacaciones, compartiendo una casita playera de alquiler con amigos. Al segundo día había visto un anuncio que solicitaba contable para Batidos Frutales Blake en el *Cape Cod Times.* Ya tenía un trabajo excelente en una gran empresa de contabilidad, en Boston. Tenía un buen sueldo e incentivos, pero se aburría. Todos los días seguía la misma rutina: se ponía un traje chaqueta, pasaba media hora en el transporte público, analizaba datos, archivaba informes y volvía a casa.

Pero en Cape Cod el calor veraniego, el aroma a aceite de coco, la constante brisa húmeda y los encantadores cafés y boutiques de Hyannis la habían cautivado. Así que mientras sus amigos daban un paseo en barco, Martha había ido a ver a Blake.

Blake Robey le ofreció el trabajo de inmediato. Bien porque estaba atontada por la playa, o por un sentido de aventura que ignoraba poseer, o porque Blake tenía los ojos más azules que había visto nunca, aceptó.

—¿Te gusta tu nuevo despacho? —preguntó él.

—Sí —pensó que debería mostrar más entusiasmo; su despacho era el doble de grande que el que había tenido en el edificio antiguo. Habían realizado la mudanza durante la semana, pero el edificio entero había sido una jungla de cajas y cuadros sin colgar hasta esa mañana; Blake había solicitado voluntarios dispuestos a convertir las nuevas oficinas en un hogar para todos.

Martha se había ofrecido voluntaria. Aparte de pasear a su perra, Lucy, hacer la colada y la compra, no tenía planes. Esa

mañana había ido al nuevo edificio de la empresa en bicicleta y habría vuelto igual si Blake no hubiera decidido que era demasiado tarde y peligroso.

Alrededor de las cinco de la tarde Blake había anunciado que iba a pedir pizzas y que invitaría a cenar a los que quisieran terminar de colocar plantas, cuadros y adornos. La mitad de los voluntarios tenían otros planes y se habían ido. Martha se había quedado.

A las ocho, se felicitaron unos a otros por su trabajo y salieron del edificio. Blake había visto a Martha quitando el candado a la bicicleta y al casco.

—Eh, no deberías volver en bicicleta a estas horas.

—No es tan tarde.

—Es de noche.

—Tengo reflectores —señaló los reflectores de las ruedas y el faro—. No pasará nada.

—Deja que te acerque a casa. Pondré la bicicleta en el asiento de atrás —ofreció él. Aceptó.

Él parecía cansado pero estaba de buen humor. No hacía mucho esfuerzo por conversar y era mejor así, porque siempre hablaban de trabajo y no le apetecía hacerlo un sábado por la noche.

Contuvo una mueca. No querer hablar de trabajo no tenía que ver con el día y la hora. Era porque estaba sola con Blake en un descapotable, bajo un cielo tachonado de estrellas. Era porque aunque él llevaba su ropa de trabajo habitual, vaqueros y una camiseta azul marino, ella no llevaba uno de sus anodinos vestidos formales o pantalones de pinzas y blusa de seda. Era la primera vez que Blake la veía en vaqueros.

Aunque probablemente ni se había fijado.

—Dios, estoy agotado —farfulló él, bostezando.

—No hacía falta que me trajeras a casa —dijo Martha.

—Me has hecho un gran favor quedándote hasta tan tarde. Te lo agradezco. Giro aquí, ¿no? —preguntó él con una sonrisa.

Tenía hoyuelos. Martha no entendía por qué estaba tan interesada en él. Era un hombre amistoso y amable, aunque demasiado impulsivo para su gusto. Por eso la había contratado. Era un hombre de ideas, un camarero que había creado sus propias combinaciones de frutas batidas y había encontrado a un par de inversores dispuestos a financiar su comercialización. Pensaba a lo grande, soñaba a lo grande y se reía de las inevitables calamidades que se producían al lanzar un negocio.

Martha no solía correr riesgos y no le hacían ninguna gracia los desastres. Lo más impulsivo que había hecho en su vida era aceptar

el trabajo de contable con Blake y dejar el de Boston.

—Ésa es mi casa —dijo, señalando la pequeña casita que había tenido la suerte de encontrar unos días antes de incorporarse a Batidos Frutales Blake. Era cuadrada, con tejado inclinado y poco pretenciosa. Había sido muy cara para ser lo que era, pero estaba al sur de la Ruta 28, cerca de la playa, y eso incrementaba mucho su valor. Martha era ahorradora y decidió invertir.

Le gustaba su tamaño: menos suelo que aspirar, menos aire que calentar en invierno y muy poquito jardín que cuidar. Sobre todo, le encantaba el porche cerrado al que daba la cocina. A Lucy también le gustaba. Solía pasar el día allí, corriendo de un lado a otro y ladrando a las gaviotas y ardillas que se acercaban.

En cuanto Blake apagó el motor, Martha oyó el familiar ladrido entusiasta. La pobre llevaba todo el día encerrada; Martha la llevaría a dar un largo paseo en cuanto Blake se marchase.

—Gracias —le dijo, abriendo la puerta. Él abrió la suya y, durante un horrible instante, pensó que iba a acompañarla hasta la puerta, como si eso fuera una cita y esperase un beso de buenas noches.

Pero no. Sólo pretendía sacar la bicicleta del coche.

—¿Dónde quieres que la ponga?

—Déjala ahí. Yo me ocuparé de ella.

—No, dime dónde quieres que la lleve.

—A la parte de atrás —dijo ella. Había un garaje en el jardín, pero mientras durase el buen tiempo prefería dejar la bicicleta en el porche—. Espera que saque el resto de las cosas —se inclinó para recoger su mochila y el casco. Se preguntó si debería ofrecerle algo de beber.

No se sentía capaz de invitarlo a entrar en su casa, estaba demasiado nerviosa. Oyó los ladridos de Lucy cuando se acercaban al porche, y el ruido de sus patas sobre la madera; estaba impaciente.

—Tengo una perra —le advirtió a Blake, subiendo los tres escalones. Miró hacia atrás y vio que Blake tenía el ceño fruncido—. Guardo la bicicleta en el porche —aclaró, suponiendo que no sabía dónde dejarla.

Abrió la puerta mosquitera y se preparó para la exuberante bienvenida de Lucy. La perra saltó sobre ella, ladrando y jadeando: un montón de pelo y patas con una larga lengua rosada. Martha dejó el casco y la mochila en un sillón y levantó a Lucy en brazos, para que no se lanzase sobre Blake. Era una mezcla de varios tipos de terrier, no muy grande, pero debía pesar más que la bicicleta.

Cuando estaba nerviosa, podía derribar a alguien tan grande como Blake, si lo pillaba por sorpresa. Él subió los escalones y las miró con una sonrisa desconcertada.

—Eh, hola —dijo, apoyó la bicicleta en la pared y estiró el brazo para rascar a Lucy detrás de las orejas. Lucy giró la cabeza para lamerle la mano.

—Se llama Lucy —dijo Martha, con la perra en brazos. Lucy alzó la cabeza para que Blake le rascara bajo la barbilla. Jadeaba con alegría y Martha supuso que ella haría lo mismo si estuviera en su lugar.

Notó que se le encendían las mejillas al pensar en Blake acariciándola. Estaba tan cerca que captaba el aroma especiado de su champú; bajo la luz dorada del porche, vio un principio de barba en su mentón.

—Hola, Lucy. ¿Cómo te va, chica?

Martha casi sintió su aliento. Cuando alzó la cabeza, lo sorprendió mirándola con fijeza, como si tuviera una mancha de tinta en la cara, o una segunda nariz.

—¿Qué? —inquirió.

—Nunca habría imaginado que tuvieras un perro. Pareces más tipo gato.

«Tipo gato». Traducción: soltera. La gente siempre suponía que las solteronas y las feministas preferían a los gatos. Lo cierto era que Martha consideraba que, en general, los gatos eran más listos que los perros. Pero no había adoptado a Lucy por su cerebro, sino porque había visto su foto en un anuncio del refugio para animales, que buscaba un hogar para ella. Lucy le había parecido tan adorable que no pudo resistirse.

Había sido un impulso similar al que le llevó a aceptar la oferta de trabajo de Blake. Había visto su adorable rostro y su corazón se había derretido.

En ese momento, él frotaba la espalda y costillas de Lucy, que parecía estar en éxtasis y salivaba.

—Bonita casa —comentó él, mirando a su alrededor. Martha había decorado el porche con una mesa con superficie de cristal, sillas tapizadas y un sillón. Aparte de eso, y una bombilla sobre la puerta, no se veía nada. Estaba demasiado oscuro para ver el jardín trasero, que ni siquiera era impresionante a plena luz: hierba, un seto de lilas en el límite sur, un garaje, un pino enano y más lilas en el límite norte.

El interior de la casa tampoco era espectacular. Las habitaciones eran pequeñas y había conseguido colocar los muebles de forma

atractiva, pero lo que más llamaría la atención a Blake si las viera sería el orden. Martha no era compulsiva, pero se enfrentaba a las tareas del hogar como a la contabilidad: todo exactamente en su sitio para que cuadrara. Nancy, su hermana, entendía de decoración y le había prometido ayudarla cuando la visitara, pero vivía en Washington D.C. y no iría hasta el verano siguiente.

De momento, a Martha no le importaba la falta de estilo de su casa. Estaba cómoda y Lucy podía correr a su albedrío sin crear ningún estropicio.

—Empieza a pesar demasiado —murmuró Martha, con Lucy en trance—. Tengo que soltarla.

—Espera, déjame —Blake colocó las manos debajo de Lucy. Rozó su muñeca con los dedos y Martha comprendió por qué Lucy estaba extasiada. Tenía la mano grande y los dedos eran fuertes y suaves. Quiso cerrar los ojos e imaginar esos dedos acariciando su mejilla.

Masculló para sí. Era una mujer inteligente que reservaba sus fantasías para cuando estaba sola. Blake nunca iba a acariciar su mejilla; iba a dejar la perra en el suelo, darle las buenas noches y, tal vez, agradecer de nuevo su ayuda.

En cuando Lucy tocó el suelo, se estiró y empezó a oler sus zapatillas de deporte con entusiasmo.

—¿Tienes perro? —preguntó Martha, suponiendo que Lucy debía oler a un rival en las zapatillas.

—No de momento —no parecía molestarlo el interés de la perra en sus pies y tobillos—. Bueno, supongo que debería ponerme en marcha.

—Gracias por traerme.

—Gracias por ayudar hoy.

—De nada.

—Estoy intentando recordar algo —dijo él con vaguedad, arrugando la frente.

—¿Algo respecto al traslado? ¿O de cuentas? —se odió por hablar como una contable, recordándole a Blake quién era y qué hacía.

—No, otra cosa —Lucy se sentó sobre su pie izquierdo—. Algo sobre esta noche. Tenía que ocurrir algo.

«Tenías que rodearme con tus brazos, en vez de a Lucy», fantaseó Martha, «Tenías que mirarme a los ojos y decir que hasta hoy no te habías dado cuenta de lo sexy y encantadora que soy».

—Algo que tengo que hacer…

—¿Con la cuenta Vida Natural? —sugirió ella, refiriéndose a una

cadena de comida sana de Chicago, que estaba a punto de incluir Batidos Frutales Blake entre sus productos.

—El cambio de hora —recordó él, dándose una palmadita en la frente—. Hay que cambiar los relojes.

—Es verdad —asintió Martha. Lo habría recordado en casa, había una nota en la portada del periódico.

—¿Hay que adelantarla o retrasarla?

—En primavera adelantarla, en otoño atrasarla —recitó ella—. Tenemos que retrasar los relojes una hora. Hoy podemos dormir una hora más.

—O quedarnos levantados una hora más —dijo él con una sonrisa juguetona. Ella volvió a ver sus hoyuelos. Era incapaz de no verlos; seguramente seguiría viéndolos cuando estuviera metida en la cama.

Martha estaba segura de que si él se quedaba levantado una hora más esa noche, haría algo más interesante que tumbarse en la cama pensando en los hoyuelos de una persona que no estaba a su lado.

—El cambio de hora es oficial a las dos de la mañana —comentó él—. ¿Quién decidiría que fuera a las dos?

—Se supone que hay que cambiar los relojes antes de acostarse —explicó ella.

—¿Ah, sí? —le lanzó una mirada irónica—. Vaya, yo pensaba quedarme despierto hasta las dos y cambiar los relojes entonces. Para no hacer trampas y hacerlo antes de lo estipulado —su sarcasmo hizo que Martha comprendiera lo tonta que había sonado.

—Perdona —se excusó, mirando a Lucy que parecía muy cómoda sentada sobre su pie.

—Eh, no —soltó una risa cálida—. Uno de estos días me quedaré levantado hasta las dos, sólo para ver qué pasa con esa hora. La perdemos todas las primaveras y la recuperamos todos los otoños... ¿Dónde crees que va entre primavera y otoño?

Ella lo escrutó, asombrada. No sabía si se burlaba de ella o si no entendía el principio del horario de verano y el de invierno. Quizá era una reflexión filosófica que no esperaba de un ex camarero que parecía más interesado en la diferencia de sabor entre el zumo de uva blanca y el zumo de uva roja, o los beneficios de las botellas de cristal frente a las de plástico.

—No va a ningún sitio —dijo, porque él parecía esperar una respuesta—. Es como la contabilidad. Se resta de una columna y se añade a la otra. Al final del periodo contable, vuelve a la columna inicial.

—Yo creo que esa hora está ahí fuera, esperando a que la reclamemos —dijo él con una sonrisa juguetona y ojos chispeantes—. Es nuestra, nos la robaron en primavera y ahora nos la devuelven. Y como es una hora extra, podemos hacer lo que queramos con ella. Es como un plus —encogió los hombros y sacó el pie de debajo de Lucy—. O quizá sea un regalo. Es nuestra hasta que tengamos que devolverla en primavera. ¿Qué te parece, Martha? Sería una lástima desperdiciar un regalo así.

—¿Desperdiciarlo? —pensó que él se estaba poniendo demasiado filosófico—. Es una hora en mitad de la noche, se supone que estamos dormidos.

—Es un plus —insistió él—. Pienso aprovecharlo, y tú deberías hacer lo mismo —giró y bajó las escaleras.

¿Martha Cooper tenía un perro?

Blake no sabía por qué se sorprendía tanto. En realidad nunca había pensado en Martha Cooper, ni en que tuviera mascotas, bicicleta, casa o una vida.

Martha era Martha. Había aparecido en su oficina en julio, en respuesta a sus oraciones. Sólo le importó que era contable, que podía desenredar las cuentas de la empresa, entendía los datos de los ordenadores y estaba dispuesta a trabajar para Batidos Blake.

Había estado desesperado. La empresa había crecido más de lo que esperaba, y muy rápido. De repente, tenía que ocuparse de distribuidores regionales, publicidad, nóminas y muchas cosas en las que no había pensado cuando se divertía inventando batidos y vendiéndolos por un pequeño beneficio. De pronto, los beneficios se habían disparado. Había contratado a una directora de recursos humanos que insistió en que buscara urgentemente a alguien que se ocupara de la contabilidad.

Su anuncio no había atraído a una avalancha de candidatos. En Cape Cod, en julio, sólo trabajaban los estudiantes que querían algo de dinero sin tener que pensar mucho: trabajo en hostelería o tiendas. El primer candidato fue un licenciado de Harvard, rico, condescendiente y con aires de superioridad; Blake lo odió a primera vista. La segunda fue una abuelita que había llevado los libros de la tienda de su marido cuarenta años y no sabía lo que era un ordenador.

La tercera fue Martha Cooper. La callada y competente Martha. Estable, sobria y eficiente. No lo molestaba ni le daba la lata. Se limitaba a estar *ahí,* asegurándose de que se hacía todo lo necesario.

Nunca la habría considerado amante de los perros. Le había dado impresión de solterona y solía asociar a esas mujeres con gatos

y periquitos. Iba a tener que reconsiderar su opinión. Le gustaban las sorpresas. Era una aventura ver a una persona desde otra perspectiva.

En realidad nunca había pensado en Martha desde ninguna perspectiva. Pero de repente se había encontrado acariciando a su perra y hablando del cambio de hora. Hasta ese momento la conversación más interesante que habían tenido era sobre la pastelería que vendía los mejores bollos de la ciudad.

Había sido muy amable ayudando en sábado. No había comido mucha pizza, pero era muy delgada. Blake había supuesto que era el tipo de mujer que tomaba pan tostado y té con limón para desayunar; o quizá cereales con leche desnatada. No tenía ni idea de qué almorzaba; suponía que yogurt natural o algo así.

Pero iba a tener que dejar de asumir cosas sobre Martha. Era obvio que tenía más de una sorpresa en la manga. Entre otras, una perra llamada Lucy.

Llegó al centro de Hyannis. Estaba muy tranquilo y callado, sin tráfico; típico de una noche de sábado fuera de temporada. Blake se había criado allí y conocía los ritmos. Como todos los lugareños, había llegado a apreciar a los veraneantes que inundaban la zona y se dejaban allí su dinero, pero sabía que el estrecho brazo de tierra era mucho más agradable cuando los turistas regresaban a su casa con las carteras vacías.

La mayoría de los sábados tenía alguna fiesta o salía con alguien, pero esa noche estaba cansado y se iba a casa. No era sólo cansancio físico de mover muebles y colgar cuadros; también era el estrés mental de aceptar que su empresa estaba creciendo a toda velocidad. Batidos Frutales Blake se estaba convirtiendo en algo grande, que Dios lo ayudara, en algo corporativo.

Al menos, esa noche tendría una hora adicional para recuperarse del impacto de que Blake Robey, extraordinario juerguista y bufón, se había convertido en un magnate. Dirigía una gran empresa que estaba a punto de expandirse más allá de Nueva Inglaterra.

Fue una típica noche de sábado Martha: dio un largo paseo a Lucy, se dio un baño, se puso su pijama de algodón y se sentó ante el televisor con un cuenco de helado; a las once se le cerraban los ojos. Lo atípico fue tener que retrasar los relojes antes de acostarse.

En momentos como ése, con el cambio de hora o si se iba la luz, se veía obligada a reconocer cuántos relojes tenía. El de pared en la cocina, el del horno, el del microondas y el temporizador de la cafetera. En el salón estaban el de la televisión y el del vídeo. Otro en la habitación de invitados, el de pulsera y el despertador.

Se sentó al borde de la cama, miró la radio reloj despertador de la mesilla y se preguntó por esa hora.

¿Dónde iba? ¿De dónde venía?

¿Cómo pasaría Blake esa hora? Siendo el tipo de hombre que era, podía imaginarlo.

Abrió la cama. Un hombre como Blake Robey no estaría deslizándose solo entre las sábanas un sábado por la noche. No estaba casado y en la oficina se rumoreaba que no tenía nada serio, pero Martha sabía que no le sería difícil conseguir a quien le calentara la cama.

Quizá se quedarían despiertos hasta las dos para ver de dónde llegaba la hora extra. Se rió ante lo absurdo de la idea. Pero cuando iba a cambiar la hora del despertador, su mano se negó, encendió la radio por accidente.

Decidió no cambiar la hora. Quizá se quedaría despierta hasta las dos, luego la retrasaría y disfrutaría de su plus. Al día siguiente era domingo, podía levantarse a la hora que quisiera.

Apagó la luz. La habitación se quedó a oscuras, excepto por los números rojos del despertador. Sonaba una balada romántica. Martha cerró los ojos y recordó el roce de la mano de Blake cuando le quitaba a Lucy de los brazos. Recordó sus ojos brillantes, sus hoyuelos y su cuerpo largo y esbelto tan cerca del suyo.

Se quedó dormida pensando en él, arrullada por otra canción de amor.

La despertó un súbito silencio. Abrió los ojos y vio la hora en el reloj: las dos de la mañana.

Una sombra pasó ante sus ojos, estiró un brazo y tocó un botón, cambiando la hora a la una.

Había alguien en su dormitorio. Alguien había apagado la radio y ajustado el reloj. Alguien estaba de pie junto a su cama.

Rezó por que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y su corazón siguiera latiendo para no desmayarse. Deseó que quienquiera que fuese, se llevara lo que quisiera, dinero, joyas, electrodomésticos..., pero que no les hiciera daño a ella o a su perra.

La sombra empezó a adquirir forma. Una sombra masculina, alta y delgada.

—¿Quién está ahí? —musitó, alzando la manta hasta la barbilla. Su voz sonó tranquila—. ¿Qué quiere?

—Soy tu regalo —susurró una voz masculina, irreconocible—. Es tu hora y estoy aquí.

Capítulo Dos

Martha estaba soñando. Tenía que estarlo. Sino estaría muerta de miedo y no era así.

Ése era su plus, no contaba en tiempo real. Le habían robado esa hora seis meses antes y ahora se la devolvían para que hiciese lo que quisiera con ella.

El dormitorio estaba demasiado oscuro para ver el rostro del intruso; sólo oía su respiración.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz entrecortada.

—A ti —respondió. Eso debería haber hecho que gritase y corriera hacia la puerta. Sin embargo, la calmó, ofreciéndole una prueba más de que era un sueño.

Sólo se veía su silueta, no sus rasgos. Parecía estar desnudo de cintura para arriba; su torso era puro músculo esculpido. Tenía el pelo alborotado y le caía casi hasta los hombros.

Se preguntó *cómo* había entrado en la casa y por qué no había ladrado Lucy. Entonces recordó que era un sueño y eso no tenía importancia. Lo único que importaba era que estaba allí, y que era su hora.

Había un hombre de pecho desnudo y con lo que parecían unos vaqueros ajustados en su dormitorio, a las dos de la mañana. O a la una. O en esa hora inexistente que había entremedias.

Y la quería a ella.

Se acercó a la cama. Ella sintió miedo, pero no miedo de que le hiciera daño. Era su regalo y nada de eso estaba ocurriendo... pero nunca había tenido un sueño así. No sabía cómo seguiría ni cuál era su papel.

—No tengas miedo —susurró él. Dio otro paso y apoyó una rodilla en la cama. El colchón se hundió y la gravedad lo acercó a él. Rozó su pierna y reconoció la textura de tela vaquera. Había acertado.

Él se sentó en la cama. Martha deseó que hablara para identificarlo por su voz. En realidad sabía quién era: el hombre con el que llevaba soñando desde julio. Sabía quién tenía el pelo así de largo, los hombros así de anchos. Si cerraba los ojos, podría visualizar sus hoyuelos, aunque no le viera el rostro.

Era su sueño, su hora, y podía disfrutar. «No la desperdicies», le había aconsejado Blake.

Iba a aprovecharla, pero no sabía cómo sacarle el máximo partido. Tenía muy poca experiencia con los hombres, fuera o dentro de la cama, y los pocos con quienes había salido eran formales y serios. Nunca habían aparecido semidesnudos en sus fantasías nocturnas.

Los hombres con los que salía eran... la clase de hombres que se interesaban por una mujer reticente y no demasiado guapa que disfrutaba con los números. Martha sabía lo que era y si alguna vez sentía la necesidad de casarse, lo haría con uno de esos hombres serenos y compatibles con ella, e intentaría ser feliz.

—No tengas miedo —volvió a susurrar él. Casi se alegró de que siguiera siendo anónimo.

El le apartó el pelo de la mejilla y sintió las cálidas yemas de sus dedos en la piel; el calor penetró en su cuerpo y acarició su alma.

Siguió acariciando su rostro, las cejas, la nariz, los labios. La barbilla hasta la sien, la oreja. Ella se preguntó si veía su rostro o la acariciaba como un ciego.

Llevó la otra mano hacia las sábanas que sujetaba como un escudo; las soltó y cayeron sobre su regazo. Le puso la mano en el hombro. Martha pensó que a él le parecería infantil su pijama de algodón. Nunca había tenido un picardías elegante y sedoso.

Sin embargo, él no comentó el pijama. Dibujó su hombro con el dedo, bajó hasta el codo y luego volvió a su cuello. Ella suspiró.

El sueño era fantástico. Todo un regalo.

Movió las piernas y se le aceleró el corazón. Quería que él volviera a acariciarle el cuello, el pelo, las orejas. Habría deseado controlar el sueño a su gusto.

Pensó que quizá sería mejor entregarse a él, sentir cómo la anticipación crecía en su interior, como el agua de una presa, una deliciosa presión que estallaría cuando llegase el momento adecuado. Se ordenó relajarse y disfrutar de cada segundo. Confiaría en que él siguiera causándole placer. Aunque no podía dirigir el sueño, era suyo, su regalo, y nada podía ir mal.

Se hundió en la almohada y él la siguió, con las manos en su cabello. Después, deslizó las manos al primer botón de la chaqueta del pijama. Lo abrió. Y el siguiente, y otro más. Martha arqueó las caderas.

Supo que no quería hablar ni oír su voz y comprender que no era la de Blake Robey. Prefería que siguiera siendo un amante anónimo y universal.

Él abrió el último botón y expuso sus senos. Despacio, muy despacio, subió las manos desde su cintura, hasta que sus pulgares

se encontraron encima del ombligo. Era delgada, con poco pecho, pero sabía que eso no importaría en el sueño. El hombre sombra no hablaría ni criticaría. Seguiría subiendo hasta sus senos, acariciaría la blanda carne y pellizcaría sus pezones.

Martha gimió, rompiendo el silencio de la habitación. Él se irguió en la cama y apretó sus senos. No lo oía respirar, ni moverse. Sólo lo sentía, y eso era más que suficiente.

Se inclinó hacia ella y posó los labios en su frente. Un beso suave pero increíblemente erótico. Sintió peso en sus caderas y arqueó los dedos de los pies. Le ofreció la boca pero él la ignoró.

Besó sus párpados, el puente de su nariz, su pómulo y su sien. Después se desplazó a un sensible punto debajo de su oreja y a la base del cuello. Sus manos, entretanto, siguieron acariciando sus senos.

Ella empezó a jadear. Entreabrió los labios porque necesitaba oxígeno y él aplastó la boca contra la suya, introduciendo la lengua en su interior. La sensación fue tan intensa que su cuerpo se estremeció con deleite.

Nunca había sentido algo igual. No se había creído capaz de soñarlo.

El beso le dio el coraje suficiente para rodearlo con los brazos. Tenía la espalda caliente y suave, como si se hubiera tostado al sol durante un largo y cálido verano de Cape Cod. Sintió los músculos flexionarse bajo la piel, los sólidos huesos de sus hombros, su peso cuando se tendió a su lado.

Sus piernas deseaban las de él. Pateó la ropa de cama, pero él estaba encima y no pudo apartarla. Deseó protestar, pero él la besaba con demasiada intensidad.

Los besos eran deliciosos. Su limitada experiencia con los hombres había incluido a varios que confundían pasión con fuerza y consideraban seductor aplastarle los labios contra los dientes hasta dejar su boca dolorida.

Él no. Su beso era duro pero refinado, insinuando sólo la posibilidad de dominación. Su lengua poseía el interior de su boca, pero luego permitía que la de ella jugara con la suya. Daba y recibía.

Estaba disfrutando tanto que casi gritó cuando él se apartó. Pero se mordió el labio y le dejó seguir con lo que estaba haciendo.

La estaba alzando lo suficiente para quitarle la chaqueta del pijama. Después volvió a apoyarla en la almohada y, por fin, liberó sus piernas de la ropa de cama que la aprisionaba. Tiró del pantalón del pijama con suavidad y se lo quitó.

Debería haber sentido vergüenza, desnuda ante un desconocido. Pero era un sueño y sus besos habían borrado sus inhibiciones. Si no había criticado sus senos, tampoco criticaría el resto de su cuerpo.

Pensaría que era bellísima. Esbelta, no delgada. Y que su pelo era sedoso y espeso, merecedor del carísimo corte de pelo que se había hecho. Pensaría que sus ojos eran color chocolate oscuro, no terroso, y sus dedos gráciles, en vez de cortos. Pensaría que era una mujer magnífica, la más sexy del mundo entero.

Las manos bajaron de sus caderas a sus muslos, rodillas, pantorrillas, pies. Le acarició las plantas de los pies, haciéndole cosquillas, pero ella se tragó la risa. En el sueño, él no notaría las durezas de los talones, sus pies le parecerían pura perfección.

Llevó las manos a su cabeza y acarició su pelo. Era suave y exuberante, como deseaba que fuera el de ella. Se preguntó si el pelo de Blake sería así.

Esa noche sí. La brisa marina y la luna lo habían acondicionado mientras conducía su descapotable, y ella sentía el viento y la luna en cada mechón de pelo del desconocido.

Oyó el ruido de una cremallera al abrirse y el crujido de los vaqueros al caer al suelo. Sintió una punzada de pánico, pero luchó contra ella.

Le tocó el hombro. El se alzó ante ella, pura gracia y virilidad, calor y oscuridad. Acarició sus hombros, sintiendo sus músculos y tendones, intentando imaginar la sonrisa de Blake, sus hoyuelos.

El extraño se inclinó y besó sus senos, pasando de uno a otro, mordisqueando, lamiendo y succionando. La humedad de la lengua en su piel creaba oleadas de éxtasis en todo su ser. Suspiró de nuevo.

Él se apartó y siguió besando hacia abajo. Ombligo, caderas, y después entre las piernas. Se dijo que no podía estar soñando eso, porque nunca se había atrevido a pensarlo siquiera. Pero estaba ocurriendo, era su regalo. Todo su cuerpo se contrajo, como si quisiera atrapar la sensación, impedir que el placer desapareciera.

Alzó las caderas contra él y cerró los puños. Los dedos de él la encontraron, y después su lengua. Cerró los ojos con fuerza, creyendo que se le iba a parar el corazón. De repente, todo pareció estallar en su interior y se perdió en un intenso latido de calor.

Se obligó a abrir las manos y los ojos. Él seguía allí, arrodillado entre sus piernas. Besó su estómago.

Menudo sueño era ése. No quería despertar nunca. Se volvió hacia el despertador. No se veía ningún número encendido, quizá su hora aún no hubiese acabado.

La sombra se alzó ante ella, tomó una de sus manos, besó el pulgar y la guió hasta su erección. Sin soltarla, la ayudó a tocar, acariciar, aprender su forma. Ella se preguntó si se quedaría sin aire, como ella. Si sentiría lo que ella había sentido y deseó que fuera así.

Bajó la otra mano y tocó sus muslos, su abdomen su vello púbico. Escuchaba atentamente, esperando un gemido, alguna indicación del efecto que estaba teniendo en él. Había un efecto físico obvio, por supuesto, pero ella buscaba algo más que un mero reflejo biológico. Quería volverlo loco de pasión por ella.

Se alzó para besar su cuello. No era tan experta como él, pero lo hizo lo mejor que pudo, recordando cada escena de amor que había visto en el cine, cada novela romántica que había leído. Utilizó lengua, dientes y labios en su pecho, sabía salado y caliente, delicioso.

Entonces lo oyó, un gruñido lento y profundo; había conseguido la respuesta que anhelaba.

Él se tumbó de espaldas. La asombró que apoyara la cabeza en su almohada. Quizás encontraría un cabello suyo por la mañana, o captaría su aroma. Permitió que la situara sobre él, sujetando sus caderas, y la hiciera bajar lentamente hasta su miembro.

Nunca había sentido un placer tan dulce y fiero. Nunca el cuerpo de un hombre había encajado tan perfectamente en el suyo, penetrándola, deslizándose y tocando puntos sensibles cuya existencia desconocía.

Mantuvo una mano en sus caderas y deslizó la otra por su espalda, acariciando su columna vertebral hasta llegar a la nuca. Apretó con suavidad y ella sintió que un cálido escalofrío la recorría de arriba abajo. Él la penetró más y más, con fuerza, hasta que ella se perdió en un sinfín de convulsiones.

Se derrumbó sobre él, agotada y mareada de júbilo. Sintió el latido de su corazón en la mejilla y la explosión final cuando alcanzó el climax en su interior. Deseó haberlo saciado, contentado tanto como él a ella.

¿Sería posible que *ella* fuera el sueño de *él?* El hombre misterioso, cuya identidad sólo intuía, pudiera estar soñando con hacerle el amor a Martha Cooper, la contable. Quizá el sueño real fuera que podía ser el tipo de mujer que hiciera feliz en la cama a un hombre como Blake Robey, que podía ser la mujer de sus sueños.

Pero eso ocurriría. Era el plus de *ella.* Dondequiera que estuviese Blake, a las dos de la mañana del día del cambio de hora, estaría

recibiendo su propio plus, su propio sueño. Y no tendría nada que ver con ella.

Suspirando, se levantó del hombre. Deseó ver su rostro una vez, saber quién era su glorioso amante.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó.

—Mira el reloj —susurró él.

Ella se volvió. Un resplandor rojo empezó a iluminar la pantalla y se convirtió en una cifra: 2:00.

Giró en redondo.

El hombre había desaparecido.

Capítulo Tres

—Blake, no me estás escuchando —se quejó Doug Horowitz. Era el vicepresidente de marketing de Blake. Era inteligente, tenía dos carreras, y eso eran dos más que Blake. Normalmente, Blake se esforzaba por prestar atención a todo que Doug tuviera que decir.

Pero esa mañana de lunes no era normal. Blake estaba cansado, inquieto. Le costaba lo concentrarse.

Sospechaba que la culpa era del extraño fin de semana que había tenido. Extraño por culpa del cambio de hora; por lo visto, no se había adaptado.

Todo había parecido normal el sábado por la noche. Llegó a casa, abrió una cerveza, se tiró en el sofá y vio un partido de fútbol en la televisión. Había vaciado su mente de todo excepto del partido y el sabor de la cerveza. No había pensado en la empresa, el traslado, ni en Martha Cooper y su perra.

A las once de la noche atrasó los relojes, se duchó y se fue a la cama.

Pero no había dormido bien. A lo largo de la noche, se dormía para despertar de repente, con una erección; como si fuera un adolescente. Siguió durmiéndose y soñando... No recordaba lo que soñaba, pero debía ser algo muy erótico, porque se despertaba duro como una piedra. La tercera vez que ocurrió, salió de la cama y se dio otra ducha, para refrescarse. Volvió a acostarse despertó jadeando y excitado como un loco.

Tenso y malhumorado, se levantó demasiado temprano el domingo. Pasó el día desorientado, en casa, mirando con rabia la llovizna que no dejó de caer todo el día y pensando en comprar un perro. Como si necesitara un perro en su vida. Como si tener una empresa no fuera suficiente responsabilidad para un tipo que nunca había pensado en tenerla.

Y allí estaba, el lunes por la mañana, y la persona con mejor cerebro para lo negocios de la empresa no cesaba de hablarle de Chicago. Sabía que debía prestar atención, pero no podía.

—Vida Natural es un mercado muy importante —decía Doug—. Creía que todo estaba decidido y, de repente, dan marcha atrás. Cuando llegué al despacho tenía un fax diciendo que no estaban listos para firmar el contrato. Los llamé de inmediato, no conseguí respuestas...

—Claro, el cambio de hora siempre lo lía todo.

Doug le lanzó una mirada de exasperación.

—Creo que deberíamos ir a Chicago y hablar con los de Vida Natural cara a cara. Tenemos que ver con nuestros propios ojos lo que ocurre allí. Estaban encantados con el producto hace un mes, hace una semana… y de repente, empiezan a hablar de que les falta espacio en las estanterías y compromisos publicitarios. Se enorgullecen de promover los buenos hábitos alimenticios, pero apuesto que competimos con refrescos por su espacio.

—Agua embotellada —corrigió Blake—. Todo el mundo cree que el agua embotellada es la bebida saludable por excelencia. Deberían mirar una gota en un microscopio. Está llena de cositas que nadan. Amebas y gérmenes y cosas —dijo, rememorando lo que había visto en su clase de biología en el instituto.

—Es igual, sigo creyendo que necesitamos hacer un viaje, y pronto. Si quieres, puedo ir solo, pero sería mejor que vinieras.

—Seguro —dijo Blake. Doug tenía demasiada energía, su mera existencia le provocaba dolor de cabeza—. Puedes ir a Chicago y solucionar el problema.

—Creo que sería más efectivo que vinieras también —insistió Doug—. Tú fuiste quien consiguió la cuenta.

Blake abrió la boca y volvió a cerrarla. Había conseguido la cuenta porque conoció a la hija del propietario de la cadena de alimentos Vida Natural en Jamaica y congeniaron. Tracy y él pasaron una semana fantástica y ella insistió en que a su padre le encantaría vender sus productos. Se enviaron algunos mensajes tras regresar a Estados Unidos, pero después ella le dijo que había decidido que era hora de casarse y había encontrado al tipo adecuado para marido; Blake le deseó lo mejor. Entretanto, habían iniciado el trato de distribución con Vida Natural.

—De acuerdo, iremos a Chicago —accedió, deseando sacar a Doug de su despacho.

—Podrás hacer que tu magia funcione con la gente de Vida Natural, ¿verdad? —el ceño de Doug se transformó en expresión de ansiedad.

—Doug, la magia que utilicé antes no es de la que se pueda utilizar con una mujer comprometida para casarse con otro hombre —Blake se puso en pie y rodeó su mesa para acompañarlo a la puerta. No era hombre de escritorio y había pedido a la decoradora que le buscara una mesa bonita y fuerte en la que pudiera apoyar los pies sin volcarla.

Lo cierto era que su despacho tenía muy buen aspecto. Las

estanterías estaban llenas de libros e informes mensuales; en la pared había una gran foto de las olas estrellándose contra las dunas y un póster trucado que le había regalado una chica con la que había salido unos meses. Era como un anuncio de Coca—Cola de la segunda guerra mundial, pero el marinero y su chica mostraban botellas de Batidos Frutales Blake. Le encantaba.

Doug estaba junto a la puerta, sin salir. Debía temer que Blake no captaba la gravedad de la situación en Chicago. Era una de sus frases favoritas.

—Mira —Blake decidió que si colaboraba un poco, quizá Doug se iría por fin—. Entiendo la gravedad de la situación. Iremos a Chicago y besaremos traseros, ¿de acuerdo?

—Esto no es un juego —protestó Doug—. Por fin hemos organizado la distribución en la zona central de Estados Unidos, no es buen momento para perder uno de nuestros mayores contratos.

—Lo sé, lo sé. No lo perderemos. Iremos allí y lo solucionaremos todo —puso la mano en el hombro de Doug y lo empujó hacia la puerta.

En el vestíbulo, un par de secretarias estaban charlando junto almacén.

—Eh, Martha —llamó una de ellas. Martha Cooper apareció con un montón de papeles en la mano.

Blake casi dio un salto. Martha parecía… distinta.

La miró desde el umbral de su despacho, esperando que no lo viera. Un minuto después comprendió que no había nada distinto en ella, que fuera definible. Llevaba el pelo igual que el sábado, sólo que más peinado y brillante. Era de color oscuro, pero se veían reflejos rojizos en el marrón; quizá las alegres luces del vestíbulo estuvieran acentuando sus reflejos.

Eso también explicaría que sus ojos parecieran más brillantes. Más oscuros y brillantes. Como llamas: luminosos por fuera y misteriosos y oscuros en el centro. Sus mejillas también parecían más sonrosadas. Pensó que era increíble lo que una mujer podía lograr con un poco de maquillaje.

¿Por qué se habría maquillado Martha Cooper? En todos los meses que llevaba allí, lo más que había notado era un sutil toque de barra de labios. No tenía los ojos pintados, lo único distinto era su fuerza.

También parecía más alta. Bajó la vista para comprobar si llevaba tacones en vez de sus habituales zapatos planos. Llevaba el estilo habitual, pero sus piernas eran muy bonitas. Por alguna razón incomprensible, volvió a sentirse excitado.

Cielos. Martha Cooper. Ella no podía provocarle esa reacción. Las secretarias eran más jóvenes y llevaban ropa más seductora. En cambio, la falda de Martha tapaba sus rodillas y encima llevaba una aburrida blusa blanca y una igualmente aburrida chaqueta. Pero la blusa estaba abierta en el cuello y vio el hueco que había en la unión de sus clavículas; la piel parecía satén.

—Bueno, iré a pedirle a Helen que haga las reservas para Chicago —le dijo Doug.

Martha se había apartado de las secretarias tras intercambiar unas palabras y llegaba por el pasillo. Miró a la izquierda y se encontró con los ojos de Blake. Para asombro de él, se sonrojó.

No podía ser. Martha Cooper era demasiado pragmática para sonrojarse. Todo era efecto de las luces del pasillo. Cuando se acostumbrara, Martha volvería a parecer la Martha de siempre.

—Hola —saludó.

—Hola, Blake. Hola, Doug —saludó ella. Quizá, si se había sonrojado, fuera por Doug. De toda la empresa, Doug era el tipo de hombre más apropiado para Martha, con sus trajes caros y su personalidad entregada.

Eso debía ser. Se había arreglado un poco más esa mañana para impresionar a Doug. Los dos eran buenos profesionales y solteros. Ambos se tomaban la vida muy en serio. Blake se preguntó cómo no se había dado cuenta antes.

—Quizá deberíamos llevarnos a Martha a Chicago —murmuró, cuando ella desapareció de su vista.

—¿Martha? —Doug alzó las cejas—. ¿Martha Cooper?

—Estaba pensando que quizá… pueda impresionarles con sus cifras

—No sé… —Doug consideró la idea—. No haría ningún mal. Se le dan muy bien las cifras.

Blake frunció el ceño. Acababa de comprender que nunca había *mirado* de verdad a Martha. Dependía de ella para que realizase el trabajo y lo hacía a la perfección. Cuando necesitaba datos, se los daba; si había algún problema de facturación, lo avisaba.

Pero tenía buenas piernas. Y una postura erguida que resaltaba sus caderas, la cintura estrecha y los pechos pequeños y firmes. Aunque la falda no fuera una mini, le quedaba muy bien.

No tenía por qué no ser así. Martha Cooper era una mujer. Tenía un perro, vivía cerca de la playa.

Nada de eso debería hacer que a Blake le diera vueltas la cabeza. Era la falta de sueño. Cuando durmiera ocho horas seguidas, el mundo recobraría la normalidad.

—Entonces, lo organizaré —dijo Doug—. Chicago, cuanto antes. Y si quieres, nos llevaremos a Martha.

—Avísala del plan —dijo Blake. Imaginó los ojos de Martha brillar cuando Doug le dijera que iría con él y Blake a Chicago. Se la imaginó tocándose el pelo, sonriendo con timidez y diciendo que reorganizaría sus otras tareas. Imaginó su excitación al pensar en que viajaría con Doug y podía ocurrir algo entre ellos.

Lo extraño fue que imaginarse todo eso le provocara una punzada de celos.

Sabía una cosa: quienquiera que hubiese estado en su cama esa hora extra de la madrugada del domingo, no había sido Blake.

Al verlo ante el umbral, había notado su parecido con el hombre misterioso que le había hecho el amor de forma sublime. Era igual de alto y esbelto. Su cabello tenía el mismo largo, su pecho era igual de ancho.

Pero él la había mirado como si no la hubiera visto nunca. El amante había sido una cosa de su imaginación.

El domingo, cuando se despertó había estado segura de haber soñado todo el incidente, aunque estaba desnuda y el pijama tirado en el suelo. Al salir de la cama le dolieron músculos que había olvidado tener. Sus muslos y sus senos estaban doloridos.

¿Podía un sueño hacerle eso a una mujer?

Era obvio que sí, y no iba a quejarse. Le habría encantado que el sueño se repitiera todas las noches. Pero ningún visitante se materializó en su dormitorio el lunes a las dos. Fue como cualquier otra noche.

Decidida a no obsesionarse, se sentó en la silla y observó su nuevo despacho. Los muebles estaban colocados de forma ordenada. Le pareció muy aburrida. Necesitaba algunas láminas para la pared y un par de plantas para la ventana.

A la hora de la comida se acercaría al centro comercial a comprar adornos. Por suerte había ido a trabajar en coche, por la lluvia del día anterior. Llamaron a la puerta con los nudillos.

—¿Tienes un minuto? —Doug Horowitz apareció en el umbral.

Siempre tenía un minuto para Doug. Era una de las pocas personas de Batidos Frutales Blake que tenía conocimientos académicos de teoría empresarial. Solía preocuparse demasiado, pero era un buen contrapunto para Blake, que no se preocupaba suficiente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con una sonrisa.

Él entró con aire intranquilo. Se preguntó si había notado su nerviosismo al saludar a Blake, o si había notado su rubor. Esperó

que no fuera a comentarlo, porque se moriría de vergüenza.

—Blake quiere que vayas a Chicago —dijo.

—¿Chicago?

—El y yo vamos a ir. La cuenta con Vida Natural ya no está segura. Tenemos que hacer una labor de rescate. Blake pensó que tú podrías contribuir.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. Que una gran cuenta en la zona centro se tambaleara era mala señal, pero no sabía qué contribución podía aportar. ¿Informes financieros y facturas?

—¿Por qué? —inquirió.

—Supongo que te quiere allí. ¿Quién sabe? —Doug giró las manos hasta mostrarle las palmas, como si él tampoco lo entendiera —. Quizá cree que conquistarás a los de Vida Natural con tu encanto.

—Mi punto fuerte no es el encanto —Martha rió en voz alta.

—Entonces, quizá suponga que los conquistarás con tu sabiduría. Ya sabes cómo es Blake. Tiene una idea y la pone en práctica. Ha tenido razón suficientes veces como para confiar en su instinto. Su instinto le dice que debes venir a Chicago con nosotros.

—¿Cuándo se supone que tendrá lugar estar misión de rescate?

—No lo sé. Voy a pedirle a Helen que lo arregle todo. Tenemos que hablar con la gente de Vida Natural y asegurarnos de que nos recibirán. En cuanto sepa algo, te lo diré

—Tendré que hacer algo con mi perra —explicó ella.

—Podrías llevarla a una perrera unos días. Batidos Blake pagará los gastos.

A Martha no le gustaba la idea de dejar a Lucy en una perrera, pero sí el que la empresa pagase los gastos. En Batidos Frutales Blake, ella era del departamento de administración. Si un contable tenía que hacer un viaje para la empresa, suponía que le tocaría a ella.

Seguía sin saber por qué tenía que ir. Su función era ocuparse de los impuestos y vigilar el flujo de entrada y salida de dinero, no convencer a compradores dubitativos. Pero Blake quería que fuera.

Como Doug había dicho. Blake funcionaba por instinto gran parte del tiempo, y eso le había llevado al éxito. Quizá había contratado a Martha por impulso. Desde luego, ella lo había aceptado por impulso. Así que iría a Chicago, también por impulso.

—De acuerdo —encogió los hombros—. Avísame.

Doug fue hacia la puerta. Allí giró y la miró.

—¿Te va todo bien, Martha? —preguntó.

Ella parpadeó, preguntándose a qué se refería. Doug Horowitz

nunca había demostrado más que interés profesional por ella. Siendo mujer, sabía bastante de él, porque el aseo de mujeres era la central del cotilleo. Sabía que su matrimonio había sido un fracaso y duró poco, que tenía un piso caro junto al campo de golf, que consideraba la película *Pulp Fiction* brillante y, aunque no era demostrable, que no le gustaba salir con mujeres más inteligentes que él. De hecho, sabía más de lo que deseaba saber. Pero la intrigó su curiosidad.

—Todo va bien —respondió, intentando leer su rostro—. ¿Por qué? ¿Doy la impresión de que algo va mal?

—No. Pareces... no sé. Diferente —ladeó la cabeza—. De hecho, estás fantástica.

—En otras palabras, antes no estaba fantástica —apuntó ella.

—No he dicho eso —sonrió avergonzado—. Es sólo que... no sé. Hay algo diferente en ti. No sé definirlo.

«Parezco una mujer que ha echado un polvo», pensó ella con crudeza. Se corrigió de inmediato: «Una mujer que hizo el amor de forma sublime con un desconocido este fin de semana». En realidad no había hecho el amor *de verdad.* Lo ocurrido había sido una fantasía.

—No sé —repitió él—. Sea lo que sea, sigue así. Está claro que te sienta bien.

Ella apretó los dientes para no reírse, o gemir. Le encantaría que su semental imaginario la visitara con regularidad, pero había sido un regalo de una hora, y esa hora no volvería hasta que pasara un año. Entretanto, en primavera, le robaría esa hora y se preguntaría qué ocurriría. ¿Sufriría una hora de tormento para compensar su hora de éxtasis?

—Bueno —Doug dio un paso atrás y sonrió—. Pediré a Helen que lo arregle todo para ir a Chicago —se marchó.

Ella miró el salvapantallas del ordenador y se preguntó si a todo el mundo le parecería obvio que le había ocurrido algo durante el fin de semana. Tal vez las secretarias lo habían notado, como Doug. O Blake.

Imposible. Blake no se fijaba en nada.

Capítulo Cuatro

El asiento era demasiado pequeño para las largas piernas de Blake. Estaba sentado solo en la fila de un asiento, a la izquierda del pequeño avión bimotor; al otro lado los asientos eran dobles y había animado a Doug y a Martha para que se sentaran juntos. Empezaba a arrepentirse. Lo había hecho porque pensaba que había química entre ellos dos. No sabía por qué los imaginaba como pareja, ni por qué le importaba. Nunca antes había hecho de casamentero. Eran serios, profesionales, bien educados... lo lógico era que se sentaran juntos.

Pero verlos con las cabezas juntas, murmurando y riendo lo estaba poniendo enfermo. No oía lo que decían. Lo importante era que cuando Doug hablaba, Martha ladeaba la cabeza y el pelo le caía sobre el hombro de manera muy femenina y sus ojos oscuros resplandecían. Lo importante era que cuando la azafata les llevó refrescos, Doug pasó el suyo a Martha y sus manos se rozaron. Lo importante era que Blake estaba solo, observándolos y cada vez más molesto.

Le pidió una cerveza a la azafata y no le gustó su sabor. Pensó que los aviones deberían ofrecer Batidos Frutales Blake, eran mucho mejores que los refrescos o los aguados zumos de lata. Le habría gustado comentar la idea con sus dos empleados, pero estaban demasiado ocupados bebiendo y mirándose a los ojos.

No sabía por qué había querido que Martha Cooper los acompañara. Tenía algo. Algo que lo inquietaba desde la noche que la llevó a su casa. O quizá lo inquietara algo distinto que no tenía que ver con ella.

Debía concentrarse en conseguir la cuenta de Vida Natural y no desperdiciar su materia gris en preguntarse qué le susurraba Doug a Martha y de qué se reía ella, o en por qué no había dormido de un tirón desde aquel sábado, hacía ya dos semanas.

Seguramente se sentiría mejor si Tracy y él se veían en Chicago. Habían tenido una buena relación en primavera, no larga, pero se habían despedido como amigos, y verla lo animaría. Tracy era la antítesis de Martha. Pasar un rato con ella lo haría ver a Martha con otra perspectiva. Martha era su contable, punto final.

Volvía a reírse. A pesar del ruido de los motores, oía su risa. O tal vez la imaginaba. Diablos, en todos los meses que llevaba

trabajando para él, nunca la había visto reír tanto como en ese vuelo.

Doug y ella llevaban sus ordenadores portátiles. Deberían sacarlos y ponerse a trabajar, o a hacer solitarios. Cualquier cosa menos inclinarse el uno hacia el otro y hacerse comentarios divertidos, separados de Blake por un pasillo que parecía tan ancho y profundo como el Cañón del Colorado.

«Piensa en Tracy», se dijo. «Piensa en Vida Natural. Planifica tu estrategia».

Si todo iba bien, no tendría que recurrir a Tracy. Ella le había dado acceso a Vida Natural, pero no había tenido nada que ver con la negociación. No quería complicarle la vida ahora que estaba comprometida para casarse, pero no iba a dejar que se le escapara la cuenta. Doug podía ser un genio empresarial, pero Blake sabía algo de cómo crear una compañía y conseguir que diera beneficios. Llevaba diez años haciendo justo eso.

Anunciaron que estaban a punto de aterrizar y Blake se alegró. Doug y Martha tendrían que dejar las risitas y los susurros y recordar quién era el jefe. Y el jefe tendría que dejar su estúpida actitud. Había incluido a Martha en el viaje por Doug; debería alegrarlo que hubieran congeniado tan bien.

En cuanto salieron del avión, notó que el sol sacaba destellos rojos del pelo de Martha. Se dijo que Martha tenía el pelo marrón, los reflejos que veía últimamente debían ser de peluquería.

No había creído que tuviera la vanidad de teñirse el pelo, pero quizá la tenía y no se había fijado. Su mundo se había vuelto del revés desde el cambio de hora.

Cuando recogieron el equipaje, vio que Martha y Doug tenían maletas negras con ruedas. Blake tenía una bolsa de viaje color naranja brillante. No la habría cambiado por su aburrido equipaje, pero lo molestó que fueran tan distintos.

—Mé encantan esos aviones de hélice —comentó Martha—. Siempre me siento como Amelia Earhart cuando monto en uno.

¿Amelia Earhart? Blake nunca habría adivinado que a Martha le interesara la personalidad de una aviadora atrevida. Se adelantó y salió hasta la fila de taxis que esperaba fuera.

Si hubiera alquilado un coche, Martha o Doug se habrían sentido obligados a sentarse delante con él. Pero en un taxi, el iría delante y ellos dos atrás. Tenía sentido, porque él era más alto y necesitaba más espacio, pero aun así… Se sentía aislado. Hacer de casamentero era una afición muy solitaria.

—¿Qué horario tenemos mañana? —preguntó Doug, una vez

Blake le dio la dirección del hotel al taxista.

Blake se volvió para mirar hacia atrás. Los dos parecían más descansados que él tras las dos horas de vuelo. Martha seguía estando radiante, con color en las mejillas y las comisuras de los labios a punto para esbozar una sonrisa. Doug, con sus gafas, y el pelo impecable, parecía un modelo de Ralph Lauren, rico y privilegiado. Blake, en cambio, creía en viajar cómodo y eso implicaba vaqueros gastados, una camisa de franela sobre una camiseta y una vieja chaqueta de cuero. Lo irónico era que Doug, con sus pantalones planchados, camisa de firma y chaqueta de lana parecía más cómodo que Blake.

Martha no parecía cómoda o incómoda, sólo atractiva. Blake la había estudiado últimamente y se había convencido de que no había recurrido al maquillaje. El color rosado de sus mejillas era natural, y tenía las pestañas oscuras y espesas sin recurrir al rímel. La había visto tomando café en la oficina y nunca dejaba marcas de carmín en la taza, así que sus labios debían tener ese color rosado.

Estaba a años luz de ser despampanante. Nadie se volvería para mirarla. Pero Blake, cada vez que estaba con ella, deseaba hacerlo. No por su belleza, sino porque seguía intentando descubrir qué había cambiado.

—Tenemos una reunión con Bruno Thompson a las nueve y media —le contestó a Doug.

—Bruno es el presidente de la cadena de alimentos Vida Natural —le recordó Doug a Martha.

—Espero recuperar la cuenta —dijo Blake—. Había pensado en planificar la estrategia esta noche, mientras cenamos. ¿Os parece bien? —miró a Martha. Supuso que debía estar nerviosa. Nunca se había reunido con un cliente, ni había relanzado un contrato ni planificado estrategias. La misión de ese viaje era nueva para ella.

Martha asintió y él soltó el aire de repente; lo había estado conteniendo sin darse cuenta.

—Participa cuanto quieras esta noche —le dijo—. En serio. Cualquier idea que se te ocurra.

—Si tengo alguna, la diré —sonrió titubeante.

—Bien —él se volvió hacia delante y su respiración recuperó la normalidad. Quería hacerle un montón de preguntas: cómo estaba su perro, si seguía montando en bicicleta desde que la temperatura había bajado, qué planes tenía para el día de Acción de Gracias. Si había disfrutado tanto en el vuelo porque Doug era buena compañía. Si estaba interesada en Doug.

Se arriesgó a mirar el asiento trasero de reojo. Doug observaba a

Martha, que estaba alisándose el abrigo bajo el cinturón de seguridad. Ésa era la Martha Cooper que él conocía, no la chica atrevida que se creía Amelia Earhart en su avioneta, sino una contable que se ponía el cinturón en el asiento trasero de un taxi.

Hablar con Doug era muy fácil. Hablar con Blake nunca lo sería. Quizá porque tenía la capacidad de hacerle sentirse como una adolescente embobada con el chico más guapo del instituto.

Martha seguía sin saber por qué la habían incluido en el viaje, ni qué podía aportar ella a la estrategia para convencer a Bruno.

Los Winston, que vivían al otro lado de la calle, habían accedido a quedarse con Lucy unos días y tenía que comprarles un regalo de agradecimiento en Chicago. Los Winston eran encantadores, pero Lucy podía dar mucho trabajo cuando quería, y solía querer. Martha les había dejado instrucciones, un saco de pienso y su pelota amarilla favorita. Suponía que estaría bien y no la echaría mucho de menos. De hecho, temía que los Winston se enamorasen de Lucy y ella de ellos y todos desearan que se quedase en Chicago para siempre.

No debería haber hecho el viaje. Pero su jefe se lo había pedido y no era buena táctica negarse a los deseos de un jefe. En cualquier caso, tenía que admitir que habría ido al infierno si Blake se lo pidiera, aunque no hubiera sido su jefe.

Había estado todo el vuelo pendiente de él, al otro lado del pasillo. Se había sentido culpable charlando con Doug, en vez de aprovechar el tiempo trabajando. Pero Doug no había hecho intención de encender su ordenador portátil. Había charlado con ella, describiendo el invierno en Cape Cod: la tranquilidad de las playas, el placer de poder jugar al golf sin hacer reserva con semanas de antelación.

Le había preguntado si no había nieve en el campo de golf y él le explicó que allí nevaba mucho menos que en el resto de Massachussets.

—Si te gustara el golf tanto como a mí —añadió—, no te importaría ponerte botas impermeabilizadas y jugar en la nieve. Sólo hace falta un caddie que localice los hoyos y limpie la nieve de alrededor.

Doug era más entretenido de lo que había pensado. Era más serio que Blake en asuntos de negocios, pero en el avión había sido amistoso y simpático.

Se recordó que Blake también lo era, pero hablar con él no era tan placentero porque sus impresionantes ojos azules hacían que se le trabara la lengua.

El taxi se detuvo junto al toldo del hotel. Mientras Blake pagaba al taxista, le recordó que pidiera un recibo. Se mordió la lengua; le daría igual llevar un letrero luminoso en el pecho que dijera «Contable».

Blake pidió el recibo y se lo dio a Martha con una sonrisa parecida a la que dirigiría un alumno obediente a su profesora. Ella se dijo que era irrelevante qué imagen tuviera de ella, siempre y cuando estuviera satisfecho con su trabajo.

Él cruzó el vestíbulo de mármol hacia el mostrador de recepción. Con su atuendo informal y la bolsa de viaje naranja chillón colgada del hombro, parecía un explorador a punto de perderse en el horizonte. Doug y ella parecían dos ejecutivos aburridos a su lado.

—Nos instalaremos en nuestras habitaciones y después podemos quedar para cenar —sugirió Blake, entregando su tarjeta de crédito a la recepcionista.

—Y hacer planes para mañana —añadió Doug, como si no se fiara de que Blake recordase el motivo del viaje.

—Sí —Blake echó un vistazo al vestíbulo. Ella también lo miró: plantas, boutiques, tiendas y sillones de cuero reunidos alrededor de mesitas. La mayoría de la gente tenía el mismo aspecto que Doug y ella. No había nadie como Blake: guapo, con vestimenta informal y rodeado de un aura de carisma. La recepcionista acabó con su tarjeta de crédito y Blake le preguntó a Martha si también quería hacerse cargo de ella.

Ella negó con la cabeza. Volvió a sentir que Blake sólo la veía como una contable seca y aburrida. No podía culparlo, suponía que el resto de la gente también la veía así. El único hombre que la había mirado como si fuese una mujer apasionada había sido su visitante misterioso aquella noche… en la que no debía pensar en presencia de Blake, porque sus mejillas se acaloraban, al igual que otras partes de su cuerpo.

—¿Cuál es el mejor restaurante del hotel? —preguntó Blake, guardándose la tarjeta en el bolsillo.

—La Fleur es el más elegante —dijo la recepcionista, echando un vistazo a su ropa—. Es necesario llevar chaqueta.

—¿Hay alguno con buena comida que no exija chaqueta? —preguntó Blake.

—El Oakwood Room es menos formal y la comida es excelente —apuntó la recepcionista con una sonrisa.

—Bien —Blake se volvió hacia Martha y Doug—. Oakwood Room a las siete —entregó a Doug un sobre con su llave y otro a Martha. Sus dedos la rozaron y ella sintió un estremecimiento y un

cosquilleo en la piel, igual que cuando la tocó el hombre de sus sueños.

«Olvida esa noche», se ordenó, «Olvida que ocurrió». Habría sido mucho más fácil si su misterioso amante no se hubiera parecido tanto al hombre alto, guapo y rubio que tenía a centímetros de ella.

Los tres subieron juntos en ascensor hasta el noveno piso. Las tres habitaciones estaban en fila, la de Doug en medio. A Martha la habría sorprendido que Blake no eligiera una habitación mejor para él. Su antiguo jefe de Boston habría utilizado su rango para pedir una suite, pero Blake no estaba obsesionado con las jerarquías. Era el ejecutivo menos jerárquico que había conocido. Tenía la impresión de que en el avión no se había sentado aparte por no relacionarse con sus empleados, sino más bien para darles la oportunidad de charlar a gusto.

La habitación era agradable, la cama ancha y firme, los mubles de nogal y las ventanas estaban cubiertas con un estor traslúcido que dejaba ver las brillantes luces de la ciudad, como estrellas sobre la tela. Martha deshizo el equipaje y se dio una ducha.

A las siete menos cinco estaba vestida con pantalones y un suéter de cachemir, el pelo seco y la mente más fresca que cuando había bajado del avión una hora antes. Se miró en el espejo y se dio una puntuación de cinco sobre diez, con tres décimas de margen de error.

Aun sin letrero luminoso, parecía lo que era. No necesariamente una contable, pero sí una mujer delgada, sana y en absoluto deslumbrante.

Hacía tiempo que había hecho las paces con su apariencia. Sólo con pensar en la existencia de Blake Robey, el saber que estaba a dos puertas de ella en una habitación como la suya, la cohibía.

Suspirando, agarró el bolso, la llave y, porque era quien era, una libreta y un bolígrafo.

Doug y Blake ya estaban en el restaurante cuando llegó. Los vio sentados en un banco semicircular, bebiendo y riendo sobre algo. Al verla, se pusieron en pie y sonrieron. Doug llevaba el típico atuendo de chico bien: camiseta planchada y pantalones oscuros; Blake iba vestido con la indiferencia del típico chico playero: camisa de tela vaquera sobre una camiseta y vaqueros.

Parecían buenos amigos, a pesar de su diferencia de estilos. Por enésima vez, se preguntó qué hacía allí. Estaba segura de que podían manejar a Bruno Thompson y su imperio de alimentos naturales sin ella.

Doug salió de detrás de la mesa para que pudiera sentarse entre

ellos. Echó un vistazo a sus bebidas. Blake bebía cerveza y Doug algo más sofisticado, de color ámbar y con cubitos de hielo. Llegó un camarero y ella pidió una copa de Chablis.

—Estaba diciéndole a Blake que creía que deberíamos ponerte al día —dijo Doug.

—¿Sobre lo que vamos a hacer mañana? —Martha asintió—. Sin duda.

—En realidad, sobre la forma que tiene Blake de hacer negocios. No es como la de la gente normal.

—Yo soy normal —protestó Blake.

—El presidente de Vida Natural tiene una hija llamada Tracy —explicó Doug—. Blake la conoció por ahí.

—En Jamaica —puntualizó Blake.

—En Jamaica. En fin, conseguimos acceder a Vida Natural gracias a esa amistad. Sin embargo, esa amistad ya no es lo que era.

El camarero llegó con el vino de Martha y tres cartas. Ella echó un vistazo y eligió el primer plato que le pareció apetecible, para acelerar el proceso. Estaba fascinada con la historia de Doug y quería saber más de esa «amistad» entre Blake y Tracy.

Los hombres se tomaron su tiempo con la carta, debatiéndose entre varios platos. Al final Doug pidió costillas y Blake pasta con mariscos.

—Jamaica —le recordó Martha.

—Sí. Jamaica. Eran amigos —dijo Doug.

—Y ahora, ¿qué son? ¿Enemigos? —se arriesgó a mirar a Blake, cuya sonrisa parecía muy forzada mientras Doug explicaba su vida social.

—No enemigos —clarificó—. Seguimos siendo amigos. Pero Tracy está comprometida para casarse.

—Entiendo —Martha entendió que «amigos» era un eufemismo para referirse a lo que habían sido Blake y Tracy en Jamaica.

—Lo que eso significa es que hemos perdido influencia con el padre de Tracy, que es el que toma la decisión final sobre lo que se vende en sus tiendas —aclaró Doug.

Martha podría haber aceptado la historia con indiferencia mundana, pero no era mundana y tenía una visión bastante estricta de la ética empresarial.

—¿Te acostaste con esa mujer para introducir tus productos en las tiendas de su padre? —preguntó, con la esperanza de haber malinterpretado la verdad. Odiaría estar trabajando para alguien que utilizaba el sexo para incrementar la distribución de su producto.

—Por supuesto que no —Blake la miró ofendido—. Ni siquiera sabía quién era su padre. Nos gustamos y lo pasamos bien. Lo de su padre surgió cuando le hablé de Batidos Frutales Blake. Fue idea suya hablarle del producto.

—La primavera pasada —siguió Doug—, le enviamos una selección de batidos y a Bruno le encantaron. Pensó que se venderían bien en sus tiendas, centradas en comida y bebida saludable y orgánica. Nos pareció una manera fantástica de expandir nuestro mercado. La decisión de Bruno de dar marcha atrás es terrible y no sabemos a qué se debe. Estamos aquí para congraciarnos con él, recuperarlo y recordarle que Batidos Frutales Blake y Vida Natural son la pareja perfecta.

Martha escuchó y asintió. De reojo, vio que Blake parecía incómodo. Pensó que *debería* estarlo. Independientemente del orden en que ocurrieran las cosas, debería avergonzarse de haber accedido a Vida Natural tras pasar por la cama de la hija de Bruno Thompson.

—Sigo sin entender por qué estoy aquí.

—Pensé que podrías ayudar —dijo Blake.

—¿Cómo voy a ayudar? Soy contable.

—Eres lista —murmuró Blake con vaguedad—. Se te ocurrirá algo.

Ella lo dudaba. Lo único que se le ocurría era que alguien debería haber enseñado a Blake la manera correcta de realizar negocios antes de crear una empresa.

La compañía era un éxito, así que debía estar haciendo bastantes cosas bien. Pero había aprendido por experiencia, siguiendo los dictados de su intuición. Hiciera lo que hiciera en Jamaica, Bruno Thompson no lo recibió en el aeropuerto a punta de pistola; se lo había ganado una vez. Martha sentía curiosidad por ver si podía hacerlo de nuevo, esta vez sin la ayuda de su hija.

Martha sabía lo buenos que eran los Batidos Frutales Blake. No sabía hasta qué punto era bueno Blake. Lo descubriría al día siguiente.

Capítulo Cinco

Blake esperó a Martha junto a la entrada del Café Acorn a las siete y media de la mañana siguiente. Habían quedado allí antes de ir a las oficinas de Vida Natural para la reunión de las nueve y media. La vio salir del ascensor, vestida con un traje burdeos, blusa blanca, zapatos negros, el abrigo sobre un brazo y el maletín del ordenador en la mano. La observó cruzar el vestíbulo.

Tenía unas piernas fantásticas.

Maldijo para sí. Le ocurría algo terrible, y su interés por las piernas de Martha Cooper era uno de los síntomas. Algo iba mal desde la noche del cambio de hora. Lo peor de todo era que tenía que darle muy malas noticias y sólo podía pensar en sus pantorrillas y la esbeltez de sus tobillos.

Noticias terribles. Potencialmente trágicas. Y él se sentía como un adolescente obsesionado con el sexo, preguntándose qué aspecto tendría la contable de su empresa con un liguero, y nada más.

—¿Dónde está Doug? —preguntó ella al llegar.

—Tengo malas noticias —le advirtió él. La tomó del codo y la guió al interior de la cafetería. Ella lo miró alarmada. Él fue hacia una mesa y pidió café para dos.

—¿Cuáles son las malas noticias?

—Doug ha tenido que marcharse —esperó a que la camarera se marchase tras dejar el café en la mesa. Estudió a Martha y descubrió que no hacía falta sol para sacar reflejos rojizos a su cabello, también ocurría allí.

—¿Marcharse?

—Su padre tuvo un infarto anoche. Está en el hospital Beth—Israel. Han conseguido estabilizarlo, pero Doug quería estar con su madre y se ha ido a Boston.

—Es lógico —bajó los ojos y tomó un sorbo de café—. Es terrible. Lo siento mucho por él.

—Creo que todo ira bien. Con el padre de Doug, quiero decir —Blake la observó con detenimiento, preguntándose si le había roto el corazón la partida de Doug y si había esperado que algo ocurriese entre ellos durante el viaje. Pero quizá su expresión de desconsuelo sólo fuera la respuesta natural a las malas noticias.

Además, si estaba tan seguro de que podía llegar a haber algo entre Doug y ella, no debería fijarse en sus piernas. Debía estar

loco. Aun así, le costó un esfuerzo no preguntarle si utilizaba liguero en vez de pantis.

Para distraerse, agarró una carta y le dio una a ella. Miró la lista de bebidas y se planteó la posibilidad de introducir Batidos Frutales Blake en cafeterías y restaurantes de hoteles. No tenía sentido servir sólo zumos de naranja, tomate y ciruela cuando podían ofrecer sus mezclas de frutas. Los Batidos Frutales Blake eran igual de sanos, sin azúcar añadido, pero mucho más sabrosos que el zumo de ciruela.

Se estaba convirtiendo en un asqueroso empresario. Un tipo con una mente que sólo se movía en dos direcciones: negocios y ligueros. No hacía mucho tiempo, sólo se movía en una, y no eran los negocios.

Aun así era extraño que el destino del rumbo de los ligueros fuera Martha Cooper. Era perfecta para Doug y eso, por definición, la convertía en errónea para Blake. El tipo de Doug *no* podía ser el suyo. Hasta hacía muy poco, ni siquiera había considerado que Martha fuera el tipo de nadie.

La camarera regresó a servir más café. Blake pidió fruta fresca y gofres, Martha un panecillo tostado.

—¿Cuándo se marchó Doug? —preguntó Martha.

—A las cinco de la mañana, en el primer vuelo que consiguió. Su madre llamó ayer a medianoche. Llamamos a la compañía aérea y le reservaron un asiento por emergencia médica.

—Espero que nos llame para decirnos si todo va bien.

—Sí, le dije que llamase si tenía tiempo.

—Da miedo —Martha tomó un sorbo de café—. Odio pensar en mis padres envejeciendo. Tienen buena salud y espero que sigan así mucho tiempo.

—Deseo lo mismo para los míos —se recostó en la silla. Pensó que su mente tenía más de dos rumbos. También había pensado en Doug, en la salud de sus padres y en la fragilidad que confería la edad—. A mi padre le hicieron una artroscopia en una rodilla hace un par de años. No fue nada grave pero... —encogió los hombros— ...es raro ver al padre de uno con muletas.

—Nos gusta pensar que nuestros padres siempre estarán ahí, al cien por cien de capacidad —dijo ella.

—Sí. Incluso a la gente que no se lleva bien con sus padres debe resultarles extraño verlos en un hospital, pálidos y débiles.

—Creo que es porque fueron nuestra primera defensa frente al mundo, y cuando enferman nos sentimos desprotegidos. Perderlos nos hace pensar en nuestra muerte.

La camarera llegó con los desayunos. Blake pensó que la conversación que acababa de tener con Martha, era la más personal que había tenido con alguien de la empresa. No solía hablar de su familia, no tenía fotos de sus sobrinos en el despacho, su madre no aparecía de repente para comer con él. No tenía nada que ocultar, pero no le gustaba compartir todo ese bagaje personal con los compañeros de trabajo ni las mujeres con las que salía.

Había resultado agradable compartir sus sentimientos con Martha. Era muy fácil hablar con ella. Levantó el tenedor y el cuchillo y cortó un trozo de gofre.

—Quizá deberíamos posponer la reunión con la gente de Vida Natural hasta que Doug pueda estar presente —sugirió Martha, mirándolo.

—No. Estamos en Chicago. Es mejor que hablemos con ellos. Podemos hacerlo sin Doug.

—Puede que tú puedas —apartó los ojos de él y untó crema de queso en el panecillo—. Yo no encajo aquí.

—Claro que sí —contradijo él. Si estuviera solo, no dudaría en cancelar la reunión. Aunque no fuera experta en marketing como Doug, necesitaba su presencia. Blake no podía enfrentarse solo a Bruno Thompson y a su junta directiva.

—Sólo sé lo que me contasteis ayer —le recordó ella—. Tuviste una aventura con una desconocida en Jamaica y acabaste haciendo negocios con su padre. Ahora su padre tiene dudas. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Hiciste cursos empresariales en la universidad, ¿no?

—Sí, pero no sobre contratos y negociaciones.

—Pero sigues sabiendo más que yo.

—Tú tienes instinto para eso —discutió ella—. Yo no.

Él deseó preguntarle para qué tenía instinto. Sabía que para algo más que sumar columnas de números, entender las declaraciones de impuestos y cuadrar balances. Debía tener instinto para otras cosas, como cuidar de su perra, preocuparse de sus padres y conseguir que Blake hablase de temas que nunca solía tratar.

—Dales cifras —sugirió—. Tú habla con autoridad, yo los conquistaré.

—Mientras no tenga que conquistarlos… —sonrió ella—. Si cuentas con mi encanto, tendremos problemas.

—Puedes ser encantadora —dijo él. Martha nunca había intentado conquistarlo, al menos que él supiera, y lo había conseguido esa mañana con toda naturalidad.

Decidió que debía hablarle sobre Bruno Thompson mientras

comían.

—Es algo raro —dijo—. Un duro hombre de negocios y al mismo tiempo un fanático de la comida sana. Cualquiera que piense que las empresas de éxito las dirigen devoradores de carne roja debería conocerlo. Te sorprendería lo despiadado que puede ser un comedor de tofu.

—¿Es vegetariano?

—No, pero le gusta el tofu. Come todas esas cosas: pasta de soja, brotes y hamburguesas vegetarianas. Y también filetes y jamón. No se deja encasillar.

—Quizá la mejor estrategia sea hacer hincapié en lo bien que saben los Batidos Frutales Blake sin hablar de lo saludables que son. Parece más interesado en el sabor de la comida que en si tiene poco colesterol.

—Eso —Blake había acertado: tenía buen instinto—. Enfatizaremos el sabor, la variedad, la demografía de su clientela —soltó una risa—. Vaya, cuando uso esas palabras casi sueno como Doug.

—Bien. Cuando acabes de conquistarlos, puedes hablar con autoridad. Yo me sentaré aparte y tomaré notas.

—Si yo hablo con autoridad, tú te ocupas de la conquista —advirtió Blake—. No voy a hacer las dos cosas —le encantaría ver cómo de encantadora podía llegar a ser Martha Cooper si se lo proponía.

Las oficinas de Vida Natural ocupaban varias plantas de un rascacielos en la avenida Michigan.

En el taxi, Martha había estado preparándose mentalmente para la reunión. Intentó olvidar las tres distracciones que la desconcentraban: la preocupación por Doug y su padre; saber que no era la persona adecuada para esa misión; su atracción por Blake. Esa mañana se había esforzado para estar presentable: pantalones con pinzas gris claro, camisa, chaqueta azul marino y zapatos de cuero. No llevaba corbata, pero era un atuendo muy formal para Blake; estaba tan guapo como siempre.

El día anterior el viaje en taxi la había puesto menos nerviosa porque él iba en el asiento delantero. Pero, en aquel momento, con él sentado a su lado, era muy consciente de cada centímetro de aire que los separaba. Captaba el aroma de su loción para después del afeitado, veía el brillo dorado de su pelo al sol, el ángulo de su mandíbula, su perfil recto. Era consciente de los anchos hombros que llenaban su chaqueta, de sus largas piernas.

Blake era una maravilla de carisma masculino. Daba igual que lo

despiezara en dedos, mandíbula, ojos azules, aroma especiado. Cada aspecto era atractivo, pero la suma de todos lo era aún más.

Subieron en ascensor y salieron a un espacioso vestíbulo decorado con mesas, sillas y láminas abstractas en las paredes.

—Vida Natural tiene muchísimo espacio en este edificio —le advirtió Blake, mientras atravesaban una puerta doble de cristal, hacia recepción—. Impresiona bastante.

—Estoy impresionada —le aseguró Martha. En su antigua empresa de Boston trabajaba con cuentas impresionantes, pero ella estaba muy por debajo en el escalafón y no tenía que enfrentarse a presidentes de compañías en rascacielos. Cuadró los hombros; no iba a dejar que el magnate comedor de carne y tofu la intimidara.

—Blake Robey —se identificó Blake. Le ofreció a la recepcionista una de sus deslumbrantes sonrisas—. Ella es Martha Cooper. Tenemos cita con Bruno Thompson a las nueve y media.

—Le diré que están aquí —la recepcionista miró a Blake con ojos encandilados y alzó el auricular del teléfono—. El señor Robey está aquí para ver al señor Thompson —recitó sin dejar de mirarlo, transfigurada. Escuchó un momento y después colgó—. Por favor, síganme —dijo. Martha deseó que no se desmayara antes de llegar al despacho de Thompson.

Los guió hacia un ascensor privado. De vez en cuando miraba por encima del hombro, como si quisiera comprobar que Blake seguía allí. Martha podría haber sido invisible por la atención que le prestó.

—La sala de reuniones está arriba —dijo pulsando un botón del ascensor.

Dado el tamaño de la sede de Vida Natural, Martha supuso que la sala de reuniones sería enorme. Se sentarían a un lado de una mesa de seis metros, frente a Thompson y un ejército de directivos. Le resultaría imposible simular autoridad en un entorno así.

Salieron del ascensor a un pasillo decorado con los tonos oscuros de un prestigioso bufete de abogados bostoniano: alfombra verde bosque, paredes forradas de madera color caoba, jarrones llenos de flores frescas. Siguieron a la recepcionista hasta una habitación que, para alivio de Martha, resultó ser bastante pequeña. Sólo había ocho sillas alrededor de la mesa y la ventana ofrecía una bella panorámica de la ciudad.

—Esperen aquí —dijo la recepcionista, mirando a Blake—. ¿Puedo ofrecerles algo?

—¿Tienen Batidos Frutales Blake? —preguntó Blake con expresión seria.

—Lo siento —parpadeó ella—. Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Qué son?

—Entonces no quiero nada, gracias —lanzó a Martha una mirada que parecía decir: «¡Menuda tonta!»—. Martha, ¿quieres algo tú?

—No, gracias —respondió ella, agradeciéndole su consideración, tras haber sido ignorada por la recepcionista.

—¿Dónde crees que deberíamos sentarnos? —preguntó Martha, cuando se marchó la recepcionista.

—En el alféizar de la ventana —Blake hizo una mueca—. Esas sillas parecen durísimas. Si te sientas en una, puede que te aten las muñecas, te afeiten la cabeza y te suelten una descarga de cincuenta mil voltios.

Ella se rió. No debería haberlo hecho, tenía que prepararse mentalmente para actuar con autoridad, pero él tenía razón. Las sillas tenían el respaldo recto y alto y el asiento rígido. Daban impresión de castigo.

—¿Qué enseñan en Empresariales? —preguntó él—. ¿Qué asiento proporciona más testosterona?

—No quiero un asiento que me dé testosterona —contestó ella con voz seca.

—Sabes a qué me refiero. Poder. Dominio. Supremacía.

—¿Quién dice que eso sea sinónimo de testosterona?

El ruido de pasos y voces le impidió contestarla. Un minuto después apareció en el umbral un hombre alto y fuerte de mediana edad, con cabello plateado recogido en una coleta. Llevaba un traje de corte extraño, que parecía diseñado por un modisto que quería hacer una declaración de principios. Martha supuso que le había costado una fortuna.

—¡Blake! —gritó, ofreciendo a Blake la mano derecha y dándole una palmada en la espalda—. ¡Me alegro de verte!

—Bruno —saludó Blake, con una sonrisa sutil—. Yo también me alegro. Ésta es Martha Cooper —presentó.

—¡Martha! —gritó Bruno, aplastándole los dedos con su apretón de manos.

—¿Cómo está? —dijo ella con educación. Le pareció irónico que un magnate de la comida sana tuviera un aspecto tan parecido al de… un buey.

—Éstos son mis vips —dijo Bruno, señalando a la mujer y a los dos hombres que habían entrado tras él. Si Martha fuera vicepresidente de algo, no le gustaría que la presentaran como «vip». Se sentaron alrededor de la mesa. Martha y Blake a un lado,

dos de los directivos frente a ellos y el tercero y Bruno en los extremos. Martha pensó que no le había tocado el asiento que subía la testosterona. No sintió ninguna súbita oleada de poder, ni le salió pelo en la barbilla.

Empezó la reunión. Bruno les dio a Martha y a Blake una innecesaria charla sobre las presiones de gestionar el inventario y el reto de seleccionar productos. Señaló que en sus tiendas tenía que ofrecer cosas que pudiera vender, productos por los que sus clientes habían demostrado preferencia. Dijo que su margen de beneficios era escaso, Martha no lo creyó, y que no podía desperdiciar espacio en productos nuevos de alto riesgo.

—Lo cierto es que te encantan los Batidos Frutales Blake —le recordó Blake, con voz tan lánguida que parecía a punto de quedarse dormido—. Los has probado y dijiste que te gustaban mucho.

—No cuestiono la calidad de tu producto —aceptó Bruno—. Es una buena bebida...

—Y sana —añadió Blake—. Sin aditivos químicos ni edulcorantes, nada más que mezclas de zumos de fruta batidos.

—No lo discuto, Blake. Es un buen producto. ¿Verdad? —miró a sus empleados y todos asintieron obedientemente.

—Es el tipo de bebida que sería un éxito entre tus clientes —insistió Blake. Martha lo admiró en silencio. No sonaba agresivo ni desesperado. Su actitud era casi altruista, como si intentase evitar que Bruno cometiera un error fatal.

—Es posible —concedió Bruno. Enseñó sus dientes blancos y perfectos—. El caso es que ya vendemos otros zumos de fruta. Y se fabrican más cerca de aquí. Importar los zumos desde Cape Cod no nos parece práctico en este momento.

—Como parte de nuestra expansión —dijo Blake—, vamos a crear una distribuidora para la zona centro. Eso no es larga distancia.

—No crearéis la distribuidora hasta cerrar el trato con nosotros —apuntó Bruno—. La distribuidora llegará después de que nos comprometamos.

—Pero estará ahí —Blake encogió los hombros, como si ese argumento fuera irrelevante—. Tendréis suministro fresco y a tiempo. Es lo único que importa.

Martha estaba sentada en silencio. Se sentía inútil, pero Blake había insistido en que su sola presencia sería una gran contribución. A ella no le parecía suficiente, pero era contable, ¿qué podía decir?

—¿Qué tal le va a Tracy? —preguntó Blake de pronto.

Martha movió el pie, preparada para darle una patadita. No entendía por qué había sacado a relucir su escabroso pasado con la hija de Bruno. Pero a Bruno no pareció importarle. Esbozó otra sonrisa fluorescente.

—Va a casarse en junio del año que viene.

—Lo sé. Me lo dijo. El novio parece un gran tipo.

—No es lo bastante bueno para mi nena. Pero nadie lo es. ¿Hay alguna posibilidad de que tengas tiempo para verla? Seguro que le encantaría.

Martha se esforzó por mantener una expresión impasible. Las aventuras modernas estaban más allá de su comprensión y los padres modernos rizaban el rizo. La última vez que ella había roto con un chico, su padre amenazó con darle una paliza, a pesar de que Martha insistió en que había ido ella quien había roto la relación y no lo sentía en absoluto. No se imaginaba a su padre diciendo «Eh, ¿por qué no quedas con Richard la próxima vez que venga a la ciudad?

—Estaba pensando en enviarles a ella y al afortunado novio unas cajas de Batidos Frutales Blake cuando se casen.

—Eso le encantará.

—Sí —Blake sonrió con astucia—. Sobre todo teniendo en cuenta que no podrá comprarlos en tus tiendas.

Bruno inclinó levemente la cabeza. Después inició otro largo discurso sobre sus problemas de inventario y la necesidad de liquidar las insistencias rápidamente, porque la esencia de la comida sana era que fuese fresca. Pontificó sobre la industria de las bebidas embotelladas en general, cristal, versus, plástico, versus, latas. De vez en cuando, uno de sus «vips» aportaba una cifra o una aclaración, pero era el show de Bruno Thompson. Finalmente, Bruno llegó al final, como un reloj al que se le hubiera acabado la cuerda.

Blake se removió en la silla y estiró las piernas. Su incomodidad, atrapado en una silla incómoda y escuchando el discurso de Bruno, parecía incrementarse por su atuendo formal. Lo miró de reojo. Estaba en silencio y Martha se preguntó si no tenía más ideas o estaba mudo de aburrimiento. Decidió que era hora hablar.

—Innovación —dijo.

—¿Qué? —Bruno le dirigió una mirada mezcla de curiosidad y desdén.

—Una forma de conseguir que los clientes regresen es la innovación —improvisó, intentando recordar lo poco que había estudiado de marketing en la carrera—. A los clientes les gustan las

cosas de siempre, pero también probar cosas nuevas. Sobre todo clientes como los suyos. Son la vanguardia; los preocupa la salud y también el sabor. Si sus tiendas venden siempre los mismos productos, dejarán de parecer vanguardistas.

Bruno se quedó pensativo. Martha miró a Blake de reojo y vio que la observaba, sonriente

—No creo que nadie pueda alegar que Vida Natural no vende alimentos de vanguardia —comentó uno de los ejecutivos.

—Si se puede considerar que existen alimentos vanguardistas —apuntó la ejecutiva.

—Debe estarlo —dijo Martha—. Su cadena está en la vanguardia. Debería ser la primera en vender Batidos Blake en la zona central. No querrán que les lleve ventaja alguna cadena de supermercados mediocre, ¿verdad? —se preguntó si debería insinuar que había otras cadenas interesadas en vender Batidos Frutales Blake. Intentó recordar la ética empresarial respecto a mentir en las negociaciones. Pero no hizo falta, su estrategia había funcionado. Bruno alzó las cejas y miró hacia el techo.

—No quiero que se me adelanten —masculló—. Algunas cadenas ya venden soja tostada, harina integral y verduras orgánicas. Siguen siendo supermercados antiguos, pero creen que incluir algunos productos nuevos en sus estantes es señal de modernidad. Tenemos que ir por delante de ellos.

—Batidos Frutales Blake es una buena forma de hacerlo —afirmó Martha—. Haced un pedido pequeño para ver como va...

—No —la interrumpió Blake—. Haced un pedido grande. No os arrepentiréis. El producto será un éxito.

—Lo pensaremos —dijo Bruno, mirando de uno a otro. Blake se puso en pie y Martha lo imitó.

—Piénsalo —le dijo a Bruno. Extendió la mano para soportar otro apretón quebrantahuesos—. Verás cuánta razón tiene Martha —nombró el hotel en el que estaban alojados—. Estaremos aquí hasta mañana —después, hizo suya la insinuación de Martha y la convirtió en una mentira—. Tenemos otras reuniones a las que asistir.

—Nos pondremos en contacto con vosotros pronto —prometió Bruno—. Es un placer verte, Blake. La brisa marina de Cape Cod te sienta bien.

—Gracias. A ti tampoco parece irte mal el viento de Chicago —Blake sonrió, puso la mano en la espalda de Martha y la escoltó hacia fuera. No volvió a hablar hasta que estuvieron en el ascensor —. Estuviste muy bien —le dijo, con admiración.

—Mentí —suspiró ella. Había conseguido una segunda oportunidad con Vida Natural, pero no se sentía orgullosa de ello.

—No mentiste. Sólo le diste a Bruno la oportunidad de malinterpretarte.

—Tú se la diste aún mayor. ¿Qué otras reuniones tenemos?

—No sé —Blake encogió los hombros—. Podríamos reunimos con un camarero y comer algo. O con la taquillera del cine y ver una película.

—Estamos aquí por negocios —le recordó ella con severidad. Era la encargada de calcular y archivar las notas de gastos del viaje.

—Acabaremos esperando de una manera u otra. Predigo que Bruno no llamará hasta media tarde, si lo hace. Después tenemos que conseguir que firme el contrato antes de que vuelva a cambiar de opinión. Podemos esperar en el hotel o en el cine. Tú eliges.

—Vamos al hotel a ver si ha llamado Doug —sugirió ella—. Después… —quizá podía ir a comer y al cine con Blake. Sería como una cita. Estaría embobada como una colegiala, igual que cuando la llevó a casa en descapotable. Se sonrojaría y le sudarían las manos.

Quería creer que había cambiado. Su misterioso visitante nocturno había alterado su perspectiva y la había convencido de su fuerza femenina. Quería creer que no volvería a sentirse nerviosa o embobada por Blake. De momento, el viaje iba bien. Había sido muy consciente de su atractivo, pero no había hecho el ridículo.

—De acuerdo —accedió él—. Volvamos al hotel —paró a un taxi y diez minutos después estaban en el hotel. Tenían un mensaje, pero no el que esperaban.

Blake desdobló el papel, lo leyó y sonrió con alegría. Se lo entregó a Martha.

Queremos la exclusiva de distribución de Batidos Frutales Blake en la región de Chicago. Lleguemos a un acuerdo. Bruno.

Ella no sabía qué pensaría Blake de otorgarle derechos exclusivos, aunque fueran temporales. Pero lo tuvo claro al ver su sonrisa traviesa y casi sexy. Se le aceleró el corazón aunque sabía que la sonrisa se debía a la capitulación de Bruno, no tenía nada que ver con ella.

Blake la agarró, la alzó del suelo y le dio una vuelta en el aire.

—Oh, Martha —murmuró—. Estuviste bien. Eres fantástica. ¡Lo conseguiste!

Supo que la sonrisa sí tenía algo que ver con ella.

Capítulo Seis

La película era horrible. Tenía persecuciones de coches, explosiones y un argumento con más agujeros que el queso gruyere. Las actrices eran guapas, pero no se quitaban la ropa, así que no se aprovechaba su potencial.

A pesar de los fallos de la película, Martha parecía estar pasándolo bien. Blake había sugerido saltarse el almuerzo e ir directos al cine, donde él compró un cartón de palomitas gigante para compartir. Tenían unas cuantas horas que matar; Blake no pensaba contestar demasiado rápido a Bruno, sobre todo después de decir que tenían más reuniones. Blake pensó que ver una película de espías era tan buena forma de hacerlo como comiendo en un restaurante, charlando de naderías.

No se le daba bien hablar por hablar y sospechaba que a Martha tampoco. No había esperado que se le diera bien ver una película de acción en mitad de un viaje de negocios, reírse de los diálogos irreales y poner los ojos en blanco con la profusión de clichés, pero, para su sorpresa, se le daba de miedo.

El cine estaba medio vacío y Martha y él eran las personas vestidas con atuendo más formal. La mayoría de la audiencia eran jubilados; nadie más asistía a una sesión matinal en un día de diario.

Martha tenía una sonrisa fantástica. Burbujeaba esde su arganta hacia fuera y era queda y musical. También tenía un perfil precioso. Un par de veces sus dedos se rozaron en el cartón de palomitas y descubrió que sus manos también eran fantásticas, de piel suave.

Se alegraba de que hubiera accedido a ir al cine con él. No estaba previsto y era inapropiado, pero ella, arriesgando su reputación de contable estricta y formal, había aceptado la sugerencia.

Nunca había pensado que fuera capaz de correr riesgos; suponía que los contables eran la antítesis de un aventurero. Pero también se había arriesgado al hablar en la reunión con Bruno, y ganado. Eso le gustaba. En lo referente a mujeres, correr riesgos era mucho más atractivo para Blake que unos labios carnosos o una figura espectacular.

Era indudable, Martha lo excitaba: sus piernas, su risa, su valor en la reunión…

En la pantalla, el héroe y la heroína se besaban de forma mecánica, que pretendía ser apasionada. Miró a Martha de reojo. Parecía aburrida. No lo extrañó; el beso era patético.

Se preguntó cómo besaba. Ninguna mujer había parecido aburrida después de besarlo a él... pero Martha no era como las mujeres que había besado. ¿Sería firme y resistente o suave y entregada? ¿Tendría que seducirla lenta y gradualmente, o se derretiría en sus brazos?

Sólo pensarlo hizo que todo su cuerpo palpitara. Miró la pantalla. El beso se había interrumpido con la llegada en escena de coches de policía y de bomberos, todos con las luces encendidas. El ruido de las sirenas parecía casi una advertencia personal para Blake: si seguía pensando en Martha y el sexo, necesitaría un coche de bomberos que lo apagara.

El plan de emparejarla con Doug había pasado a la historia. El pobre tipo había tenido que irse y Blake empezaba a fantasear sobre la mujer que había creído perfecta para Doug. Quizá el destino había intervenido por algo. A veces las cosas ocurrían para bien.

Cuando acabó la película, Blake tiró el cartón de palomitas en la papelera y Martha fue por una servilleta para limpiarse la mantequilla de los dedos y los labios. A Blake le habría encantado quitársela a besos. Se recriminó por enésima vez. Martha era su contable, no debía pensar en ella en el terreno sexual.

—Son las tres y media —dijo ella—. ¿Crees que deberíamos dejar de hacer sufrir a Bruno?

Blake estuvo a punto de decir que él sufría por recibir un beso con sabor a sal y mantequilla, pero se limitó a asentir con brusquedad y abrirle la puerta.

Parpadearon como topos al salir al sol. El hotel estaba a tres manzanas de allí. Caminaron sin hablar, había demasiado ruido por culpa del tráfico.

—La película era estúpida —dijo Martha en el ascensor.

—No tenía mucho sentido —corroboró él.

—La trama, que el futuro del planeta dependiera de que un sobre llegase a maños del presidente, era ridícula. Pero incluso aceptando eso, los agentes era unos ineptos. Habría sido mucho más fácil enviar el sobre por mensajero a la Casa Blanca, en vez de recorrer todo el mundo con él.

—Sí, bueno... —sonrió él—. Se espera que esas películas te aceleren el corazón, no que te hagan pensar.

—Supongo que no puedo evitar pensar —dijo ella, casi disculpándose.

—Pensar es bueno —afirmó él. Era bueno la mayoría de las veces, pero otras causaba problemas. Con respecto a Martha, no sabía si debía o no debía pensar.

Salieron del ascensor y fueron hasta la puerta de la habitación de Martha. Blake esperó mientras ella sacaba la llave, después recordó que su habitación estaba dos puertas más allá. Tuvo que obligarse a seguir; le había resultado natural entrar con ella.

Estaba loco. Su mente había mutado. Ella era Martha Cooper, y pretendía entrar en su habitación para demostrarle la diferencia entre el grotesco y pegajoso beso que habían visto en la pantalla y un beso real, apasionado, un beso que los hiciera arder desde dentro.

Fue hacia su habitación y entró. Vio su reflejo en el espejo que había en la puerta del cuarto de baño. Parecía normal, excepto por la vestimenta. Eran la cara, el cuerpo y los ojos de Blake Robey los que veía. No había cambiado.

Martha sí. No en algo específico o concreto. No había ganado ni perdido peso, no había cambiado de corte de pelo, ni de vestimenta. Pero...

Sólo pensar en ella le provocaba una erección.

Vio que la luz roja del teléfono parpadeaba. Alzó el auricular y pulsó la tecla de mensajes.

—Hola, Blake, soy Doug —se oyó—. Mi padre está estable y creen que le harán el bypass mañana. El pronóstico es bueno. Sólo quería que lo supieras. Espero que no hayas metido la pata hasta el fondo con Bruno.

Blake gruñó al oír la última frase, pero se alegraba de que el padre de Doug estuviera bien. En el fondo, temía que el no haber metido la pata se debía a que su contable había estado genial.

Colgó y luego marcó el número de la habitación de Martha.

Al oír su voz, baja y grave, le hirvió la sangre. Pensó que era un hechicera que le había hecho un encantamiento. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Tengo un mensaje de Doug. Su padre va bien.

—¡Eso es fantástico!

—Van a hacerle un bypass mañana.

—Oh —sonó menos alegre—. Es una operación seria.

—Sí, pero se ha hecho un millón de veces. Estoy seguro de que todo irá bien.

—Eso espero.

Él analizó el tono de su voz, intentando dilucidar si añoraba estar con Doug en ese momento, dándole la mano y animándolo. O

si tenía la más mínima sospecha de lo que Blake pensaba cuando estaba con ella.

—¿Estás lista para ir a ver a Bruno? —preguntó él.

—Por supuesto.

—De acuerdo. Te veré en un minuto.

Tenía que controlarse y actuar con frialdad. Iban de camino a negociar un contrato, Blake era presidente de una empresa y debía actuar en consecuencia. Cerraría el trato, no podía pensar en otra cosa.

Dos horas después, salieron de la sede de Vida Natural y se enfrentaron al tráfico de la hora punta. El cielo tenía un resplandor púrpura.

De alguna manera, milagrosamente, habían conseguido la cuenta de Vida Natural sin tener que hacer demasiadas concesiones. Martha se sentía mareada, entusiasmada por haber tomado parte en el primer paso de la empresa hacia la distribución nacional.

Había creído que Blake estaría jubiloso pero, aunque parecía contento, estaba callado.

—Deberíamos hacer algo especial para cenar —sugirió, porque él no parecía animado—. Hay que celebrarlo.

Él la miró. La brisa le revolvió el pelo, otorgando a su rostro un aire infantil que la enterneció. Casi no era justo que siendo tan guapo y con tanto éxito fuera tan poco egocéntrico e inconsciente de su atractivo.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó. Sus ojos chispearon. Si ella fuera una mujer fatal podría haber pensado que su mirada indicaba un interés que iba más allá de una cena especial. Pero no debía creer eso.

—No sé —replicó—. Un restaurante interesante, creo.

El rumió su respuesta, encogió los hombros y levantó la mano para detener un taxi vacío.

—No conozco los restaurantes de Chicago. Supongo que podríamos volver a preguntarle a Bruno, o pedir consejo al conserje del hotel.

—Seamos aventureros —dijo Martha, sorprendiéndose a sí misma. Sólo se había aventurado al aceptar el trabajo en Batidos Frutales Blake y aquel sábado por la noche en la que disfrutó de su hora mágica, aunque hubiera sido una aventura imaginara.

Subió al taxi, seguida por Blake.

—Perdone, ¿podría recomendarnos un restaurante? —le preguntó al conductor. Blake la miró con curiosidad.

—¿Un restaurante? —el taxista giró la cabeza.

—Su sitio favorito. Donde iría si tuviera algo que celebrar —explicó. Miró a Blake para comprobar que no se estaba extralimitando. Él sonreía y le brillaban los ojos.

—Donde iría yo —el conductor pensó un momento y les echó un vistazo por el espejo retrovisor, con el ceño fruncido—. No donde creo que irían ustedes.

—Somos de mente abierta —insistió ella, asombrada por su impulsividad—. Llévenos y ya decidiremos.

—De acuerdo, como quieran —aceptó él, iniciando la bandera e incorporándose al tráfico.

Veinte minutos después, podrían haber estado en otra ciudad, incluso en otro mundo. No se veían rascacielos de metal y cristal, ni ejecutivos con maletines caminando por la acera. Estaban en un colorido barrio étnico salpicado con tiendas de comestibles, lavanderías y tiendas de licores. Se detuvo ante una escalera que descendía hacia una puerta en la que decía Marta.

—Ahí abajo —les dijo—. Es la mejor comida de la ciudad.

Martha y Blake intercambiaron una mirada. Ella sentía cierta aprensión, pero él la retó.

—Casi tiene tu nombre en la puerta —señaló.

—De acuerdo —aceptó ella, negándose a recuperar su personalidad contable—. Probémoslo.

—¿Podremos encontrar un taxi cuando terminemos? —preguntó Blake, pagando al conductor.

—Oh, sí, hay montones de taxis. Pídanle a Marta que me llame si no encuentran uno, volveré —prometió él—. Díganle que llame a T.J. Me localizará.

Martha hizo acopio de su coraje y permitió que Blake la ayudara a salir del taxi. Él sonrió de nuevo, con expresión divertida e intrigada al mismo tiempo.

—Tienes agallas —murmuró, agarrando su mano.

—Espero seguir teniéndolas después de comer lo que sirvan en este lugar —bromeó ella.

Bajaron la escalera y entraron en un comedor poco iluminado. La decoración era mínima: mesas, sillas y algunas láminas de paisajes en las paredes. Se oía el murmullo de los comensales. Nadie llevaba ropa formal.

Una mujer se acercó, alzó dos dedos interrogativamente y los condujo hacia una mesa pequeña, situada en una esquina. Les entregó dos cartas y desapareció.

—¿Qué es esto? ¿Búlgaro? —preguntó Martha con una risita. La carta estaba en un lenguaje desconocido.

—Alguna lengua eslava, supongo —Blake rió también—. ¿Tienes idea de lo que ofrecen?

—Ni la más mínima —lo que sí entendía eran los precios, considerablemente más bajos de lo que habrían pagado por un bocadillo en las cercanías del hotel.

Él rió con más fuerza y ella lo acompañó. Cuando llegó la camarera con agua, Blake le devolvió las cartas.

—Tráiganos sus mejores platos. Y vino. Nos arriesgaremos —pidió Blake. La camarera asintió con la cabeza y se marchó. Blake se inclinó hacia Martha—. ¿Era esto lo que tenías en mente como celebración?

—Creo… Creo que a veces hay que arriesgarse —dijo ella. Sus manos estaban sobre la mesa, muy cerca de las de él, casi rozándose. No siempre, pero sí a veces.

—Soy muy aficionado a los riesgos —cubrió la distancia que los separaba y puso las manos sobre las de ella. Tenía las palmas anchas y grandes, protectoras y posesivas al mismo tiempo. Ella sintió una oleada de calor recorrer sus venas.

Martha pensó que estaba corriendo un riesgo mayor al permitir que la tocara que yendo a ese restaurante. Aun así, se sentía segura con él.

La camarera regresó con una botella de vino y dos platos; uno parecía contener pepinos y aceitunas rayados y el otro tiras de pescado ahumado cubierto con una pálida salsa. Sirvió el vino y se marchó.

—Un brindis —sugirió Blake. Soltó las manos de Martha y alzó la copa.

—Por la exitosa negociación con Vida Natural —Martha chocó su copa con la de él.

—Por ti —murmuró Blake.

Había brindado por ella. Martha pensó que si tuviera más práctica en las relaciones entre hombres y mujeres, habría sabido que el brillo de sus ojos no significaba nada. Pero era tan inexperta que pensó que ese brillo podía tener algo de deseo.

Era imposible que Blake Robey la deseara, pero… daba esa impresión.

El vino estaba bueno, era seco y con un exótico toque almendrado. Eso dio a Martha coraje para probar el pepino rayado. Blake cortó un trozo de pescado y se lo metió en la boca.

—¡Oh! —exclamó ella.

—¡Guau! —dijo él al mismo tiempo.

Ambos se echaron a reír.

Cada uno de los platos que les llevó la silenciosa camarera resultó exquisito. Compartieron fideos salados, carnes especiadas, verduras asadas y diferentes tipos de pan, pastas y quesos, mientras paladeaban el vino. Y hablaron, sobre el adorado Mustang descapotable de Blake, de la hermana de Martha, de la de Blake, del primer trabajo de Blake en una terraza, y del de ella en un supermercado. Hablaron de Lucy y del último perro que había tenido él, fallecido dos años antes y al que aún echaba de menos.

No era la cena de celebración que ella había esperado. Era mejor.

En especial, era fantástico hablar con Blake sintiéndose relajada. No estaba nerviosa como una chiquilla, no le sudaban las manos y no tenía pánico. Era como un amigo, un alma gemela a quien hubiera conocido desde siempre.

La magia no terminó cuando Blake pagó la ridiculamente económica factura. Salieron y un taxi los esperaba en la puerta, con TJ. al volante.

Blake no habló cuando se acomodaron en el taxi. No hacía falta. El espacio que los había separado esa mañana ya no existía. En cualquier otro momento Martha se habría quedado atónita al descubrirse agarrando la mano de Blake en el asiento trasero de un taxi, pero esa noche resultaba natural. Inevitable.

No tenía ni idea de lo que iba a suceder cuando llegaran al hotel. Si la intimidad que habían compartido durante la cena era real, si la calidez y fuerza de la mano que la agarraba significaba algo, la consecuencia era obvia. Pero ella era Martha Cooper, y él era el guapísimo jefe que sólo la había visto como una contable eficiente durante los últimos cuatro meses. Quizá toda la velada fuera una ilusión. Tal vez se despertara por la mañana en su cama, en Hyannis, con Lucy ladrando para que la sacase a dar un paseo. Entonces comprendería que todo había sido un sueño: el vuelo a Chicago, el infarto del padre de Doug, la reunión con los directivos de Vida Natural, el restaurante y la carta indescifrable. El regreso al hotel de la mano de Blake.

Un sueño. O un regalo.

Cuando T.J. los dejó ante la puerta del hotel, Blake le pagó lo que marcaba el contador y añadió un billete de veinte dólares. El conductor no pareció asombrarse ni avergonzarse por la enorme propina. Asintió con la cabeza, como si entendiera por qué Blake se sentía agradecido.

De la mano, cruzaron el vestíbulo hacia el ascensor. De la mano avanzaron por el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación de

Martha. Blake la hizo seguir hasta que llegaron a la de él. Introdujo la tarjeta en la puerta y abrió. Se volvió hacia ella.

Era el momento de despertarse. Podía sonreír y decir «un sueño fabuloso, pero es hora de volver a la realidad». O podía dejar que Blake hiciera con ella lo que había hecho su hombre soñado durante aquella hora mágica.

Ninguna de las alternativas la convencía. No quería despertarse, pero tampoco quería ser una soñadora pasiva. Si era un sueño, quería participar activamente.

Se puso de puntillas y posó los labios en los de él. Un beso suave, nada agresivo que pudiera asustar a un hombre. Nada que crease histeria empresarial: ¡el jefe y la contable sumidos en un tórrido abrazo! Sólo un besito de amistad y gratitud...

Él la abrazó, aceptó su boca y toda noción de amistad y gratitud se evaporó. La besó como el hombre de sus sueños, sólo que esta vez era real. Se sentía despierta, consciente e increíblemente viva. Sus brazos eran fuertes, el beso apasionado, su cuerpo duro y anhelante.

No recordaba haberse movido, pero estaban en su habitación con la puerta cerrada. Él volvió a rodearla con sus brazos y a besarla. Blake Robey, el hombre del que había estado enamorada desde que entró en su despacho, la deseaba. A *ella.*

Eso la excitaba casi tanto como besarlo. No era amor, no podía serlo, pero era deseo candente, y ella se sentía bella, deseable y sexy. Le temblaban las piernas.

Recordando el placer que había sentido con su amante misterioso, le devolvió el beso a Blake, jugando con su lengua. Llevó las manos a su nuca y enredó los dedos en su cabello dorado. Deseaba hacerlo gemir, sentirse débil y fuerte al mismo tiempo, como ella. Deseaba que su corazón se desbocara y su sangre fuera fuego, como la de ella.

Él interrumpió el beso y se apartó para mirarla. Tenía los párpados pesados y los labios húmedos de besarla. Ella se preguntó si todo le parecía un sueño y si deseaba despertarse. Pero él esbozó una sonrisa lenta y seductora que le dijo que el sueño tardaría en acabar.

La llevó hacia la cama. Sin apartar los ojos de su rostro, le quitó la chaqueta. No le hizo falta bajar la vista para empezar a desabrocharle la blusa y sacársela de la falda. Deslizó las manos por su estómago hacia el sujetador, y buscó el cierre en su espalda. Lo abrió con destreza y le quitó el sujetador junto con la blusa.

A ella se le aceleró el corazón. Todo era demasiado real para ser

un sueño. La estaba desnudando un hombre que había sido el amante de sus sueños durante meses. Un hombre cuya apariencia y olor eran idénticos a los del amante que la había visitado una mágica noche de sábado.

Él tiró la blusa y el sujetador sobre una silla y empezó a acariciarla de la cintura a los hombros, pasando por sus clavículas y bajando a sus pechos. Ella se arqueó hacia él, asombrada por la calidez y ternura de sus dedos mientras exploraban las curvas de su cuerpo. Sus pezones se hincharon contra sus pulgares. Él se sentó en la cama, arrastrándola, y empezó a chupar sus pezones.

Ella deseó gemir, suspirar, gritar; decirle lo bien que se sentía. Pero, como en el sueño, no había lugar para palabras. Todo era sensación, calor, deseo y pasión.

Empezó a desabrocharle la camisa. No era tan eficaz como él en el arte de desvestir, pero prefirió no pensar en eso. Un minuto después, él se quitó la camisa y la tiró al otro lado de la habitación.

El resto de la ropa de ambos pareció desaparecer con más rapidez: falda, cinturón, medias, calcetines, pantalones, ropa interior... todo voló por la habitación en menos de un minuto. Se encontraron desnudos, ella vulnerable, él magnífico como un dios del Olimpo, al que podría adorar. Deseaba hacerle el amor a Blake.

La tumbó sobre la cama y ella lo abrazó, asombrada por lo real, sólido y vivo que parecía. Percibió el latido de su corazón, la calidez satinada de su piel, la firmeza de sus músculos, la textura del vello dorado que salpicaba su pecho y los pezones que se endurecían bajo sus dedos. Bajó las manos por su abdomen.

Él giró y la obligó con las piernas a tumbarse de espaldas. Después la besó con fiereza. No hablaron. Ni siquiera cuando introdujo una pierna entre las suyas, puso una mano bajo su trasero y la apretó contra su entrepierna. Ni cuando abandonó sus labios para dibujar un sendero de besos entre sus senos. Ella sólo anhelaba estar más cerca de él, ser parte de su cuerpo.

Se apoyó en un codo y recorrió su cuerpo con la otra mano: costilla, caderas, el triángulo de vello entre sus muslos, la suave carne que había más abajo. Introdujo un dedo en su interior y ella se tragó un gemido para no romper el silencio que los acunaba. Llevó las manos hacia su miembro y lo acarició, preparándolo como él la preparaba a ella. Su corazón y su alma gemían *Blake,* mientras su cuerpo se abría a él, lo guiaba a su interior y notaba su tensión al controlarse, sin dejar de acariciarla, buscando hacerla estallar antes de penetrarla. Sus dedos se hundían en su humedad, la volvían loca.

Él la miró a los ojos. Debió percibir su expresión desesperada,

porque la penetró de una embestida. Se quedó quieto, recuperando el aliento y dejando que se acostumbrara a sentirlo en su interior. Pero Martha no necesitaba tiempo; parecía diseñado para ella. El ritmo se aceleró y se movió al compás. Era divino. Un sueño.

Encajaban. Ambos se perdieron en el éxtasis de estar unidos. Eran un ser. Muslos, manos, caderas, cuello, todo palpitaba, todo era sensación o beso. Ella sintió una convulsión y se mordió el labio.

—Blake… —musitó.

—Martha —gruñó él.

En ese instante, cuando él pronunció su nombre y alcanzó el climax en su interior, Martha pensó que quizá no fuera un sueño.

Capítulo Siete

Blake se sentía mejor. Mucho mejor. Por primera vez en semanas se sentía... *cuerdo.*

Más que cuerdo, se sentía poderoso y, también, impotente. Estaba saciado y anhelaba más. Se sentía como si acabara de descubrir los secretos del mundo en brazos de Martha y como si no supiera nada de nada.

Loco y cuerdo, a la vez.

Martha. Maravillado, se puso de lado, sin dejar de abrazarla, y miró su rostro. Tenía las mejillas arreboladas y los párpados entrecerrados, pero lo miraba.

Deslizó una mano por su brazo para entrelazar los dedos con los suyos. Recordó cómo había sentido esos dedos acariciar su piel, cálidos y traviesos. Cómo lo habían excitado, subiendo y bajando por su miembro, cosquilleando las partes más sensibles. Sintió una nueva tensión en la entrepierna. Deseaba más. Más Martha . Sólo Martha.

Su contable.

Rió.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella, abriendo los ojos.

—¿No te parece que esto es gracioso? —al ver el destello indignado de sus ojos le apretó la mano—. Quiero decir —añadió rápidamente—, ni en sueños podías haberte imaginado acabando en la cama conmigo, ¿verdad?

Ella no contestó.

—Es decir, es fantástico —aclaró él, cuando el silencio duró más de un minuto—. Gracioso pero fantástico —hasta a él mismo le sonaron mal sus palabras.

—Aja —gruñó ella.

—Fenomenal —su sonrisa se borró al comprender cuan verdad era. El sexo con ella había sido más que fenomenal, increíble. El mejor que había experimentado en su vida. Sintió otra contracción al recordarlo.

Estudió su expresiva boca, las pestañas espesas, el cabello oscuro y brillante.

—Lo digo en serio —le besó la punta de la nariz—. Puede que yo también nos haya imaginado en la cama. Quizá fuera inconsciente y no me di cuenta. Pero llevo tiempo observándote y

pensando: «Ahí dentro hay más que un gran cerebro».

—Gracias —sonó ofendida.

—He pensado en ti en momentos extraños, cuando debería pensar en otras cosas. Por ejemplo, esta mañana; cuando debería haber estado pensando en la reunión con Bruno, pensaba en tus piernas.

—Mis piernas —arrugó la frente.

—Venga —insistió él—. Te estoy diciendo que la atracción lleva ahí un tiempo, bajo la superficie. Me alegro de que por fin haya salido a la luz.

—¿Eso es esto? ¿Atracción?

—Sí —y, locura, química y deseo—. Tienes unas piernas fantásticas. Y el resto también es increíble.

—O sí, soy increíble —por fin se ablandó y sonrió.

—Lo eres.

—Suenas como un hombre que se cree en la obligación de hacerle cumplidos a una mujer después de hacerle el amor.

—Preferiría hacerte el amor otra vez —dijo él. Su erección se hizo más intensa—. Olvida los cumplidos, prefiero demostrarte lo que pienso —deslizó la mano libre desde su hombro, por el costado, hasta la cadera—. ¿Crees que podrías soportar hacer esto otra vez?

—Oh, no sé —dijo ella, remilgada. Él comprendió que bromeaba. Tenía expresión seria, pero sus ojos chispeaban. No sabía cuándo empezó a darse cuenta de que tenía unos ojos tan bonitos, una boca tan besable.

Deslizó la mano entre sus muslos y ella cerró los ojos. Un leve suspiro escapó de sus labios mientras se abría a sus dedos, entregándose. Era suya.

Mientras la besaba, admitió que él también era de ella. Sólo ver su expresión transformarse en una de concentración erótica era suficiente para atraparlo. Oír su respiración entrecortada lo encadenaba. Era el cautivo, Martha la carcelera.

Se tumbó de espaldas y la puso sobre él. Quería sentir el peso de su carne suave. Quería que su cabello le acariciara el rostro y que sus senos se deslizaran por su pecho. Quería que ella lo cabalgara y apretase los muslos contra sus costados mientras él sujetaba sus caderas y se perdía en su interior.

Su calidez lo rodeó, prieta y húmeda, y su deseo se hizo realidad. Se arqueó hacia ella una y otra vez. Ella le clavó los dedos en los hombros, jadeando, tensa de calor y energía, buscando la liberación de la pasión.

Tras haberle hecho el amor una vez, él debería poder haber

aguantado más tiempo, pero era magnífica. Sentirla apretando su miembro, ver sus pezones oscuros, oír sus gemidos... Iba a alcanzar el orgasmo. Demasiado pronto. Estaba a punto de morir con esa dulce tortura.

Situó la mano en el punto en que sus cuerpos se unión y la tocó. Ella gimió, volvió a tocarla y ella se deshizo de placer, cayendo sobre él. Creyó oírla gritar su nombre; después dejó de pensar y se dejó ir en oleadas, olvidándolo todo excepto la sensación.

Ella seguía pulsando a su alrededor cuando él terminó. Tenía la mano atrapada entre ambos, pero cuando intentó retirarla, ella gimió de nuevo, perdiéndose en un nuevo climax que la dejó relajada y sollozante de placer.

La abrazó y esperó a que su respiración recobrara la normalidad.

—¿Eso no te ha parecido gracioso? —preguntó

—No —suspiró ella. Apoyó la cabeza en su hombro.

—Triste entonces —sugirió él—. Trágico.

—Espantoso —lo ayudó ella.

—Devastador.

—Sí —se puso seria de repente—. Ha sido devastador

Él volvió a preguntarse si la había ofendido, si lo odiaría por bromear en un momento como ése. Los cerebros femeninos eran complicados, y el de Martha más que el de la mayoría. Quizá porque dedicaba gran parte de su tiempo a los números, haciendo balances, analizando beneficios y pérdidas. Tal vez, en ese momento estaba evaluando cómo habían hecho el amor, pasándolo por el ordenador de sus emociones e intentando descubrir el resultado final.

Pero, tratándose de sexo, no había resultado final. Se preguntó si estaría calculando sus pérdidas. La abrazó con fuerza. No quería hacer declaraciones ni a comprometerse, pero, diablos, había sido fantástico, en absoluto devastador.

No sabía cómo decirlo sin que sonase cursi o a la promesa que no podía cumplir. Así que se limitó a abrazarla y acariciar su cabello, intentando decirle sin palabras que estaba a salvo en sus brazos. Ella se acomodó a su lado, respirando pausadamente, con la mano sobre su pecho y atrapándole una pierna con las suyas. Lo asombraba lo sexy que era, incluso en reposo. Tendría que volver a nacerle el amor pronto. Muy pronto.

Cerró los ojos y se dejó invadir por una oleada de relax, cálida y tranquilizadora como el sueño.

—¿Qué hora es? —preguntó ella adormilada.

—¿A quién le importa? —dijo él, sin abrir los ojos.

—A mí —ella se elevó lo suficiente para ver el despertador que había en la mesilla—. Oh. Será mejor que me vaya —musitó.

—¿De qué hablas? —abrió los ojos y frunció el ceño.

—Es que... —se sentó, parpadeando, y apartó el cabello del rostro—. Creo que debería volver a mi habitación.

—¿Por qué?

—Porque sí —se apartó de él, mostrándole la espalda. Él vio un diminuto lunar cerca de su omóplato, y dos hoyuelos junto a la base de su columna. Deseó besar su espalda de arriba abajo, masajear los músculos de su nuca y acariciar sus senos desde detrás...

Ella bajó las piernas de la cama y el movimiento lo sacó de su fantasía. Se sentó rápidamente y observó, confuso, cómo se agachaba para recoger su ropa.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, desconcertado una vez más por la complejidad del cerebro femenino—. ¿Qué he hecho mal?

—Nada —ella se puso las braguitas y le dirigió una sonrisa nerviosa—. En serio, Blake. Ha sido... —suspiró—. Increíble. Pero creo que sería mejor que volviera a mi habitación a dormir.

—No sería mejor —discutió él—. Yo creo que deberías dormir aquí.

—No —se dio la vuelta, como si temiera mirarlo. Descubrió su sujetador sobre una silla y fue por él.

—De acuerdo, mira —debía haber hecho *algo* mal. Una mujer no huía de la cama de un hombre como si fuera venenoso, tras un episodio de sexo extraordinario, a no ser que algo fuese mal. Desconocía qué la estaba molestando, pero no soportaba la idea de no tenerla a su lado el resto de la noche.

Se puso en pie y se acercó con cautela, deseando poder leer su mente.

—Sea lo que sea, lo siento —dijo, pensando que una disculpa generalizada no podía hacer ningún mal.

—No has hecho nada malo, Blake —se abrochó el sujetador y se volvió hacia él con una débil sonrisa.

—Quiero decir, cuando me reí... no me reía de ti. Sólo me reía porque la idea de que tú y yo estuviésemos tan bien juntos...

—Es graciosa —lo cortó ella—. Estrafalaria. Totalmente ilógica.

—¿A quién le importa? A mí no, desde luego —insistió él. Lo único que le importaba era que ella iba a marcharse y no quería que lo hiciese.

—Quizá... —se abrochó la falda y empezó a ponerse la blusa—. Quizá sólo necesite algo de tiempo para organizar mis pensamientos, ¿de acuerdo? —forzó una sonrisa. Tenía los ojos

velados y él no supo si se debía a las lágrimas o al pánico.

—¿Qué es lo que tienes que organizar?

—Puede que yo no me tome esto con tanto a la ligera como tú —tenía la voz tensa. Si duda era pánico—. Puede que necesite pensar.

—Piensa aquí. ¿Quién te lo impide?

—Por favor, Blake... —suplicó. También había lágrimas, él vio que una le escapaba por el rabillo del ojo; le temblaba la voz—. Tengo que irme. Es culpa mía, no tuya. En serio —recogió las medias del suelo, las metió en el maletín del ordenador, se puso los zapatos y agarró la chaqueta—. No hiciste nada mal, Blake — aseguró. Le dio un beso en los labios y se marchó.

El se quedó inmóvil, desnudo y atónito, mirando la puerta cerrada y sintiendo el vacío en la habitación sin ella. Maldijo. Volvía a estar loco, pero era una locura distinta; la locura provocada por creer que lo ocurrido en la última hora debía ser un sueño. Si hubiera sido real, Martha no habría huido.

Nadie la acusaría nunca de ser desenvuelta. Entró el la habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella. Dejó el maletín en el suelo y se quitó los zapatos. Tenía el corazón desbocado, los ojos húmedos y no sabía si lo que acababa de hacer era lo más sabio o lo más estúpido que había hecho en su vida.

Podría haber pasado la noche con Blake. Toda la noche rodeada por sus brazos, por su cuerpo. Se habrían despertado y hecho el amor y vuelto a dormir.

Pero había mirado el reloj de la mesilla y pensado: «Oh, oh, llevo aquí casi un hora». Había estado segura de que al final de la hora la magia desaparecería. El sueño acabaría y perdería su regalo.

Decidió que era una idiota. Lo ocurrido la noche del cambio de hora había sido una fantasía. Lo ocurrido en la habitación de Blake había sido muy real. Al menos, le parecía real cuando no pensaba en lo imposible que era que Blake Robey la mirase dos veces, y le gustara lo que viera.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Le dolían los músculos de los muslos y notaba el sabor de Blake en los labios. Cerró los dedos y recordó la textura de su cabello cuando lo acariciaba. Hacer el amor con él había sido tan real como todo lo ocurrido durante el día: negociar con éxito el contrato con Vida Natural, ver una película horrible, cenar en un restaurante exótico y volver al hotel en el taxi de su amigo TJ.

Había hecho bien abandonando la habitación de Blake. Él no la amaba ni le entregaría alma y corazón. Era muy posible que cuando

regresaran a Hyannis se sintiera vagamente avergonzado por lo que habían hecho en Chicago. Quizá se sintiera obligado a despedirla, si su presencia en la empresa lo incomodaba. Si ella misma se sentía incómoda, quizá presentara la dimisión. Pasar la noche con él sólo habría empeorado las cosas.

Marcharse había sido muy sensato.

Entonces, ¿por qué lloraba? ¿Por qué se sentía desconsolada, sola en una cama demasiado grande para una persona? Podía soportar la vergüenza, pero no el dolor de corazón.

No podía haberse enamorado de él. Era cierto que Blake le había hecho el amor con más pasión, ternura y devoción que nadie en su vida, incluyendo sueños y horas regaladas, pero no podía creer que hubiera cruzado la línea que separaba un encaprichamiento de estar enamorada. Se conocían mejor. Habían hablado de muchas cosas y disfrutado uno en compañía del otro. Se habían hecho amigos.

Pero no era amor. No podía serlo. Él era un chico de playa que había descubierto un producto único y había sabido la forma de comercializarlo. Tostado por el sol y libre como un amante del surf. Digno de un capricho, no de amor.

No la amaba. Era imposible. Ella no era el tipo de mujer de la que Blake pudiera enamorarse. Era obvio que le había gustado cuando compartían sexo apasionado, incluso mucho. Pero una vez pasada la hora, se acababa su regalo. No era algo a largo plazo.

Por eso se había ido antes de que acabara la magia.

Le habría gustado salir del hotel a la mañana siguiente sin verlo, pero era imposible. Tenían que volver juntos a Hyannis. Incluso si no fuera así, no habría podido evitarlo, porque la esperaba junto al ascensor cuando llegó al vestíbulo.

No había dormido bien. Decir que no estaba resplandeciente habría sido un eufemismo. Tenía ojeras y el pelo enmarañado y revuelto.

Ver que Blake también tenía un aspecto horrible no le hizo sentirse mejor. Él, por supuesto, hasta horrible estaba guapo. Vestido con vaqueros viejos, un suéter marrón y zapatillas deportivas, parecía más un chaval de camino al pub para tomar una cerveza que un ejecutivo regresando de un importante viaje de negocios.

—Hola —saludó él, con aire contrito.

—Hola —miró su barbilla para no sentirse atrapada por sus preciosos ojos.

—¿Desayunamos antes de salir?

Ella no tenía hambre, pero una taza de café le iría bien. Asintió

y, tirando de su maleta, lo siguió hasta la cafetería del hotel.

Una camarera los llevó a la mesa. Blake pidió dos cafés. Martha miró la carta. Todo le parecía demasiado: huevos fritos, tortitas con sirope, el especial «Buenos Días». No era un buen día. Le pesaba el corazón.

—Sólo tomaré café —le dijo a la camarera.

Blake la miró como si percibiera un mensaje su—bliminal en su falta de apetito. Pidió tostadas y zumo. Por lo visto tampoco estaba demasiado hambriento.

—¿Has sabido algo de Doug esta mañana? —preguntó Martha, tras un largo silencio. Alguien tenía que romper el hielo y actuar con madurez.

—No.

—Espero que todo vaya bien con su padre.

—Sí.

Hasta ahí llegó la conversación. Se arriesgó a mirarlo. Tenía la vista perdida. Por lo visto, estaba tan incómodo como ella.

Se planteó sacar el tema de la noche anterior, pero no sabía qué decir. ¿Que había sido *fantástico,* pero había huido porque tenía miedo? Miedo, ¿de qué? ¿De enamorarse? ¿De descubrir que no sentía nada por ella?

—No lo entiendo —dijo él bruscamente, clavando los ojos en ella—. Estuvimos bien juntos.

—Eso fue anoche —al fin y al cabo, él era el maduro, quien sacaba el tema a la luz.

—También habríamos estado bien esta mañana.

Habrían estado mejor que bien. Hacer el amor con él de nuevo habría sido un estallido de ruegos artificiales.

—Eres mi jefe —dijo, porque le pareció la mejor manera de explicar su aprensión.

—¿Tu jefe?

—Sí, mi jefe. El hombre que me contrató. Quien dirige la empresa para la que trabajo.

Él juró entre dientes y se recostó en la silla mientras la camarera le servía el zumo y la tostada.

—¿De qué hablas? —preguntó cuando la camarera se fue—. ¿Voy a encontrarme con un problema legal? ¿Una denuncia por acoso? No te obligué a nada, Martha, creo que eso es obvio.

—No voy a denunciarte, claro que no. Sólo digo que es mala idea que una mujer... tenga una aventura con su jefe.

—¿Crees que esto cambiará nuestra relación laboral?

—No si lo olvidamos —dijo ella. Tomó un sorbo de café—. Si

simulamos que nunca ocurrió.

—¿Es eso lo que quieres hacer?

Ella deseó gritar «¡No!» Deseaba que volviera a ocurrir, cada noche. Quería simular que era real, no sólo el sexo, sino la emoción que había detrás, la intimidad. Quería amarlo y que la amara.

—Sí —contestó.

—¿Quieres olvidar que ocurrió? —él parecía desconcertado.

—Sí —dijo, pensando: «No».

—De acuerdo. Si eso es lo que quieres de verdad. .. —encogió los hombros.

Por lo visto, siempre y cuando no lo demandara, Blake podía aceptar su sugerencia sin problemas. Seguramente habría borrado lo ocurrido de su mente cuando terminase de desayunar.

Eso convenció a Martha de que no podía volver a ocurrir. Si él podía olvidar, ella lo haría. Quizá no le resultase tan fácil, pero lo haría.

Aceptaría el regalo que había recibido con gracia y gratitud, si sentir amargura porque no llegara a ser más. Como un sueño, una hora mágica.

Capítulo Ocho

Nunca entendería a las mujeres. Hasta ese momento no lo había preocupado. Pero…

Martha.

Estaba sentado en su despacho, unos días después de su vuelta de Chicago. Doug estaba frente a él con su traje bien cortado y una copia del contrato con Vida Natural extendido sobre el regazo.

—¿Bruno accedió a esto? —alzó las cejas con sorpresa—. ¿Cómo lo conseguiste? ¿Qué hiciste?

—No sé lo que hice —farfulló Blake, aunque lo sabía muy bien. Lo que había hecho era sentarse con Martha, dejando que su compostura e inteligencia le proporcionasen calma y templanza. Estando juntos se habían hecho invencibles, ganando la batalla.

Y después lo habían celebrado. Pero no iba a pensar en eso. Ella le había pedido que olvidara la celebración y, si tenía suerte, quizá llegara a hacerlo algún día.

—Se me han ocurrido otras ideas —comentó Blake, haciendo que las cejas de Doug se arquearan de nuevo.

—¿Qué ideas?

Blake se recostó en la silla y miró el cielo gris. No quería compartir sus ideas sólo con Doug. Quería que Martha las oyera también. Que se diera cuenta de que era un genio. Casi rezongó. No era ningún genio. Ni siquiera había ido a la universidad, y ella tenía un master. Pero aun así, si tenía que simular que no había sido ni sería más que la contable de su empresa, quería que supiera que tenía ideas.

—He pensado que deberíamos tener una reunión con los miembros del personal para hablar de los nuevos mercados en los que deberíamos introducirnos.

—¡Una reunión de personal! —Doug lo miró intrigado—. Blake esto demuestra mucha responsabilidad y previsión. Estoy orgulloso de ti.

Blake intentó que su mueca pareciera una sonrisa. Doug sólo bromeaba a medias. Nunca se había acostumbrado a la informal manera que tenía Blake de conducir los negocios. Rara vez tenía reuniones de personal. Los empleados charlaban en los pasillos.

No quería que Doug se sintiera orgulloso de él. Quería que Martha… Diablos, quería a Martha, sin más.

—¿Estas ideas se te ocurrieron durante el viaje? —preguntó Doug—. Un viaje muy productivo. Caliente.

Blake pensó, con amargura, que sólo lo había sido cuando estaba con Martha. Desde luego que había sido caliente. En muchos sentidos.

Ella lo estaba evitando. Estaba en algún lugar de edificio donde no podía verla, ni encontrarla. En su despacho, o en la sala del personal, o en el cuarto de baño; donde quiera que él no estaba.

No podía culparla. En primer lugar, tenía razón respecto al tema jefe—empleado. Si tenían una aventura, causaría problemas, resentimiento entre el resto del personal. Ella podría sentir celos si lo veía intercambiando chistes con una de las secretarias, o cometer errores con los cálculos de beneficios y pérdidas si él empezaba a salir con otra mujer. Podía llegar a ser un lío.

En segundo lugar, y más importante, debía estar buscando más en una relación de lo que Blake podía ofrecer. No era como él, libre, aventurera y tranquila. Era una mujer callada, agradable y bien educada. Lo había asombrado su pasión en Chicago, porque no daba la impresión de ser apasionada. No era la clase de mujer que se acostaba con un hombre sólo por diversión. Y Blake no era la clase de hombre que pudiera prometerle a una mujer más que diversión.

Ella tenía razón. Tenía que olvidar todo el asunto.

—¿Cómo va lo de la sede de distribución para la zona centro? —le preguntó a Doug.

—Estamos estudiando tres emplazamientos en Chicago. Hay una antigua planta embotelladora de agua en venta, que podríamos poner en marcha con rapidez. Supongo que al principio tendremos que llevar los productos a Vida Natural con camiones. Creo que será mejor alquilar camiones que comprarlos, pero si los alquilamos no podremos pintar publicidad en ellos.

—¿Por qué no? ¿No podemos incluir esa condición en el contrato de arrendamiento?

—Lo investigaré —Doug tomó nota—. Una vez que tengamos una embotelladora en la zona central, podemos buscar otros puntos de venta. Funcionará, porque le diste a Vida Natural derechos exclusivos de venta durante los dos primeros años, pero sólo en el condado de Cook. Para cuando acabe el año, estaremos listos para expandirnos por el centro del país —sonrió a Blake—. Espero que estés listo para dar ese paso, Blake. Ha llegado el momento. Ya no eres un pequeño empresario de Hyannis. Has dado el salto a empresa nacional.

—Sólo a Chicago —dijo Blake. No se sentía bien; se sentía como

un hombre que, por primera vez en su vida, no había conseguido a la mujer que deseaba.

—Lo que quiero decir es que tendremos que adoptar otra mentalidad —explicó Doug. Blake se preguntó si ese era el tipo de cosas que enseñaban en las escuelas de negocios—. Habrá que añadir un cero o dos a cada cifra. ¿Eres capaz de pensar a lo grande?

—¿A dónde quieres llegar, Doug? —Blake puso los ojos en blanco.

—Sólo quiero que entiendas la gravedad de la situación —Doug toqueteó el contrato—. Has mencionado una reunión de personal, y creo que deberías empezar a mantenerlas de forma regular. Y tendrás que ampliar la plantilla. No me refiero sólo a conductores de camión. Me refiero a gente que controle lo que ocurre en todos sitios. Uno de los mayores escollos en el desarrollo de una empresa es el que el jefe intente aferrarse a la mentalidad de pequeño negocio.

Blake siempre había asumido que ampliar la empresa sólo implicaría un cambio en sus ingresos. No había pensado en contratar nuevo personal.

—¿A quién debería contratar?

—Para empezar, a alguien que vigile esos ceros —sugirió Doug —. Un gestor financiero.

—Tengo a Martha —dijo Blake. Apretó los dientes. *No* la tenía, y eso lo volvía loco.

—Es contable. Creo que podría hacerlo, tiene la capacidad, pero tendrás que ascenderla si quieres que asuma más responsabilidades. Y subirle el sueldo.

—Bien. La ascenderé —aceptó él. Sin embargo, tenía dudas. Ella podría pensar que la ascendía por motivos personales, porque se había acostado con ella y deseaba hacerlo de nuevo.

Lo que había dicho sobre el sexo entre empleada y jefe era cierto. Lo complicaba todo.

—No sé —se contradijo—. Tal vez sería mejor que contratase a otra persona.

—Creo que Martha sería ideal para el puesto. Estaba contigo en Chicago. Debe haber contribuido para cerrar el trato con Vida Natural. Un ascenso sería una buena recompensa y un reconocimiento de su capacidad.

Martha había contribuido mucho y se merecía el ascenso. Independientemente del sexo, creía que haría mejor papel como gestora que cualquier otra persona. Encajaba en Batidos Frutales

Blake. Todo funcionaba bien con ella, y no le daba la lata.

—De acuerdo. Le ofreceré el puesto.

—Una decisión inteligente —sonrió Doug—. Estará encantada —predijo—. Es callada, pero vale mucho.

—Necesito una cita —masculló Blake. No quería seguir hablando de Martha, lo deprimía.

—¿Una cita? —Doug empezaba a levantarse, pero se sentó al oír ese comentario.

—Sí. Una cita. Pasar tiempo con una mujer.

—¿Necesitas mi ayuda para eso? —Doug arrugó la frente.

—No. Puedo conseguir mis propias citas —rezongó Blake.

—Eso creía —Doug se puso en pie—. Pues consigue una. Te la mereces tanto como Martha el ascenso.

Blake deseó gritarle que dejase de hablar de Martha. Estaba seguro de que si le preguntaba a Doug por las remolachas, él encontraría la manera de mencionar a Martha en la respuesta: «¿Sabes que Martha tiene una fantástica receta de pastel de remolacha?»

Blake necesitaba una cita para borrar Chicago de su memoria, para recordar que había muchas mujeres en el mundo, muchas de ellas más sexys que la remilgada Martha y que no huían después de hacer el amor.

Necesitaba una cita que lo ayudara a conseguir lo que Martha quería que hiciese: olvidarla.

Dos tipos de control de calidad estaban jugando a la diana de velero de la sala de empleados cuando Martha entró a prepararse un té. En cuanto estuviera listo, volvería a su despacho. Procuraba evitar los espacios comunes del edificio, para no cruzarse con Blake.

Era obvio que no quería verla. Sabía dónde estaba, en su despacho, casi todo el tiempo, y si tenía algo que decirle, personal o profesional, podía encontrarla.

Evitarla no era signo de cobardía, sino de respeto. Ella le había pedido que simulara que en Chicago no había ocurrido nada entre ellos, y era lo que estaba haciendo. Seguramente ya lo había olvidado todo.

La cobarde era ella. No conseguía olvidar lo ocurrido. Desde que volvió de Chicago era ella quien había paseado a Lucy todas las tardes, contándole a la perra por qué era malo practicar el sexo con Blake Robey, incluso si era la culminación de su fantasía más intensa. Era ella la que pasaba las noches en vela, escuchando el silencio y preguntándose si alguien, *Blake,* la visitaría en sus sueños. Era ella quien temía quedarse dormida, porque si soñaba con él,

recordaría lo que nunca podía llegar a ser real de nuevo.

Sacó la taza del microondas y mojó una bolsita de infusión de menta en el agua caliente. A su espalda, oía los golpes de las pelotas en la diana y del crujido que hacían cuando las despegaban del velero. Oyó risas y recordó que la vida seguía adelante. Fluía como un río y antes o después, Martha se reincorporaría a su curso.

—¡Eh, Blake! —exclamó Pete, uno de los hombres. Martha dejó caer la bolsa dentro de la taza—. Llevo quince puntos de ventaja. ¿Quieres tirar algunas?

—Mmm. Creo que pasaré —respondió la voz suave y profunda de Blake. Ella recordó cómo sonaban sus gruñidos cuando estaba dentro de ella, alcanzando el orgasmo. Enrojeció mientras utilizaba una cucharilla para sacar la bolsita de la taza.

Deseó que pasara de largo, poder escapar sin verlo. Pero no tuvo esa suerte, oyó pasos a su espalda y supo que era él. Vio una sombra en la en—cimera; un segundo después estuvo a su lado, mirando en el armario.

—¿Té? —dijo, mirando su taza—. Creía que eras bebedora de café.

—A veces prefiero té —farfulló ella.

Él sacó la lata de café y los filtros del armario y preparó la cafetera. Era habitual que hiciera café, a pesar de ser el fundador y presidente de la compañía. No tenía pretensiones ni aires de grandeza, hacía lo que quería.

—El té es una bebida seria, propia de damas —comentó él, mirándola de reojo—. Es lo que beben las viejas tías solteronas.

—Estoy bebiendo esto porque es un té de hierbas, sin cafeína —le dijo, odiándolo por pincharla—. No me impedirá dormir esta noche —de pronto se dio cuenta de que no quería hablar con él de noches insomnes.

—Voy a darte un ascenso —dijo Blake.

—¿Qué? —Martha dejó caer la cucharilla y la bolsita sobre la encimera, salpicándolo todo.

—Un ascenso. Doug y yo estuvimos hablando. Opina que con el crecimiento de la compañía vamos a necesitar que asumas más responsabilidades.

Ella tragó saliva. Se preguntó por qué le estaba diciendo eso ante la cafetera, por qué no la había llamado a su despacho, para hablar como los profesionales que eran. No actuaba como un jefe, sino como un tipo guapo y carente de formalidad.

—No lo analices demasiado —añadió él—. Es decir, es algo estrictamente profesional. La empresa necesita un gestor financiero

y te he elegido a ti. No tiene nada que ver con... nada —sacó una taza del armario.

—Ah —debería haberse alegrado por aclarar que el ascenso no era nada personal, pero sólo consiguió sonrojarse aún más. Limpió la encimera con una toalla de papel—. ¿Gestor financiero?

—Sí. Podemos buscar otro título si quieres. ¿Controladora? Lo que sea. Sólo sé que eres la persona más indicada para ocuparte de las finanzas.

—Entiendo.

—Tienes el cerebro adecuado. Puedes hacerlo. También habrá un aumento de sueldo. Doug y Penny, de personal, lo hablarán contigo.

—Muy bien —sentía un cosquilleo en la nuca y tenía las manos húmedas. Odiaba volver a sentirse como una colegiala torpe estando a su lado.

—Tienes buen aspecto —dijo él, con la misma brusquedad con la que le había notificado el ascenso. Ella lo miró y descubrió que parecía fascinado por la cafetera.

—Gracias —se obligó a decir.

—Es un color bonito —señaló con vaguedad su blusa de seda verde azulado, remetida en unos pantalones gris carbón.

—Gracias —repitió ella. No quería que elogiara su aspecto ni su ropa. La halagaba, pero encendía una chispa de esperanza en su corazón, y eso era peligroso. Lo que ella deseaba, que Blake la quisiera de verdad y que pudieran tener algo más que una aventura de oficina, no iba a suceder; era mejor aceptarlo.

—Entonces, ¿te parece bien el ascenso?

—Me parece bien —respondió—. Hablaré con Penny. Tengo que volver a mi despacho —deseó que se le ocurriera algo avispado, gracioso, para demostrarle que había olvidado lo ocurrido en Chicago.

Pero no lo había olvidado y no era avispada. Agarró su taza y se marchó, diciéndose que era tonta.

Dos semanas después, Blake celebró su primera reunión de personal ejecutivo. Carecía de una sala de reuniones como la de Vida Natural, así que la convocó en su despacho, al que habían llevado unas cuantas sillas más.

Doug estaba allí, y Roger, de desarrollo de producto, y Penny, de personal. Steven, el director de distribución, llegó armado de gráficas para presentar las opciones de distribución regional en la zona centro. Helen, la secretaria de Blake, estaba a su lado, tomando notas en el ordenador.

Martha se sentó tan lejos como pudo de Blake sin sacar la silla al pasillo.

—Creo que la mejor opción es comprar la planta embotelladora de las afueras de Chicago —decía Ste—ven—. Los otros dos emplazamientos implicarían más trabajo y remodelación. Con ésta, la maquinaría está instalada. El agente dijo que conseguiremos que bajen el precio un poco. Me gustaría ir a verla yo mismo.

—Buena idea —dijo Blake. En su opinión, era obvio, pero quería comportarse como un jefe adecuado, sensato y entusiasta al tiempo.

—¿Te gustaría acompañarme? —sugirió Steven.

—Podría hacerlo Doug. ¿Cómo está tu padre, Doug? ¿Podrías volar a Chicago y pasar unos días allí?

—No es problema —contestó Doug—. Mi padre está muy bien. Quejándose porque mi madre ya no le deja ponerse sal y mantequilla en las patatas asadas.

Blake sonrió y asintió con la cabeza, observando a Martha con el rabillo del ojo. Estaba muy modosita en la silla, con las rodillas juntas y los tobillos cruzados. Llevaba falda y no pudo evitar admirar sus piernas.

—Deberías hablar con Martha sobre cuánto tendremos que invertir, qué créditos habrá que solicitar y todo eso —añadió Blake. Se recriminó en silencio por decir «todo eso»; era poco profesional —. Martha, ¿podrás reunirte con Steve para hablarlo?

—Desde luego —dijo ella.

Todo iba como la seda. Se sentía como un adulto. Se preguntó si Martha lo notaba. Si le gustaba que se comportase como un ejecutivo auténtico. ¿Lo habría olvidado todo y seguido con su vida?

Blake lo estaba intentando. El sábado anterior había salido con una antigua amiga, con la que había tenido algo unos años antes. La llevó a cenar a un restaurante caro, con vino, brandy y todos los lujos, y después al cine. Era una película con reparto de lujo y buenas críticas. Sin explosiones, ni fallos arguméntales. Blake la había odiado.

Después la llevó a casa, escuchando mientras ella analizaba el impacto emocional de la película. Lo invitó a entrar y rechazó la oferta. Le gustaba, era guapa y lo habían pasado muy bien cuando salían juntos, pero no quería acostarse con ella. Otro síntoma de locura.

—Si hemos terminado de discutir la planta embotelladora —dijo —. Tengo algunas ideas que proponer —era un buen ejecutivo, tenía buenas ideas y más le valía a Martha darse cuenta—. Me

gustaría hablar de introducir Batidos Frutales Blake en nuevos mercados. Además de Chicago, quiero decir.

—Ese no es tu departamento —dijo Doug con una sonrisa—. Tú eres el genio creativo. Se supone que yo debo tener las ideas de comercialización.

—He pensado que deberíamos introducir Batidos Frutales Blake en las líneas aéreas —siguió Blake, ignorando a Doug—. Esos carritos de bebidas no tienen nada que merezca la pena, excepto el alcohol.

—Es una gran idea —dijo Penny.

Blake miró a Martha, esperando que pensara lo mismo. Ella sonrió enigmáticamente y apuntó algo en su libreta forrada de cuero.

—Creo que tendremos problemas porque utilizamos botellas —señaló Doug—. Si Batidos Frutales Blake se envasaran en latas, podrían interesarse. Pero son botellas de vidrio, y pesan.

—La mezcla de Bloody Mary que utilizan va en botella de vidrio. También el vino y casi todos los licores. Sólo los refrescos son de lata, y saben metálicos.

—Puedo investigarlo —dijo Doug—. No te hagas demasiadas expectativas, pero es una idea.

—Otra idea son los hoteles. Estuve en ese hotel de Chicago... —lanzó una mirada a Martha, que hacía garabatos en su libreta— ...y sólo tenía cosas aburridas. Zumo de ciruela, por Dios. La gente debería tener más opciones para desayunar, ¿no creéis? Ahora sirven cereales integrales y yogur en todos los hoteles. ¿Por qué no una moderna bebida de fruta?

—Tienes razón —dijo Doug—. ¿Por qué no?

Blake miró a Martha. Quería su aprobación. Ella alzó la mirada despacio, como si le costara. Y asintió.

Él sintió un júbilo desproporcionado. ¡Le gustaba su idea! Más animado, miró a su alrededor.

—¿Hay algún otro asunto que tratar?

—Sólo la fiesta de Navidad —dijo Helen, alzando la vista de la pantalla del ordenador portátil.

Blake se preguntó si era un tema adecuado para una reunión de ejecutivos. El año anterior habían acabado tomando pasta y vino en un salón privado de un restaurante junto al muelle. La planificación había sido informal y democrática, como casi todo en su empresa.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó a Helen. Ese año era distinto, los beneficios se disparaban y crecían.

—Ha sido un año bueno. Nuevas oficinas, expansión...

Deberíamos hacer algo más elegante que el año pasado.

—De acuerdo. Martha, analiza qué presupuesto podemos dedicar a eso.

—Tenemos que ir rápido —dijo Penny—. Si podemos permitírnoslo y lo hacemos un viernes, en vez de un sábado, puedo conseguir un salón de banquetes en Tara.

—¡Bromeas! —Doug la miró atónito—. ¿Tara? Es uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

—Salgo con alguien que trabaja allí —explicó Penny—. Tengo contactos.

—Creo que podemos costearlo. Te lo confirmaré después —prometió Martha. Miró a Blake—. Nos merecemos una celebración en Tara. Ha sido un año fantástico.

Blake pensó que sería aún mejor si conseguía que Martha volviera a compartir su almohada. Se cortó al pensar lo que pensarían el resto de sus colegas. La empresa estaba creciendo. El jefe no podía acostarse con la gestora financiera, a no ser que estuvieran comprometidos o casados, o algo. Blake no pensaba llegar a eso.

—Creo que hemos terminado —dijo Blake.

Pensó en llevar a alguien a la fiesta. No le apetecía, pero soportaría mejor la velada si tenía otras piernas en las que fijarse, otros ojos que mirar. Sentía amistad, lujuria, admiración y respeto por Martha. Ella le había pedido respeto, así que no la perseguiría.

Aunque no tenía interés por ninguna otra mujer, quizá llevara a una para mantener la cordura.

Si la cordura seguía siendo posible.

Capítulo Nueve

—¿Cómo estoy, Lucy? —preguntó Martha.

Lucy alzó la cabeza del calcetín anudado que estaba mordiendo. Si la sorprendió ver a Martha con un elegante vestido negro, no lo demostró. De hecho, el calcetín parecía interesarle mucho más.

Martha había visto el vestido colgado en el escaparate de una boutique de la calle Mayor y había sentido su llamada tentadora, obligándola a entrar en la tienda. Había rezado para que el vestido no fuera de su talla, pero se lo probó y le quedaba como un guante. Parecía diseñado para ella.

Era un vestido demasiado romántico, pero ahora que era la directora financiera de Batidos Frutales Blake, suponía que debía demostrarlo vistiéndose de forma especial para la fiesta de Navidad.

No sabía qué pensaría Blake, pero daba igual. Llevaban un mes entero sin intercambiar más que frases de cortesía. Tenía que admitir que la tenía impresionada con su agudeza empresarial. Llegaba a las reuniones semanales cargado de ideas. El verano anterior, cuando la había contratado, había actuado con una indiferencia que rayaba en la pasividad. De pronto, era dinámico, innovador, listo. Y procuraba demostrarlo siempre que podía.

Tenía que ser inteligente para haber creado su empresa. Martha siempre había tenido debilidad por los hombres listos, pero no tenía por qué tenerlo por Blake. Que se le acelerase el pulso al verlo, que temiera mirarlo a los ojos para no poner en peligro su salud mental, que se acostara todas las noches pensando en él, no significaba nada.

Era un sueño. No lo que deseaba para su vida. Nada que pudiera contabilizar. No cuadraba.

Aun así, no haría ningún daño estar guapa para la fiesta. La indiferencia de Lucy no importaba, no tenía gusto; lo demostraba que se hubiera enamorado de Blake aquella noche de octubre, cuando la llevó a casa.

—Me voy —le dijo a Lucy, poniéndose el abrigo y agarrando el bolso—. Tienes agua y comida y espero que te comportes. Hasta luego.

La noche era fría. No había luna y el cielo estaba tachonado de estrellas. Todas las tiendas del centro estaban decoradas con luces y espumillón. Había arcos plateados con muérdago de plástico en las

calles. Pensó que estaba muy guapa e iba a pasarlo de fábula. Resplandecería. En las últimas siete semanas había ayudado a conseguir la cuenta con Vida Natural, había recibido un ascenso, se había acostado con Blake sin autodestruirse y casi había superado su encaprichamiento con él. Había hecho las compras de Navidad, decorado la casa con velas rojas y ramitas de pino y comprado un vestido extravagante.

Esa noche iba vestida para matar; lo pasaría bien.

A Blake le gustaban las fiestas menos elegantes, pero considerando lo rápido que habían organizado ésa y que él no había tenido que hacer ningún esfuerzo, no iba a quejarse. Estaban en un salón pequeño, porque no eran muchos; pero había una larga mesa con un bufé, una barra libre, mesas circulares con velas en el centro, pista de baile y un dúo musical que no sonaba nada mal.

Lo asombraba que Penny y Helen hubieran podido organizado todo. Suponía que en parte se debía a que diciembre era un mes de temporada baja en Cape Cod. Aun así, Tara era un hotel elegante, que solía necesitar reservas con mucha antelación. Por lo visto, que la directora de recursos humanos saliera con un director del hotel, había sido una gran ayuda.

Se situó cerca del bar, esperando no parecer tan incómodo con su traje gris como se sentía. Lo había comprado el día anterior, y lo había recogido esa mañana, junto con la camisa turquesa y la corbata de seda que lucía. Había elegido la camisa porque no lo aburría. La corbata era un arco iris de colores que formaban un dibujo abstracto. No le iban las corbatas, pero suponía que, siendo un magnate, tendría que ponérselas a veces.

Miró a su alrededor y sonrió. De momento había unas treinta personas, y esperaba al menos treinta más. Muchos empleados habían llevado a sus parejas. Él se había planteado llevar a alguien, pero había pensado un millón de razones estúpidas para no hacerlo, y una no tan estúpida: no quería hacerlo.

Martha aún no había llegado. Lo irritaba ser tan consciente de su ausencia. Probablemente llegaría con un tipo colgado del brazo. Alguien perfecto para ella; un ejecutivo que se sentía cómodo utilizando trajes y prefería no pasar toda la noche con ella y no se molestaba si huía tras una hora de sexo.

A Blake no debería importarle eso. Pero no conseguía olvidar esa hora de sexo, por más que lo intentaba. Era como una astilla clavada bajo una uña.

—¡Eh, guapísimo! —Sheila, una de las directoras de fábrica, se acercó a él. Estaba muy guapa, con un vestido ajustado de

terciopelo verde. Tenía un martini en una mano y un trozo de cangrejo pinchado en un palillo en la otra—. ¡Menuda fiesta! Supongo que la compañía debe ir muy bien, ¿no?

—Supongo que sí —dijo él, deseando poder involucrarse en la conversación. Pero sus ojos recorrían la salas sin descanso, buscando a alguien que no estaba allí.

En ese momento la vio, junto a la puerta. Tardó un momento en aceptar que Martha pudiera tener un aspecto tan... espectacular. No descarado, sino elegante y atractivo, con su vestido negro.

Parecía resplandecer. Tenía los ojos brillantes, los labios rosados, la piel suave y pálida, y brillantes ondas castañas enmarcaban su rostro. Llevaba tacones bajos, suficientes para hacer que pareciese alta y lucir sus esbeltos tobillos.

Estaba justo debajo de un ramito de muérdago.

—Perdona —murmuró Blake a Sheila. Cruzó la habitación evitando a las parejas que bailaban mientras iba hacia la puerta. La culpa era del muérdago, y de Martha. No había olvidado nada, y el aspecto que tenía esa noche sólo conseguiría que olvidara su sentido común.

Rodeó unas mesas y llegó a su lado desde detrás. Inclinó la cabeza y besó su mejilla con rapidez. Ella dio un respingo, giró y lo miró boquiabierta.

—El muérdago —explicó él, consciente de que era una excusa muy pobre. Esbozó una sonrisa candida, deseando que no se ofendiera por un besito en la mejilla.

Ella le devolvió la sonrisa, titubeante. Todos los nervios de Blake se dispararon. Su cabello olía a flores. El escote caído del vestido mostraba la piel cremosa de debajo de su cuello. Estaba deslumbrante. Casi tanto como desnuda.

En otro tiempo, Blake había creído que era normalita. No una mujer que vería desde el otro lado de una sala y que necesitaría besar, con o sin muérdago.

Entonces había sido él mismo, la vida era normal. Pero no se imaginaba volviendo a ser aquella persona. Miró los ojos oscuros de Martha y decidió que no le importaba lo más mínimo.

Eso no debería estar ocurriendo.

Blake no debía besarla un minuto después de haber cruzado el umbral. Sabía que la gente se besaba en las fiestas de empresa. Pero cuando trabajaba en Boston, solía ocurrir entre altos directivos y jovencitas principiantes, cuando casi todos habían bebido demasiado.

Afortunadamente, nunca la había besado uno de esos tipos. Toda

ella debía emanar vibraciones que advertían a los lascivos que no estaba interesada.

Debería decirle a Blake que se alejara, pero no quería hacerlo. Esa noche no era ella misma. Estaba elegante y sentía una confianza inusual. Quería que todos la admirasen. Que Blake la considerase irresistible. Era una fiesta y Blake no era un Romeo panzudo de mediana edad que intentase aprovecharse.

—Esto es una maravilla —dijo, adentrándose en la sala. En una esquina, un dúo tocaba una antigua canción de los Beach Boys. Camareros y camareras atravesaban la sala con bandejas de canapés. Un barman mezclaba bebidas en otra esquina.

Martha imaginó Blake unos años más joven, atendiendo el bar de una fiesta similar. Decidió que no habría estado tan guapo. No habría tenido arruguitas de risa alrededor de los ojos, ni hoyuelos tan marcados. Ni habría podido lucir ese atuendo: una camisa que se hacía eco del asombroso azul de sus ojos, una corbata que parecía la pesadilla de un pintor, y un traje que le quedaba perfecto, enfatizando su ancha espalda, sus caderas estrechas y la longitud de sus piernas.

Mientras se adentraban en la sala, Martha comprendió que no era sólo su apariencia lo que la atraía. Todos los lunes, desde que habían vuelto de Chicago, se sentaba en las reuniones y escuchaba sus ideas, sugerencias y objetivos para la empresa. Sabía que no tenía experiencia empresarial, precisamente para compensar esa lacra había contratado a gente como Doug y ella misma.

Pero últimamente parecía más dinámico, más entregado, no sólo una fuerza creativa que había lanzado un producto innovador, sino alguien que visualizaba un futuro para su empresa. Ya no era un chico guapo con buen instinto y mejor suerte. Era un hombre que estaba al mando y lo sabía.

—¿Qué te gustaría beber? —preguntó él, conduciéndola hacia el bar.

—Vino —Martha sonrió al barman—. Chardonnay, por favor — recordó el desconocido y delicioso vino que Blake y ella habían tomado en el extraño restaurante de Chicago. Lo miró, preguntándose si él recordaba esa noche, aunque lo dudaba. Seguramente había brindado con una docena de mujeres desde entonces.

Pero estaba a su lado, ignorando al resto de las mujeres de la sala. Era casi como si estuviera anunciando, ante toda la plantilla de Batidos Frutales Blake, que esa noche estaba con Martha.

Era una bobada, pensar eso. Habían tenido una breve aventura

que había terminado. No podía confundir fantasía y realidad. Seguramente había recibido a todas las mujeres con un beso bajo el muérdago.

—Me gusta tu vestido —comentó él.

—Gracias —también debía habérselo dicho a todas.

—¿Quieres comer, o bailar? —preguntó él.

—¿Son mis dos únicas opciones? —rió ella.

—Podría sugerir otras posibilidades, pero seguramente me darías una bofetada —murmuró él con malicia.

—No te abofetearía, Blake —aseguró ella. Por lo visto no había olvidado Chicago, eso la agradó—. No soy una persona violenta.

—Entonces, bailemos —dejó los vasos de ambos sobre una mesa, puso la mano en su espalda y la guió hacia el centro de la pista de baile.

El dúo estaba tocando una canción de los Eagles, lenta y quejumbrosa. Martha intentó convencerse de que bailar con él no le hacía sentir nada, que estar en sus brazos no la inmutaba. Sólo era un baile, y el anfitrión de la fiesta de empresa bailaría con todas las mujeres asistentes. Que acariciara su cintura con el pulgar no significaba nada, era normal. Intentó no captar su aroma especiado, no percibir el contorno firme de su pecho, no recordar esa noche, hacía un mes, en la que habían estado mucho más juntos que en ese momento.

Deseó dar marcha atrás al reloj, como cuando se realizaba el cambio de hora.

—Tengo que decirte, Martha —murmuró él junto a su oído—, que no he olvidado.

Parecía haberle leído el pensamiento. O quizá los recuerdos lo habían torturado tanto como a ella. Era muy difícil ser racional cuando él la sujetaba con tanta fuerza, bailaba tan despacio.

—Tenía buenas razones para pedirte que olvidaras —le recordó ella. Su proximidad parecía haber afectado su capacidad de respirar. Sentía opresión en los pulmones.

—Recuerdo esas razones —dijo él, acariciándole la cintura de nuevo—. Incluso recuerdo que eran buenas. Pero no me he olvidado.

—Ah —ella tragó saliva. Él la apretó más—. Todos pueden vernos —susurró, preguntándose si también veían su rubor. Le ardían las mejillas.

—¿Qué ven? ¿A dos personas bailando? —preguntó él—. Si no quieres bailar conmigo, dilo.

Ella quería bailar. Quería estar entre sus brazos, disfrutando de

su altura, su fuerza, su calor. Quería sentirse envuelta por la música, suave y seductora, sabiendo que el chico más guapo de la fiesta no se avergonzaba de que lo vieran con ella. De hecho, parecía casi orgulloso de bailar con ella. Orgulloso y seguro de sí mismo.

—No me importa bailar —contestó.

Podía disfrutar del resto de la canción con Blake. Cuando acabase, le daría las gracias y lo dejaría, para que pudiera bailar con otra invitada. Pero él no la abandonó, la llevó hacia la mesa sobre la que habían dejado sus bebidas. Se sentaron.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó él, señalando la sala con la mano.

—¿De la fiesta? —cuando él asintió, contestó—. Es más elegante de lo que esperaba.

—Te has vestido para una fiesta elegante —apuntó él.

—Sí, bueno… un ataque de locura por mi parte.

—¿Locura? —él soltó una risa y bebió un sorbo de la copa—. Es un vestido fantástico.

—Gracias.

—Habría quedado fuera de lugar en una fiesta que no fuera tan elegante como ésta.

Ella asintió con la cabeza y sonrió.

—Quizá, tu subconsciente sabía que la fiesta iba a ser así. Tal vez tus pensamientos seguían el mismo curso que los míos

Martha pensó que la conversación empezaba a ponerse peligrosa. Ya era malo que él protagonizara todas sus fantasías, pero si encima empezaban a pensar igual, y bailaba y se sentaba con ella en la fiesta navideña…

—Lo cierto es, Martha, que me he sentido fatal desde lo de Chicago —admitió.

Ella supuso que se refería a arrepentimiento, desilusión, quizá incluso enfado consigo mismo, con los dos, por haber perdido el control como lo habían hecho.

—La empresa va de maravilla, pero me siento… No sé. Incompleto. Como si me faltara algo —estiró la mano por encima de la mesa y tocó la de ella—. He intentado olvidarlo, pero no puedo. No quiero hacerlo —tragó saliva—. Creo que lo que ocurrió en Chicago es demasiado bueno para olvidarlo. Tengo la sensación de que huiste y sigues huyendo, y me parece una tontería. Deberías dejar de hacerlo.

Ella no había esperado que fuese tan sincero y directo. La declaración era más que sincera, incluía un reto. La estaba retando

para que dejase de huir y aceptase la posibilidad de que su sueño se había realizado, que fantasía y realidad se habían fundido. Tal vez había llegado la hora de admitir que Blake era más que una criatura viril y atractiva diseñada para encender su imaginación. Era un hombre listo, ambicioso y de mente abierta. Le había hecho el amor con fuerza y ternura; había compartido sus ideas y sentimientos con ella.

—De acuerdo —musitó, entrelazando los dedos con los de él—. Dejemos de intentar olvidarlo.

No estaba segura de cómo fue el resto de la fiesta. Lo había pasado muy bien, riendo, bailando, tomando canapés, bromeando con Doug y comentando marcas de lápices de labios con Helen. Los detalles de la velada se mezclaban en su mente. Era libre para recordar, para aceptar que todo lo ocurrido había sido realidad.

No pasó toda la fiesta junto a Blake, pero eso no importó. Incluso cuando estaban en extremos opuestos de la habitación, percibía que seguían juntos, inexplicablemente unidos.

Podía ser el vínculo del recuerdo, o algo más; pero daba igual, Martha se sentía bella, segura y deseada.

A las once y media gran parte de la gente se había marchado. El dúo recogió los instrumentos y el aroma a café fuerte inundó la sala. La fiesta había acabado.

Pero Martha no huiría. Esa vez no. Blake estaba hablando con los músicos y dándoles las gracias. Después se dio la vuelta, la vio y fue hacia ella.

—¿Te marchas? —preguntó, poniendo una mano sobre su hombro, un gesto casual pero también posesivo.

Ella miró sus ojos, intentando encontrar en ellos la respuesta. Al no encontrarla, alzó los hombros.

—La fiesta se acaba así que...

—No te vayas —susurró él, sonrió y fue hacia la puerta a despedirse de un grupo de invitados que salía.

Martha se quedó donde estaba, sintiendo una mezcla de ansiedad y excitación. No tenía ninguna obligación de obedecer. Sí se quedaba, sería porque quería hacerlo.

Y quería. Aunque no supiera qué iba a ocurrir a continuación. Aunque imaginaba lo que ocurriría antes o después. Deseaba quedarse.

Cuando los camareros empezaron a recoger la mesa del bufé, Blake agarró a Martha del codo y la guió fuera de la sala.

Ella lo acompañó sin preguntar dónde iban ni qué harían. Igual podían pasar la mitad de la noche charlando en una cafetería o

acostándose juntos.

—Tengo que pagar la cuenta —dijo él, yendo hacia el mostrador de recepción. La empleada del turno de noche los condujo a un pequeño despacho y le entregó la factura—. ¿Podemos permitírnosla? —preguntó él sonriente, dándosela a Martha.

Ella le echó un vistazo. La factura de la barra libre era menor de lo que esperaba, así que el hotel debía haber sido justo. Hizo un rápido cálculo mental.

—Parece estar bien —le dijo.

—De acuerdo —entregó su tarjeta de crédito a la mujer—. ¿Tienen habitaciones libres para esta noche?

—Creo que sí. ¿Quiere que la añada a la factura?

—No. La fiesta corre a cargo de la empresa. La habitación es personal —le dio una tarjeta de crédito distinta. La empleada salió del despacho. Él se volvió hacia Martha—. ¿Te parece bien?

Ella podría haberlo regañado por presuntuoso. O haber huido. Pero volvió a anonadarla su sinceridad. En sus ojos vio no sólo sinceridad, sino también deseo y algo que habría llamado amor si estuviera fantaseando.

Aceptaba que el deseo era real, y mutuo. No se engañaría pensando más allá de eso, pero tampoco huiría.

—Sí —aceptó.

Poco después, la recepcionista regresó con la llave.

—¿Necesitarán un botones? —preguntó, innecesariamente, tras mirar su atuendo festivo.

—No hace falta —Blake aceptó la llave. Salieron del despacho. Martha se sentía avergonzada y traviesa, pero le daba igual lo que pensase la recepcionista.

La habitación daba a la piscina, que estaba iluminada. Blake echó el cerrojo de la puerta y fue hacia ella. Martha decidió que esa vez no pensaría en si era un regalo que sólo duraría una hora, en si Blake era adecuado para ella, ni en si despertaría a la mañana siguiente sola, dolorida y con las sábanas revueltas. No era un sueño; Blake era real: carne y hueso, pasión y deseo.

Él acarició su mejilla y después hundió la mano en su cabello. Inclinó la cabeza y la besó lentamente, sin prisa. Martha acarició sus brazos, fuertes y nervudos. Tuvo que hacer un esfuerzo para no arrancarle la corbata de un tirón y desnudarlo.

—Esto es fantástico —susurró él, besándola de nuevo. Tras varios besos castos y gentiles, recorrió el perfil de sus labios con la lengua.

Ella sintió un escalofrío desde la espalda hasta las caderas. Lo

deseaba en ese instante, más de lo que había creído posible desear a un hombre.

—Blake, nunca…

Él alzó la cabeza y besó su cuello, bajo la oreja. Ella suspiró, invadida por una nueva oleada de deseo.

—¿Nunca qué?

—Nunca he sentido lo que siento contigo.

—Eso es porque soy yo —afirmó él.

—No —ella sonrió—. Quiero decir que no soy una persona muy sensual.

—Ah, ya —él soltó una carcajada—. Lo he notado.

—En serio, Blake. No soy… bueno, no salgo mucho. Soy contable; me dedico a los libros de cuentas.

—Bueno, este libro es erótico —murmuró él. La alzó en brazos y cubrió su boca con un beso caliente, duro, devorador. La invadió con su lengua, haciéndola gemir.

Ella oyó el ruido de la cremallera de su vestido al bajar y sintió frío en la espalda. Le soltó el nudo de la corbata y empezó a desabrocharle la camisa. Sin dejar de besarla, él se rió.

—No me digas que esto te parece gracioso —le advirtió ella.

—Tú eres graciosa. ¡Decir que no eres sensual!

—No lo soy —protestó ella—. Sólo quiero que te quites la camisa.

—Mmm. ¿Sólo la camisa? Supongo que no eres tan sensual, después de todo.

—Bueno… —no pudo evitar reírse. Quizá toda la pasión que ardía entre Blake y ella era graciosa, a su manera—. Quiero que te quites más que la camisa.

—Ah —se desabrochó el último botón y se quitó la camisa y la chaqueta a la vez. Llevó la mano a la hebilla del cinturón—. ¿Me quito también esto?

—Sí —dijo ella con timidez, ruborizándose.

—Suena bastante sensual —desabrochó el cinturón—. ¿Algo más?

—Blake… —le ardían las mejillas.

—Tal vez seas tan sensual que quieras que me baje la cremallera también —sugirió él. Bajó la cremallera lentamente y adoptó una pose indolente—. ¿Algo más?

—Sí —musitó ella, hipnotizada por la visión de su pecho, su abdomen liso y la cremallera abierta.

—Yo diría, por muy contable que seas, que eres mucho más sensual de lo que crees —se bajó el pantalón un poco, metió los

dedos en el elástico del calzoncillo y bajó las dos cosas a la vez. Desinhibido, sin vergüenza, descaradamente excitado—. Me dejaré los calcetines puestos —ofreció—. No quiero impresionarte.

—Quítate también los calcetines —rió ella. Se sentía atribulada y poderosa al mismo tiempo. Ningún hombre había hecho un strip —tease para ella. No había imaginado que pudiera gustarle tanto.

—¿Segura? No quiero avergonzarte —bromeó él.

—Segura. Nada de calcetines.

—Bueno, si insistes —puso una mano en su hombro para equilibrarse, levantó un pie después del otro y se quitó los calcetines—. Ya —dijo—. ¿Te sientes sensual?

—Sí —asintió. También se sentía mareada y tenía el corazón desbocado, el cuerpo ardiente y los senos hinchados. Deseaba sentir el calor satinado de su piel, tocar la dureza que manifestaba su deseo por ella.

Él le dio la vuelta y acabó de bajar la cremallera, siguiéndola con una ristra de besos. Le desabrochó el sujetador, la llevó hacia la cama, se sentó y bajó el vestido, la combinación y las medias de una vez.

Cuando estuvo tan desnuda como él, la sentó en su regazo. La besó apasionada y posesivamente. Ella, por fin, pudo recorrer su cuerpo con las manos, morderle el hombro, lamer sus pezones, acariciar su torso con el cabello. Podía ser tan sensual como él la suponía.

Blake la acarició con entusiasmo equiparable, utilizando manos, boca, cuerpo. Le separó los muslos con las rodillas y la apretó contra él, haciendo que sintiera la fricción del vello de su pecho. Deslizó los dedos entre sus piernas y los introdujo en su interior. Ella se arqueó hacia él, buscándolo, deseando más, suplicando que le ofreciera todo.

Y lo hizo. Con un empujón fiero y conquistador, le enseñó todo lo que su cuerpo había sabido siempre, que había estado enterrado bajo números, libros, reticencia y profesionalidad. Cada embestida le demostró que era bella, deseable, femenina y sensual. Y cuando su cuerpo se convulsionó de placer, le demostró que era suya.

Capítulo Diez

Blake sonrió. Un rayo de luz entraba entre las cortinas, según el despertador eran las siete y cuarto y Martha seguía a su lado.

Estaba de espaldas a él, con la cabeza sobre su brazo. Tenía el trasero apoyado en su regazo, pero dormía demasiado profundamente para darse cuenta del efecto que eso estaba provocando en él.

No la despertaría. Debía estar agotada, teniendo en cuenta cómo había ido la noche. Él también lo estaba, físicamente. Pero su mente estaba muy despierta.

Pensaba que la situación podía llegar a ser fantástica. Dejarían atrás las complicaciones, las huidas, el pánico y los disimulos. Sólo quedarían Martha y él, una buena amistad y sexo fantástico. No era mala manera de llegar a las vacaciones de Navidad.

Suponía que debía comprarle un regalo a Martha. Se preguntó qué. Nunca había estado en su casa; no sabía si le gustaban las figuritas de porcelana o las velas aromáticas en cuencos de barro. Las flores eran demasiado típicas y se estropeaban en pocos días. Descartó las joyas por serias; implicaban compromiso.

¿Perfume? Se acercó a ella y olió su pelo y su cuello. Olía a sí misma, cálida, limpia y con una leve fragancia de jabón. Prefería el aroma natural de una mujer al del perfume artificial.

Un pañuelo era demasiado genérico; un jersey demasiado personal. No sabía qué libros leía. Una bomba para la bicicleta, un juguete para el perro...

Debería haberlo preocupado no conocerla lo bastante para poder elegir un regalo. Sin embargo, sabía lo esencial: cómo conseguir que se sintiera bien, muy bien y loca de placer. Sabía dónde tocarla para quitarle el aliento, dónde besarla para hacerla gemir. Sabía que podría confiarle su vida y esperaba que sintiera lo mismo hacia él. Lo demás eran detalles sin importancia.

Ella movió las caderas acercándose más a él. Tuvo un efecto inmediato sobre su ya apremiante erección. Deslizó la mano por su costado hacia la zona suave y húmeda que había entre sus piernas. Ella gimió.

—¿Blake? —parpadeó ella.

—¿Esperabas a otra persona?

Martha sonrió adormilada, pero no apartó su mano. Se puso de

espaldas y lo miró. Él empezó a mover los dedos rítmicamente y consiguió otro gemido.

Así era como más le gustaba: indefensa, sin coraza protectora. Así la quería, pura esencia vulnerable.

Sin dejar de frotar, besó uno de sus senos. Era pequeño pero firme, el pezón se endurecía y erguía con cada caricia de su lengua. Desplazó la boca al otro seno, adorando cómo su cuerpo respondía a cada caricia. Ella arqueó la espalda y clavó las manos en sus hombros, cada vez más caliente y húmeda bajo sus dedos.

Besó más abajo. Su piel sabía dulce y salada al mismo tiempo. Tenía la cintura estrecha, el vientre liso. Siguió bajando. No sabía qué regalarle en Navidad, pero sí que le encantaría lo que iba a darle en ese momento.

Ella gimió al primer contacto de su boca. Utilizó labios y lengua, abriéndola para él con los dedos. Sintió cómo se tensaba, resistiéndose a lo inevitable y después rindiéndose al placer. Su grito lo excitó aún más.

Se introdujo en ella, deseando sentir cómo lo apretaba en su interior, quería sentir su orgasmo rodeándolo. No le costó mucho esfuerzo, por fortuna, ya que apenas podía controlarse. Tras unos cuantos movimientos la llevó de nuevo a la cima y él llegó ella, perdiéndose en la misma marea.

La abrazó con fuerza y se dejó caer de costado, arrastrándola con él.

—Oh, vaya —murmuró ella, minutos después.

—¿Te ha gustado eso? —preguntó.

—Sí.

—¿Era la primera vez para ti?

—Bueno, en realidad… —hizo una pausa. Él se preguntó qué tenía que pensar. O era la primera vez, o no. Casi deseaba que no, su ego masculino habría preferido haber sido el primero. Seguía sin contestar y se apoyó en un codo para observarla.

—No estoy segura —admitió ella por fin.

—¿No estás segura? —estuvo a punto de echarse a reír. Una mujer debería saber si la habían besado íntimamente o no—. ¿Estabas dormida o qué?

—Creo que sí —afirmó ella, sombría.

—Entonces el tipo no debía ser muy bueno.

—Oh, era… —titubeó de nuevo—. No era tan bueno como tú — dijo por fin. No sonó como si quisiera halagarlo, sino como una simple verdad.

—No te estaba pidiendo que comparases, Martha. Sólo me

preguntaba… Es decir, cuando tú y yo hacemos el amor… no me imagino poder hacerlo dormidos.

—Yo tampoco —dijo ella, sonriendo con timidez—. Cuando estoy contigo… es distinto a todo.

Seguía sonriendo, sus ojos oscuros chispeaban y le recordaron el brillo de su vestido la noche anterior. Le gustaba su sonrisa y deseaba seguir contemplándola toda la mañana.

—Te quiero, Blake —dijo.

Eso significaba su sonrisa: *amor*. Él sintió una punzada de miedo.

Consideró cuidadosamente la respuesta. Lo que él había considerado amistad y sexo excepcional, ella lo definía como amor. Eso no se le había pasado por la cabeza; el amor era otra cosa. Implicaba compromisos, obligaciones y hacer regalos de Navidad perfectos, porque uno sabía exactamente lo que deseaba su mujer.

Él no conocía a Martha tan bien. Lo cierto era que no estaba seguro de desear hacerlo. Se habría conformado con dejar las cosas en amistad y sexo.

Tenía que contestar, pero no estaba seguro de qué decir. Haría cualquier cosa por no herir los sentimientos de Martha, todo menos mentir. Le disgustaba tanto mentir como haber pasado semanas intentando olvidar lo sucedido en Chicago.

Pero no quería herirla. En absoluto.

Percibió que su falta de respuesta ya le estaba haciendo daño. Su sonrisa se desvanecía como hielo bajo el sol de agosto.

—Tenemos algo muy especial, Martha —dijo. Supo en un instante que era una frase inadecuada.

—De acuerdo —la sonrisa se borró del todo. Ella se sentó—. Perdona.

—No —era él quien debería estar disculpándose.

—No debería haber dicho nada. Olvídalo. Sólo… —se le quebró la voz. Se apartó de su mano—. Creí que podíamos ser sinceros el uno con otro, nada más.

—Podemos serlo. Lo somos —él había sido tan sincero como ella. Por desgracia, su reacción no era la que ella había deseado. Ambos lo sabían.

—No huyas —suplicó. Pero esa vez no era una huida. Ella había planteado sus términos, al no contestar él había expresado los suyos; y ella los rechazaba.

Se le ocurrieron maneras de dar la vuelta a la situación. Podía sugerir que el amor podía llegar en el futuro, que le diera una oportunidad, se relajara y disfrutara de lo que compartían.

Sin embargo, sabía que él podía tardar toda la vida en llegar a

ese punto. No se imaginaba declarando su amor eterno a una mujer. Menos aún a Martha que, a pesar de su pasión y atractivo, nunca había sido su tipo.

Era contable.

La observó cruzar la habitación descalza para recoger su ropa. Tenía una espalda preciosa. Había besado cada centímetro la noche anterior, y le había encantado. Pero no creía que eso significase que la amaba.

No. Adoraba el sexo con ella. Adoraba dormir a su lado. Y despertarse a las tres de la mañana y hacerle el amor otra vez, y charlar en la oscuridad. Le había dicho que pasaría las navidades en Connecticut, con la familia de su hermana y sus padres. Él le contó que iría a casa de sus padres en Yarmouthport. Habían hablado de la nieve y de Lucy y del perro que había tenido Blake.

Había sido una noche fantástica, de las mejores de su vida. Pero eso no implicaba que amase a Martha.

No quería que se fuera, pero había perdido el derecho a detenerla. Ella, con su ropa, entró al cuarto de baño y cerró la puerta. Poco después oyó el sonido de la ducha.

Podía entrar al baño y ducharse con ella. Enjabonarse el uno al otro. La llevaría de nuevo al orgasmo, con el agua cayendo sobre piel. Podía volverla loca de deseo, conseguir que volviera a la cama.

No lo haría. Ella lo odiaría después; y lo único que podría ser peor que su amor, sería su odio. En cualquier caso, temía que ya hubiera empezado a odiarlo, en la ducha.

Volvió a plantearse cómo salvar la mañana, sin conseguirlo. La había perdido y la única forma de recuperarla sería decirle que la amaba. Y eso sería mentira.

Lo más bondadoso, lo *único* que podía hacer, era quedarse en la cama y permitir que Martha se fuese. Nó era lo que deseaba, pero era lo más justo.

—Lo estropeé —afirmó desconsolada.

Su hermana y ella estaban ocupándose de recoger tras la cena. La cocina olía al pavo que acababan de comer. Sus padres estaban viendo la televisión, los niños de Nancy jugaban y su marido se había ofrecido a darle un paseo a Lucy.

—Decirle a un hombre que lo quieres no siempre es un error —discutió Nancy, pasándole una copa para que la secara. Tenía tres años más que Martha, pero no solía darle consejos porque eran muy distintas. Nancy siempre había sido sociable, artística y muy romántica.

—En este caso, decírselo fue un gran error.

—Te dolió porque no dijo que él también te quería. Pero al menos las cosas quedaron claras. Ahora sabes cuál es su postura. Y es una postura inadmisible. Es un estúpido. No te merece, Martha. Estás mejor sin él.

—Es mi jefe —le recordó Martha a su hermana.

Nancy suspiró. Era más alta que Martha, más ancha y con el rostro más redondo y bonito. Le pasó otra copa para que la secara.

—Sé todo eso de la ética en el trabajo. Pero, ¿de veras crees que va a despedirte por decirle que lo quieres?

—No —Martha también suspiró, desde el fondo del alma. Sabía que se habría sentido igual de mal si no hubiera admitido sus sentimientos a Blake. Habría podido engañarse un tiempo más, pero no habría sido bueno a largo plazo. Como decía Nancy, era mejor haberlos expresado y saber que él no los compartía. Así podía volver a planificar su vida, olvidarlo y seguir con su camino.

—Escúchame —dijo Nancy—. Estuve enamorada un millón de veces antes de conocer a Larry. Uno se enamora y se desenamora. Sufre y sana. Puedes canalizar todo ese dolor y hacer algo creativo con él.

Martha pensó que era fácil para ella decirlo. Nancy era creativa. En el mundo de Martha, los contables creativos acababan en la cárcel.

—No soy creativa.

—Claro que sí. Todo el mundo lo es —le entregó la última copa y atacó la fuente de asar—. ¿Has terminado de decorar tu casa? Ahora es buen momento. Haz unas cortinas. Pinta el cuarto de baño de color rojo. Haz tartas. Prueba el punto de cruz. Haz alguna locura.

—Voy a dejar el trabajo —dijo Martha.

—¿Estás loca? —Nancy la miró boquiabierta.

Martha negó con la cabeza. Dejar el trabajo sería sensato. Había estado pensando en dejar Batidos Frutales Blake desde que salió del hotel Tara con el corazón y el orgullo destrozados. Le gustaba trabajar en Batidos Frutales Blake y se preguntaba si dejarlo sería una forma de autocastigarse por la estupidez de enamorarse de Blake y de, además, haberlo obligado a admitir con su silencio que él no la amaba. En el fondo, sabía que dejar el trabajo era la única manera de preservar su dignidad tras haberse acostado con él y haberle abierto su corazón.

—Es mi propósito de Año Nuevo —le dijo a su hermana—. Duele demasiado seguir allí. Me da vergüenza.

—¿Por qué te avergüenzas? Todo el mundo comete errores.

—No todo el mundo se acuesta con su jefe y le dice que lo quiere.

—Tu problema, Martha, es que eres demasiado estricta. Quieres todo equilibrado y calculado.

—Esta vez cometí un error de cálculo. Grave.

—De acuerdo. ¿Y por qué no te perdonas a ti misma?

—Puedo perdonarme —insistió Martha—. De hecho, incluso pensaré en pintar el cuarto de baño; no rojo..., quizá azul claro — como los ojos de Blake. Suspiró—. No me veo trabajando con él. Tengo que salvaguardar mi cordura —en realidad, estaba loca desde aquella noche de octubre cuando Blake le habló de que le esperaba una hora de regalo. Tenía que distanciarse de él.

Si dejaba Batidos Frutales Blake no volvería a tener sueños eróticos con un hombre que podría haber sido el doble de Blake. Olvidaría cómo el Blake real le había hecho el amor. Recuperaría su mente, que diferenciaba entre fantasía y realidad; no volvería a enamorarse de hombres altos, guapos y rubios inadecuados para ella.

—No te precipites —le advirtió Nancy—. Es un buen trabajo, te han ascendido, has comprado una casa...

—Dimitir es lo sensato. Encontraré otro trabajo, o venderé la casa. No te preocupes por mí.

—No me digas que no me preocupe —murmuró Nancy. Se volvió hacia ella y le dio un fuerte abrazo—. Si quiero preocuparme, lo haré. Sólo prométeme que no volverás a enamorarte de alguien del trabajo.

—Ah, o sea que estás de acuerdo en que fue estúpido.

—Claro que fue estúpido —rezongó Nancy, soltando a Martha—. ¿Y qué? La mayoría de la gente sabe aprovechar las cosas estúpidas. Ése es tu problema, Martha. No sabes disfrutar de algo que vaya contra las reglas.

Martha no discutió, pero su hermana estaba equivocada. Si algo había aprendido, era que disfrutaba rompiendo las reglas y haciendo cosas sin sentido. Eso la asustaba tanto como haberse enamorado de un hombre que no la quería.

—Es broma, ¿no? —Doug la miró desde el umbral de su despacho—. No te irás, ¿verdad?

—No es broma, Doug —Martha sonrió débilmente—. He entregado mi dimisión.

—¿Por qué?

No podía decírselo. Ya había sido bastante difícil entrar en el edificio el primer día de trabajo del año, escribir su carta de

renuncia y llevársela a

Penny. Había oído la voz de Blake en el pasillo y se había metido en el armario de suministro; mejor ser cobarde que enfrentarse a él y permitirle ver su humillación.

—Razones personales —dijo, esperando que Doug tuviera el tacto de no hacer más preguntas.

Él entró en el despacho y miró a su alrededor, buscando evidencias de su partida. Aún no había empezado a recoger sus cosas. En su carta de renuncia se había ofrecido a quedarse un mes entero, o hasta que encontraran a alguien que la sustituyera. Habría preferido marcharse de inmediato, pero quería hacer las cosas con corrección. Entretanto, seguiría recibiendo su salario.

—¿Tienes otra oferta de trabajo? —Doug se sentó—. ¿Algo mejor? No, nada podría ser mejor que esto.

En eso tenía razón. No había una empresa tan flexible como Batidos Frutales Blake; donde los empleados tenían voz y voto en todas las decisiones.

—Aún no he encontrado nada —confesó. Colocó las manos sobre su regazo para no juguetear con un bolígrafo. Doug no debía saber lo tensa que estaba.

—¿Has empezado a buscar?

—Acaba de empezar el año —señaló ella—. Todas las empresas están recuperando el ritmo tras las fiestas. Empezaré pronto; o puede que me haga autónoma —dijo. Había empezado a considerar esa posibilidad tras su regreso de Connecticut. No tenía muchos ahorros, porque había invertido casi todo en la casa, y le costaría sobrevivir mientras se creaba una clientela. Era mala época; para poder aprovechar el periodo de las declaraciones de impuestos tendría que haberse anunciado en otoño, antes de la visita de su amante soñado.

—¿Por qué? —repitió Doug—. ¿No te gusta esto?

—Me encanta —admitió ella. Se mordió el labio—. Creo que necesito ir por mi cuenta durante un tiempo.

—De acuerdo —Doug encogió los hombros—. Razones personales. Pero debo decirte, Martha, que este lugar es fantástico en cuanto a razones personales. Recuerda cuando mi padre se puso enfermo. Blake me envió a casa y me dijo que no me preocupara de nada. Pude ayudar a mis padres sin pensar en el trabajo. Las empresas no suelen ser tan benevolentes.

—Lo sé.

—*Y yo* te necesito aquí —añadió—. Tienes muy buena cabeza para los negocios. Blake puede ser algo… ya sabes… disperso.

—Ha mejorado —discutió Martha—. Toma buenas decisiones ejecutivas. Celebra reuniones. Parece haberse hecho a la idea de que es presidente de una compañía.

—Sí —concedió Doug—. Pero sigo necesitando a alguien como tú; una aliada para mantener a Blake en el buen camino.

—Contratarás a alguien que me reemplace —dijo ella.

—Puede que Blake no escuche a otra persona. Sinceramente… —Doug se inclinó hacia ella— …creo que se esfuerza por actuar como presidente para impresionarte.

—¿Impresionarme? —ella rió con nerviosismo—. ¿Por qué iba a querer impresionarme?

—No lo sé. Pero es como si…, puede que no lo hayas notado, yo sí. En las reuniones, cuando hace una propuesta, siempre te mira para observar tu reacción. Creo que quiere demostrarte lo buen ejecutivo que es.

La insinuación de Doug la inquietó. Blake podía impresionarla de muchas maneras, y había utilizado la mayoría la noche después de la fiesta. Pero impresionarla en el trabajo…

—Actúa como un buen ejecutivo porque eso es lo que la empresa necesita.

—Creo que sacas lo mejor de él —afirmó Doug, acercándose como si estuviera confiándole un secreto vital.

Martha pensó que si fuera así, Blake se habría enamorado de ella. Le habría ofrecido su corazón. Quizá no quería que sacase lo mejor de él, sino ser lo que era y nada más. En cualquier caso, daba igual.

—Eso es muy halagador —dijo ella—. Me otorgas más mérito del que merezco…

—No. Sí que lo mereces. Sin ti aquí, todo se vendrá abajo. Estaba aquí antes de que llegaras. Batidos Frutales Blake no era lo que es ahora.

—Pero no es mérito mío.

—Si que lo es —insistió Doug, apretándole la mano—. Pregúntaselo a cualquiera. Pregúntale a Blake.

—¿Preguntarme qué?

Martha dio un respingo y estiró el cuello para mirar por encima de Doug. Blake estaba en el umbral, alto, esbelto y tan guapo que tuvo ganas de llorar. Tenía la mandíbula tensa; apoyaba una mano en el marco de la puerta y sus nudillos estaban blancos de tensión.

—Hablaba de Martha sobre… —Doug giró en la silla— …su decisión.

—De eso quiero hablarle yo —anunció Blake, entrando. Pareció

absorber todo el aire y energía del despacho.

Obviamente, sabía a qué se refería Doug. Penny debía haberlo informado. Martha deseó poder esconderse en el armario, no quería hablar con él.

Debía haber supuesto que tendría que hacerlo. Era su jefe, al fin y al cabo.

—Vete —le dijo Blake a Doug. No solía dar órdenes a sus subordinados, ni ser descortés; pero en ese momento parecía airado, a punto de explotar.

Martha comprendió que nunca había visto a Blake enfadado. Vio la sorpresa en el rostro de Doug pero, obediente, se levantó y salió. Blake cerró la puerta.

—Eso ha sido grosero —comentó ella.

Blake no se molestó en discutir. Cruzó la habitación y se sentó en la silla que Doug había abandonado. La miró fijamente. Ella vio que llevaba vaqueros y un suéter tan azul como sus ojos, y tenía el pelo revuelto. Captó su olor especiado y limpio, que le hizo recordar momentos eróticos.

—Penny me ha dicho que te vas —gruñó.

—He entregado mi carta de dimisión —confirmó ella.

—No puedes. No la aceptaré.

—¡Y un cuerno que no! —replicó ella, airada—. Si no te gusta, ¡despídeme!

—Martha —su voz sonó ronca, casi rota. Ella comprendió que luchaba contra sus emociones. Por desgracia, no eran las que ella deseaba—. No quiero que te vayas. Haré lo que quieras. Simularé... simularé lo que sea. Lo olvidaré todo. No abandones. Te necesito aquí.

—Yo no puedo olvidar —admitió Martha con pesar. La necesitaba allí, en el trabajo. No en su cama ni en su vida. Sólo en la empresa, controlando las finanzas—. No debería haberme acostado contigo, Blake. Fue un error, pero no podemos deshacer lo hecho Y no puedo olvidarlo ni simular que no ocurrió. Ni tú tampoco. Ambos lo intentamos y no funcionó.

—Eso fue porque no queríamos olvidarlo —señaló él—. Nos deseábamos. Aún te deseo. Pero para que sigas en la empresa, estoy dispuesto a... —calló, como si no estuviera seguro de a qué estaba dispuesto.

—¿Dispuesto a qué? ¿A dejar de desearme? Eso debería resultarte fácil —negó con la cabeza—. Soy yo, Blake. No puedo quedarme aquí. Tengo que irme.

—¿Tanto daño te hice? —parecía apesadumbrado—. Nunca

pretendí hacerte daño, Martha.

—No se trata de dolor —mintió ella. Sólo verlo le dolía—. Se trata de dignidad —explicó—. De orgullo. No puedo seguir trabajando aquí.

Rezó por no tener que dar más explicaciones. Estaba a punto de llorar y le temblaban las manos. Lo peor era que deseaba con desesperación que la consolara. Quería que la rodeara con sus brazos y le ofreciera un hombro sobre el que llorar. Quería que le murmurase que lo entendía, que lo sentía mucho y lo arreglaría todo.

Pero no podía arreglar nada sin reconocer que la quería. Y no era así. No podía hacer nada.

Excepto dejarla marchar.

Capítulo Once

Los inviernos de Cape Code solían ser inciertos. Antes de crear Batidos Frutales Blake, solía pasarlos haciendo trabajos temporales como barman en fiestas de empresa y reparando barcos. El tiempo solía ser malo: viento del norte, nevadas esporádicas y humedad.

Blake tenía alma de chico de playa y necesitaba vivir cerca del océano, aun fuera de temporada. El invierno era el precio que se pagaba por vivir en Cape Cod y disfrutar del mar cálido seis meses al año, ver la arena blanca, conducir un descapotable y sentir la brisa en el pelo. Siempre había aguantado bien los inviernos.

Pero no ese año. Ese año todo iba mal. El cielo estaba oscuro durante el día y las noches eran demasiado largas. Faltaban dos meses para el cambio de hora. Para que los días empezaran a alargarse y el sol brillara más.

En su casa parecía hacer frío todo el tiempo. Por alto que pusiera el termostato y por más leños que añadiera al fuego, se sentía destemplado.

El trabajo no lo ayudaba. La compañía iba de miedo, la planta embotelladora de las afueras de Chicago iba más rápida de lo que habían esperado. Los primeros pedidos de Vida Natural fueron grandes y Bruno Thompson estaba seguro de que los zumos embotellados se venderían bien.

A Blake le daba igual. Echaba de menos a Martha.

Era una estupidez. Era una mujer. Una mujer muy agradable, inteligente e inexplicablemente sexy. Pero sólo una mujer. Había conocido a otras y conocería a más; nada de compromisos, mujeres que no buscaran amor, que no exigieran algo que no estaba dispuesto a dar.

Por más que se lo decía, no conseguía creerlo. Era como la cita para cenar que había organizado al regresar de Chicago; se había obligado a hacerlo mientras deseaba estar con Martha y no con su acompañante. Si salía con otra mujer, ocurriría lo mismo. Se sentiría molesto, enfadado, solo y decepcionado porque ella no era Martha.

Lasreuniones de personal eran insoportables. La silla vacía de Martha parecía burlarse de él, golpeándole el alma. Las notas de Penny sobre los candidatos que había entrevistado para el puesto de Martha y la insistencia de Helen en que contratara a un nuevo

gestor financiero lo irritaban. Parecían no darse cuenta de que Martha era irremplazable.

Sentado en su despacho, ignoraba los papeles que se amontonaban en su mesa y pensaba en lo atípico que era para él sentirse nostálgico. Nunca había sido melancólico, había creído que le faltaba ese gen. Por lo visto, Martha había provocado una mutación.

—Despiértate —le gritó Doug.

Blake, que estaba mirando por la ventana, giró y encontró a su fiel subordinado a centímetros de su mesa. No sabía cuánto tiempo llevaba Doug allí de pie, mirándolo, sin que Blake notara su presencia.

—Perdona —Blake intentó sonreír, sin conseguirlo.

—Blake, tenemos un problema —anunció Doug.

—¿Ah, sí? —Blake estaba letárgico, excitado, solitario y de mal humor. Eso eran cuatro problemas.

—El nuevo contable dice que no podrá hacer la declaración de impuestos a tiempo. Quiere un ayudante.

—¿Y? ¿Tan grave es eso.

—¡Claro que sí! —Doug parecía frustrado—. Estamos gastando una fortuna en adiestrarlo, y quiere que gastemos aún más en ayuda temporal. Martha solía hacerlo todo sola. Incluso después de su ascenso, seguía haciendo trabajo de contabilidad.

—¿No lo dejó todo en orden? —Blake no podía creer que hubiera saboteado las cuentas antes de irse. Aunque lo odiara, era demasiado organizada y ética para no dejarlo todo al día.

—Claro que lo dejó en orden —gimió Doug—. Miré los libros con él. No es que sea contable, pero era obvio que todo estaba al día. Es imbécil.

—Penny me dijo que era el mejor de los que había entrevistado.

—Seguro. En enero, aquí sólo buscan trabajo camareros y personal de hostelería.

—Pues, de momento, tendremos que conformarnos con él —Blake encogió los hombros—. ¿Puedes seguir trabajando con él?

—¿Crees que no tengo suficiente que hacer? Pareces no darte cuenta de la gravedad de la situación —Doug se dejó caer en una silla, como si lo aplastara la ansiedad—. ¿Por qué dejaste que Martha se fuera? —gimió—. ¿Por qué aceptaste su renuncia?

Blake no podía decirle a Doug que le había roto el corazón y Martha ya no soportaba estar cerca de él.

—Quería irse, y yo quería que fuese feliz —dijo, asombrándose al comprender que era verdad. Realmente deseaba su felicidad.

—¿Y tú felicidad? —Doug clavó los ojos en él—. Tu empresa triunfa, se expande, crecen las responsabilidades; y tú tienes cara de funeral. ¿Qué te ocurre, Blake?

—Nada —Blake volvió a encoger los hombros—. Resaca de Año Nuevo.

—Año Nuevo fue hace más de un mes —Doug movió la cabeza —. Y en otoño estabas muy animado. Cuando recuperaste la cuenta con Vida Natural…

—La recuperó Martha —masculló Blake—. Lo hicimos juntos —añadió con voz sombría.

—Da igual cómo ocurriera, fue genial. La plantilla se entusiasmó. Contratamos personal, concedimos ascensos, celebramos una fiesta. Todo iba sobre ruedas. Y ahora… es como si hubieras echado el freno.

—¿Qué es esto? —Blake intentó manifestar indignación—. ¿La hora de psicoanalizar al jefe?

—Quiero saber si algo va mal —Doug, preocupado se inclinó hacia Blake y lo miró fijamente—. Por el bien de la compañía y por el bien de nuestra amistad.

—¿De veras quieres saberlo? —Blake buscó una mentira razonable y no la encontró—. Mi vida amorosa apesta.

—¿En serio? —Doug no había esperado esa respuesta. Tardó un momento en digerirla y luego suspiró profundamente—. Después de mi divorcio, mi vida amorosa era un asco —confesó—. Pero ahora tengo las manos llenas. ¿Quieres que te presente a alguien?

Blake parpadeó con sorpresa. Nunca habría adivinado que Doug tuviera éxito con las mujeres.

¡Había pensado en emparejarlo con Martha! Se preguntó si Martha también tendría las manos llenas, si estaba quitándose de encima a pretendientes y presentándoselos a amigas.

—¿Qué dices? —insistió Doug esperanzado—. ¿Quieres que te presente a alguien? Podríamos salir los cuatro.

—No necesito tu ayuda —lo cortó Blake—. Ya me arreglaré. No te preocupes por mí. Sólo asegúrate de que no hundo la empresa mientras esté así.

—Eso puedo hacerlo —Doug se puso en pie y le dio un apretón en el hombro. A Blake le costó no darle un manotazo—. En serio, amigo, dímelo si necesitas algo. Alguien que vaya a verte con unas cervezas, o a recordarte que la mayoría de las mujeres no merecen la pena. Quienquiera que fuese la que te hizo esto, Blake…

—Merecía la pena —afirmó Blake, antes de que Doug dijera nada más. No lo creía cuando lo dijo, pero mucho rato después, tras

decirse un millón de veces que Martha era historia y debería olvidarla, empezó a creerlo.

Martha miró los tres libros que había sobre la mesa de la cocina: *Si quieres: ¡anúdalo!, guía de macramé; Pétalo sí, pétalo no, arreglos florales,* y *Cómo amasar, manual para hacer pan.* Los había comprado pensando que quizá Nancy tenía razón y debía ser más creativa.

—¿Qué opinas, Lucy? —preguntó, alzando los libros uno a uno y dejándolos caer en la mesa—. ¿Cómo debería perder el tiempo?

Lucy dio un ladrido y golpeó la cabeza contra la puerta trasera.

—Nancy dice que debo probar cosas nuevas, dejar de limitarme —le dijo, tocando cada uno de los libros—. El macramé es hacer nudos en cuerdas —ya sentía un gran nudo en su interior—. Las flores podrían ser más alegres, sobre todo ahora, febrero es un mes aburrido —si llenaba la casa de flores se sentiría...

Romántica. Mala idea.

—Tal vez aprenda a hacer pan. ¿Qué opinas, Lucy? ¿Me imaginas hogareña?

Lucy ladró más fuerte y volvió a golpear la puerta. Martha captó la indirecta. Descolgó la correa que había junto a la puerta, se la puso a Lucy y abrió la puerta.

A la perra le encantaba estar fuera, aunque estuvieran bajo cero. Había montones de nieve gris en las aceras, esperando a que marzo las derritiera. Los árboles estaban pelados y las pocas manchas de hierba que se veían eran de color paja. Un día perfecto para hacer nudos o pan, pensó Martha, temblando de frío.

Lucy tiraba de la correa, oliéndolo todo. A pesar del tiempo, Martha se alegraba de no haber tenido que trasladarse. Había encontrado trabajo en una cadena dedicada a realizar declaraciones de la renta. Los había entusiasmado encontrar a alguien con su experiencia. No habían podido igualar su salario anterior, pero tampoco habían preguntado por qué había dejado Batidos Frutales Blake. Era menos sueldo, pero al menos podía recuperarse en privado, sin ver a Blake todos los días, además de pensar en él cada minuto.

—Nunca te enamores, Lucy —le dijo a su perra, que olía con entusiasmo un arbusto—. Y si eres tan estúpida como para enamorarte, no lo hagas con alguien inadecuado, un rubio guapo, o tu jefe, o las dos cosas —Lucy siguió olisqueando—. Y si lo haces, no se lo digas. La sinceridad no siempre es buena política.

Echaba de menos a Blake. Si no hubiera abierto su bocaza, quizá seguiría trabajando con él y compartiendo su cama algunas noches. La aventura podría haber seguido mientras él quisiera.

—Pero después… —tiró de la correa— …habría dolido el doble. Mil veces más —se corrigió.

Llegaron a la playa, vacía. A principio del invierno, le había encantado la amplitud de la playa, el color pizarra del mar y el viento helado. Se había imaginado caminando por allí de la mano de Blake. Lo había visto tirándole un palo a Lucy y acariciándole las costillas. Después, los tres volvían a casa de Martha, ponían comida a Lucy y ellos dos subían al dormitorio y hacían el amor.

—No estoy hecha para el romance, Lucy —le dijo a la perra que, en éxtasis, olía cada alga, cada palo mojado, y cada piedra.

Martha necesitaba un sueño nuevo. Cuando volvieran a casa, después de poner agua y comida a Lucy, haría arreglos florarles y ataría cuerdas.

Iba a necesitar más que eso; tendría que iniciar su propio negocio. El contrato que tenía acabaría a finales de abril; para entonces podría abrir su propio despacho. Haría publicidad y echaría tarjetas en los buzones del vecindario.

Quizá se enamorase de su trabajo, pensó con optimismo forzado. Entonces no tendría tiempo ni energía para pensar en el hombre que le había robado el corazón.

—Es la última vez —se prometió Blake, avanzando lentamente por la calle de Martha. Había pasado ante su casa dos docenas de veces en el último mes.

Pero no acechaba a Martha, sólo pasaba ante su casa. Una vez más. La nieve empezaba a derretirse, el cielo estaba azul y llevaba la capota del coche bajada, aunque estaban en marzo y hacía demasiado frío.

No entendía su necesidad de pasar por su calle. Hacía más de dos meses desde su dimisión, cinco semanas y media desde su partida. Ignoraba dónde estaba trabajando. Era posible que hubiera vuelto a Boston y vendido su casa, aunque suponía que habría visto el cartel. Pasaba por allí muy a menudo.

En realidad, no sabía qué haría si la viera en la acera, o limpiando el jardín. Podía detenerse, saludar y preguntar cómo le iba, pero no estaba seguro de poder hacerlo. Era capaz de decir una estupidez como: «¿Qué te parecería un revolcón, por los viejos tiempos?»

Incluso podría ponerse sentimental y decir: «Te he echado mucho de menos». Era cierto, pero ella podría interpretarlo como que la amaba. Lo que echaba de menos era su inteligencia y cómo lo inspiraba para trabajar mejor, planificar y dirigir su empresa. Echaba de menos sus conversaciones con ella, y su risa. Sus besos,

su aroma, cómo lo abrazaba al llegar al orgasmo.

Nada de eso tenía que ver con el amor. Pero ella podría pensar que sí. Las mujeres solían cometer ese tipo de errores.

Por suerte, ella no estaba afuera, así que no tenía que preocuparse. Detuvo el coche e inhaló el primer indicio primaveral que traía la brisa. La casa tenía buen aspecto: el jardín estaba cuidado y no faltaban tejas. Oyó el sonido apagado de ladridos en el interior de la casa.

Lucy estaba ladrando. Como una loca. Debía ser uno de esos perros que se volvían locos cuando un extraño se acercaba a la casa.

Pero no lo había hecho en octubre, cuando Blake ayudó a Martha llevando la bicicleta al porche. Lucy había ladrado amistosamente, no con desesperación, como hacía en ese momento.

Blake sabía que estaba algo desequilibrado; no pasaría por delante de casa de Martha varias veces a la semana si estuviera cuerdo. Pero la perra de Martha intentaba comunicar algo. Algo malo.

Salió del coche y fue hacia la puerta. Cuanto más se acercaba a la casa, más ladraba la perra. Se dijo que lo peor que podía ocurrir era que Martha estuviera en casa y que ambas estuvieran perfectamente. Tendría que explicar qué hacía ante su casa y por qué lo habían preocupado los ladridos. Diría que estaba en el vecindario y había parado a preguntar qué tal le iba y… por cierto, «¿Qué tal un revolcón, por los viejos tiempos?»

Llegó al porche trasero y la perra empezó a sonar histérica. Subió los escalones rápidamente. La bicicleta no estaba. Martha debía estar dando una vuelta.

Se preguntó si iba en bicicleta a su nuevo trabajo y si su jefe la llevaba a casa al final del día. Y si le gustaría tanto como él y si se había enamorado de otro. Le haría feliz que fuera así, se juró.

Olió algo raro, acre. Oyó golpes y arañazos en la puerta. La perra intentaba salir.

—¿Martha? —Blake llamó a la puerta. El olor era intenso. Humo. Golpeó la puerta con el puño—. ¡Martha!

La perra aulló y ladró desesperadamente.

—¡Maldición! ¡Martha! —tiró del pomo. La puerta estaba cerrada. Volvió a gritar, tosiendo por el humo.

Tal vez estaba dentro, herida. Su casa se quemaba y la perra intentaba conseguir ayuda. Blake tenía que entrar. Golpeó la puerta con el hombro, una y otra vez, hasta que le dolió el brazo. Al quinto golpe, la jamba se astilló y la puerta se abrió.

La perra casi lo tiró al suelo al salir. Blake no la culpó. La cocina

estaba llena de humo. Maldiciendo, Blake se tapó la cara con el brazo y gritó el nombre de Martha. No hubo respuesta.

Vio que el humo salía del horno. Cruzó la cocina, y abrió la puerta del horno. Una columna de humo negro llenó la habitación. Agarró unos paños de la encimera, y sacó una bandeja con algo que parecía un ladrillo, carbonizado. Hasta que no estuvo en el fregadero, cubierto de agua fría, no se dio cuenta que parecía pan.

Pan carbonizado.

Cerró el grifo, abrió las ventanas e intentó dispersar el humo. Fue a la sala y abrió otra ventana. Volvió a llamar a Martha, esperando que el humo no la hubiera dejado inconsciente. Podía estar desmayada en el suelo.

Subió las escaleras. El humo no había llegado allí.

—¿Martha? —llamó de nuevo, ya convencido de que no estaba en casa.

Llegó a un pequeño descansillo con tres puertas: dos dormitorios y un cuarto de baño. Sin saber cómo, estuvo seguro de cuál era el de Martha.

—¿Martha? —llamó a la puerta y la abrió lentamente. Cuando entró, tuvo la intensa sensación de que había estado allí antes.

No creía en cosas místicas, recuerdos de otras vidas y esas historias. Pero al ver la cama de bronce, el tocador de roble, el espejo, la mecedora y las cortinas azules... la radio reloj despertador en la mesilla, con sus números rojos, las almohadas y el edredón azul... Conocía el tacto de ese edredón.

Y el aspecto de Martha en la cama. Con un pijama de algodón blanco, los ojos oscuros y expectantes, el cuello a la espera de un beso, su respiración agitada.

Dio un paso atrás, convencido de que había estado allí con Martha. En la cama. Haciéndole el amor. No había ocurrido, pero la sensación era tan fuerte...

Un grito en la planta baja lo sacó de su trance. Corrió escaleras abajo.

—¡Ay Dios, ay Dios mío! —gritó Martha. Él irrumpió en la cocina y la encontró en el centro de la habitación, con un cuchillo de carne en la mano y Lucy corriendo alrededor de sus piernas.

—¡No me mates! —chilló Blake.

Ella parpadeó, abrió la boca y bajó la mano. Tardó más de un minuto en dejar el cuchillo en la encimera.

—¿Qué diablos haces aquí? —le preguntó—. Asaltar mi casa...

—Tu casa se estaba quemando —replicó él. Alzó los hombros—. Bueno, una barra de pan se quemaba en el horno —señaló el

fregadero.

Ella miró dentro e hizo una mueca. Sacó el pan y, arrugando la nariz, lo tiró, bandeja incluida, a la basura.

Blake entró y observó que llevaba vaqueros, una sudadera color crema y tenía el pelo revuelto. Cuando se volvió hacia él, admiró su rostro. No era de los que aparecían en portadas de revista, pero sí bello.

—¿Cómo entraste? —preguntó ella, con suspicacia.

—Creo que es obvio —contestó él, señalando la puerta con el cierre reventado.

—¿Por qué?

—Estaba... —«conduciendo alrededor de tu casa porque estoy loca y no puedo evitarlo»— ...en el vecindario y oí a tu perra ladrando y aullando. Pensé que algo podía ir mal. De hecho, algo iba mal.

—¿Qué? ¿Una barra de pan quemándose?

—La cocina estaba llena de humo —se defendió él—. La perra estaba como loca. No supe de dónde salía el humo hasta que entré. Grité, aporreé la puerta; no contestaste y pensé que podías estar herida —hizo un gesto indignado—. Algunas personas me llamarían héroe.

—Otras te llamarían intruso —dijo ella, pero la tensión pareció disiparse de sus hombros—. Llegué con la bicicleta y vi que alguien había entrado forzando la puerta. No puedes culparme por sentirme alarmada.

Podía culparla por ser testaruda y poco realista, por dejar el trabajo en Batidos Frutales Blake y por insistir en que no deseaba una relación sin amor; pero no podía culparla por asumir que había un ladrón dentro de su casa. Comprendió que lo había aterrorizado pensar que podía haberle ocurrido algo y no había pensado ni un segundo en la puerta.

Se dio cuenta de que tenía problemas. Incluso sabiendo que ella lo había querido, que la había decepcionado y que no pensaba sufrir por él, la deseaba.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien —contestó ella, sin mirarlo a los ojos—. ¿Y tú?

—El nuevo contable no es tan bueno como tú —encogió los hombros—, pero vamos tirando —deseó besarla—. ¿Encontraste otro trabajo?

—Sí. Está bien, no puedo quejarme.

Sin embargo, el oyó un tono de queja en su voz. Estuvo a punto de decir: «Los dos estamos mal. ¿Por qué no vuelves? ¿Por qué

tuviste que estropearlo todo hablando de amor? ¿Por qué no subimos a tu habitación para que descubra por qué me resulta familiar? Después podríamos hacer el amor».

—Será mejor que me vaya —decididamente no era lo que quería decir, pero no se atrevía a expresar sus pensamientos. Antes de conocer a Martha no habría sido tan cobarde, le habría dado igual. Ya no era así.

Todos sus instintos clamaban que la tomara en brazos y la besara hasta que quisiera lo mismo que él. Pero no podía hacer nada al respecto. Sólo irse.

Mucho después de que Blake se fuera, el corazón de Martha seguía palpitando desbocado.

Debería haberle agradecido que forzara la puerta y apagase el horno antes de que el pan llameara y la casa se hubiera quemado. Quizá había salvado la vida de Lucy. Sí, era un héroe y debería habérselo dicho.

En cualquier caso, abandonaría sus intentos de hacer pan. Había renunciado al macramé al tercer intento: el cinturón que había hecho era feo, el macetero para plantas estaba torcido, y el adorno para la pared parecía un saco comido por las polillas.

Casi había quemado la casa.

Era un desastre. Aún peor, era grosera. Debería haberle dado las gracias a Blake, haberse tirado a sus pies y confesado que lo echaba de manos cada minuto del día y de la noche. Debería haberle dicho que estaba dispuesta a aceptar sus términos, a olvidar el amor y el para siempre jamás. Podría haber retrasado su dolor hasta el momento en que se cansara de ella.

Pero se le daba tan mal aceptar las migajas de pasión como hacer pan o nudos artísticos. Sólo sabía trabajar con números, seguir las reglas y ser una contable modosa y callada.

—¿Qué haces, Lucy? —le preguntó a la perra que tenía el morro metido en su cacharro de agua. Lucy alzó la cabeza y pareció mirarla con aire reprobador.

—Él te gusta, lo sé —Martha sacó una botella de agua de la nevera—. Pero te gusta cualquiera que te rasque las costillas. Eres demasiado promiscua.

Lucy volvió a meter el morro en el agua.

Martha subió las escaleras con la botella en la mano, recordando lo ocurrido desde que descubrió la puerta forzada hasta la marcha de Blake. Se preguntó qué hacía él en su vecindario. Había visto un descapotable aparcado frente a su casa, pero la habían distraído los ladridos de Lucy desde el porche, cuando sabía que la había dejado

dentro de la casa.

En el dormitorio, fue hacia la cómoda para desenredarse el pelo. Se miró en el espejo y frunció el ceño. Había algo distinto, no en ella, sino en la habitación.

Se dio la vuelta y escrutó el dormitorio meticulosamente. Nada parecía fuera de lugar. La cama estaba hecha, las cortinas abiertas, el albornoz sobre la mecedora, donde lo había dejado esa mañana. Aun así, algo se sentía distinto.

—Quiero mi dormitorio —murmuró—. Quiero recuperar mi vida.

Pero la había perdido en octubre, cuando una fantasía invadió el dormitorio. La posibilidad de que todo su universo hubiera sido permanentemente alterado por el regalo que aceptó esa noche la asustaba más que llegar a casa y encontrarse la puerta rota y la cocina llena de humo. Era una idea terrorífica.

Capítulo Doce

Marzo llegó a su fin. Las hojas de los tulipanes empezaron a brotar de la tierra, el aroma del océano llegó al interior y Blake descubrió que seguía funcionando.

No había pasado por delante de casa de Martha desde el día que había entrado por el humo. No se había perdonado por no tomarla entre sus brazos y besarla cuando tuvo la oportunidad, pero empezaba a curarse de su obsesión por ella. No era su tipo y él no era el tipo de ella. Estaba recuperando el sentido común.

Se concentraba en el trabajo y se llevaba informes a casa los fines de semana para no pasarse el sábado buscando excusas para no recorrer su vecindario. Estaba en una cruzada anti Martha y dispuesto a hacer lo que fuera para sacársela de la cabeza.

—Creo que deberías ir —le aconsejó Doug, cuando recibió una invitación a la boda de Tracy Thompson—. Vida Natural está abriéndonos el camino en la zona centro. Sería inteligente reforzar tu amistad con Bruno.

—Tuve una aventura con la novia —le recordó Blake, mirando la invitación—. ¿Cómo voy a ir a su boda?

—Yendo. Sé agradable. Dale la mano al novio y no menciones que pasaste unas tórridas noches con Tracy en Jamaica —al ver la expresión dubitativa de—Blake, añadió—. La última vez que fuiste a Chicago, regresaste cambiado, lleno de energía e ideas. Esa ciudad es un tónico para ti. Creo que deberías ir.

Blake había vuelto de Chicago como amante de Martha. Eso era la causa de su energía. La ciudad no tenía nada que ver.

Le envió a Tracy una nota excusándose por no ir, junto con un juego de vasos con borde de plata y una caja de Batidos Frutales Blake.

Se dijo que iba a mejorar. Era como un alcohólico en proceso de desintoxicación, avanzaba día a día, y se felicitaba cuando pensaba en Martha sin sufrir punzadas de soledad, excitación o arrepentimiento. Esperaba que, con el tiempo, dejaría de pensar en ella.

Las noches eran peores que los días, pero al menos estaba solo y nadie lo veía. Se tumbaba en la cama y recordaba el peso de su cuerpo sobre él, el cosquilleo de su cabello en la barbilla, su mano deslizándose por su pecho y, de repente, bajando hacia el objetivo

final. El recuerdo lo excitaba y después le resultaba imposible dormir. Se preguntaba si serviría de algo llevar a otra mujer a su cama, pero temía reaccionar con descortesía, por ejemplo, cerrando los ojos y deseando que fuese Martha.

Le habría gustado saber cómo le iba. Si había instalado un detector de humo en la cocina. Por qué había estado haciendo pan aquel día. Martha no presumía de cocinera y había buenas panaderías a poca distancia.

La noche del primer sábado de abril estaba solo en casa, como ya era habitual. Sacó la parrilla de gas al porche, se hizo una hamburguesa y la consumió, con una cerveza, ante el televisor. En otros tiempos habría estado con una chica, cenando en un restaurante del paseo marítimo o compartiendo enchiladas en su mexicano favorito, cerca del aeropuerto. Pero desde octubre, nada era como antes.

Esa noche tendría que adelantar la hora. A las dos, serían las tres. Siempre le había gustado el cambio horario de otoño, cuando ganaba una hora. En abril, en cambio se la quitaban. Por desgracia, no tenía ni voz ni voto en el asunto.

Si su vida fuera normal, no le importaría perder esa hora; estaría tan ocupado con su chica que ni se daría cuenta. Pero gracias a Martha, lo notaba todo: cada decepción, cada sacrificio.

Vio la televisión hasta que le pudo el aburrimiento y dejó que Martha penetrase en su mente. Recordó lo divertido que había sido ver una película mala con ella, cuánto disfrutaban hablando, lo familiar que le había resultado su dormitorio al verlo. Intentó bloquear la mente y alejar esos pensamientos. Fue al cuarto de baño y se dio una larga ducha. Después se fue a la cama.

Estaba cansado. Exhausto, como si hubiera corrido una maratón. Como después de hacer el amor con Martha; pero entonces también estaba sonriente, satisfecho, encantado por esa fatiga que le impedía moverse. En ese momento, el placer no tenía nada que ver con su cansancio.

Apagó la luz de la mesilla. El reloj marcaba las doce cuarenta y cinco. Debería adelantarlo una hora, pero estaba demasiado cansado. Lo haría por la mañana.

El sueño lo envolvió como un manto de oscuridad, pero no cálido ni reconfortante. Oía un tictac, a pesar de que el reloj era eléctrico y no hacía ruido.—Debía ser la rama de un árbol en el tejado, o los radiadores, o el latido de su corazón.

De pronto, se dio cuenta de que alguien había entrado en su habitación. Se sentó y la vio: una sombra de mujer, una silueta, un

espíritu.

No, no era un espíritu. Era Martha, y Martha estaba viva, así que no era un fantasma. Era una... presencia. Captaba el aroma limpio y fresco de Martha y su calidez llenaba la habitación. Sonrió. Martha estaba en su dormitorio, acercándose a la cama. Daba igual que fuera un sueño. Era el mejor sueño que tenía en años. Extendió la mano.

—No —susurró ella. Aunque apenas oyó su voz, creyó identificarla con esa palabra.

—Ven aquí —dijo, sonriendo. No era típico de ella hacerse la difícil, pero si ése era su juego, lo aceptaría; siempre y cuando acabara en la cama con él, en sus brazos.

—Esto no es un regalo —susurró una voz insustancial. Él apenas la veía en la oscuridad.

—Yo te daré un regalo —prometió él—. Ven aquí y te daré lo que quieras.

—Has perdido una hora. Se ha ido. Se perdió.

Rodeó la cama y fue hacia el reloj despertador. Estaba tan cerca de él que podría haberla tocado, pero no podía mover los brazos ni ir hacia ese lado de la cama. Sólo veía su sombra ocultando el reloj.

—Ya está —susurró ella—. Está hecho. Esa hora se ha perdido.

Se apartó y él vio que la esfera luminosa del reloj marcaba las tres. Enfadado, iba a gritarle por tocar su reloj cuando descubrió que no estaba.

Aulló, abrió los ojos y se descubrió sentado en el centro de la cama, desnudo y cubierto de sudor, con el corazón latiendo como un tambor.

—Un sueño —dijo, intentando calmarse—. Sólo un mal sueño.

No recordaba la última vez que había tenido una pesadilla. Seguramente cuando era un niño y soñaba que le hacían un examen para el que no había estudiado. Era un tipo feliz y saludable, sin esqueletos en el armario ni problemas psicológicos sin resolver. Las pesadillas eran cosa de neuróticos, no suyas.

Pero había sido una pesadilla muy real. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, vio que la puerta estaba cerrada, como la había dejado. Giró para encender la lámpara y dio un bote. El reloj marcaba las tres.

—Menuda tontería —pensó, aunque el corazón se le había disparado. Debía haber dormido una hora, luego tuvo el sueño y se había despertado a las tres.

Para asegurarse, se levantó y fue hacia la cómoda, donde había dejado su reloj de pulsera. Marcaba las dos.

El corazón le dio un vuelco y casi se paró.

—De acuerdo —masculló. No estaba loco, había tocado un botón del reloj sin darse cuenta, nada más. Al apagar la lámpara debía haber rozado el botón de ajuste de hora con el codo; aunque estaba en la parte de atrás, justo para evitar eso, y no era nada fácil.

Alguien había cambiado el reloj. El fantasma, la mujer con la que había soñado y susurraba que se había perdido.

—Has perdido la cabeza, eso es lo que has perdido —se dijo Blake. Pero las palabras resonaban en su cabeza: «Se ha ido. Se perdió».

Ella no se refería a su cabeza. Hablaba de la hora que había perdido y de otra cosa, de una pérdida mucho mayor. La pérdida del regalo más precioso que le habían hecho nunca. El amor de Martha.

Martha no llevaba más de una hora dormida cuando Lucy empezó a ladrar. Había pretendido acostarse antes, pero se había sentido obligada a leer el libro de arreglos florales de principio a fin, por si encontraba alguno que se creyera capaz de copiar. Tenía la premonición de que las flores se le iban a dar tan mal como el macramé y el pan. Los bonsáis eran fantásticos, pero dudaba poder llegar a educarlos; a duras penas había conseguido adiestrar a su perra. Ni siquiera se había enseñado a sí misma a no hacer el tonto por amor. Un árbol miniatura no le haría ningún caso.

Antes de acostarse, recorrió la casa adelantando todos los relojes. Le costó dormirse. Su cuerpo se quejaba de que era una hora antes de lo que indicaban los dígitos rojos del despertador. Pero lo había conseguido.

Y Lucy, la perra mal adiestrada, decidía entonar un aria canina en mitad de la noche. Martha maldijo. Lucy corría entusiasmada por el dormitorio.

—Calla —gruñó—. ¿Qué te pasa? ¿Hay fuego?

Lucy abrió la puerta del dormitorio con el hocico y ladró un poco más.

—Vale, vale. Tú ganas —disgustada, Martha se sentó, y se puso la bata que había sobre la mecedora. Oyó un golpe en la puerta. Lucy también debió oírlo porque soltó un ladrido corto y seco, como diciendo «¡Te he avisado!», y corrió escaleras abajo.

¿Quién podía llamar a la puerta a esas horas? Quizá un vecino se había puesto enfermo, o necesitaba ayuda; pero habría telefoneado, en vez de aporrear la puerta. Quizá un conductor había tenido un accidente; si era el caso, llamaría a la policía sin abrir la puerta.

Mientras bajaba las escaleras, pasándose la mano por el pelo, oyó los golpes con más claridad. Eran fuertes e insistentes. Suspiró y encendió la luz del porche. Puso la cadena de seguridad y abrió la puerta un poco.

Blake tenía el puño levantado, como si fuera llamar de nuevo. Tenía el pelo revuelto, la camisa le colgaba por fuera del pantalón y bajo la chaqueta vaquera.

—¿Qué haces? —preguntó, sin quitar la cadena—. ¿Por qué estás aporreando mi puerta como un maníaco?

—El timbre no funciona —explicó él.

—Me refería a... —entraba una brisa desde fuera, pero ella sentía calor—. ¿Qué haces aquí? ¿Sabes qué hora es?

—No podía dormir —dijo él. Esbozó una sonrisa entre atribulada y esperanzada—. Tuve una pesadilla. En el sueño yo... —la miró con un deseo que provocó una llama en ella, como si sus ojos hubieran llegado hasta su alma, encendiéndola—. Se suponía que debía perder una hora, pero te perdía a ti.

Ella no sabía qué decir así que optó por el silencio. Blake la había perdido, pero nunca la había querido, así que no era una pérdida real. Además, no la halagaba demasiado que la equiparase al adelanto de hora primaveral en su sueño.

—Déjame entrar, Martha —murmuró él.

Martha lo estudió por la abertura. La luz ambarina del porche iluminaba su cabello, que parecía dorado, y difuminaba los planos de su rostro. Lo odió per ser tan guapo, tan capaz de excitarla con su mera existencia. Lo odió por aparecer en su puerta una noche en la que le costaba dormir; igual que todas las noches desde que le había dicho que lo quería.

—Te quiero —dijo él—. Déjame entrar.

El corazón de Martha dio un bote. No podía decirlo en serio. Era capaz de cualquier cosa para entrar, y si entraba no tendría defensas contra él. Volvería a enamorarse irremediablemente. Más si cabía.

Pero ya era demasiado tarde. La cadena de seguridad no era defensa contra él. Ya estaba en su corazón, y no daba la impresión de ir a abandonarlo nunca. Con desgana, pero con sensación de que era inevitable, quitó la cadena y abrió la puerta.

Él entró, cerró y la estudió en la penumbra. Lucy olisqueó sus deportivas y se sentó encima, como si quisiera dejar claro a Martha que no lo dejaría marchar. Blake se agachó y rascó a Lucy detrás de las orejas. La perra gruñó con satisfacción.

—Martha —Blake la miró—. Llevo meses volviéndome loco. No

sabía por qué hasta esta noche, cuando viniste.

—¿Qué? —agarró las solapas del albornoz—. Yo no fui a ningún sitio. Estás loco.

—Viniste a mi dormitorio mientras dormía.

—No seas tonto —Martha soltó una risita nerviosa—. Eres tú quien entra en las casas de la gente, no yo.

Había entrado en su casa el día que se quemó el pan. Y también en octubre, la noche del cambio de hora. Había entrado en su dormitorio mientras dormía, y al despertar Martha comprendió cómo sería amarlo.

—Quizá soñaste que estaba en tu casa —le dijo, estremeciéndose al pensar que pudiera haber tenido un sueño parecido al de ella.

—Es posible... pero parecía muy real.

—El sueño... —se aclaró la garganta—... ¿era erótico?

—No —él sacudió la cabeza y se rió—, era horrible. Tú entrabas, tocabas el reloj de la mesilla y decías que había perdido una hora. Pero yo sabía que me estabas diciendo que había perdido algo más importante. Tenías razón —dejó a Lucy y tomó las manos de Martha —. Te perdí a ti. Te quiero Martha. He tardado todo este tiempo en comprender por qué me estaba volviendo loco. Es porque te había perdido, y te quiero y te necesito en mi vida.

Ella había deseado oír esas palabras la última vez que habían hecho el amor. Pero no sabía si creerlo.

Estaba de rodillas ante ella, aferrándose a sus manos como a un salvavidas. Era imposible no creerlo. Y sus ojos, esos bellos ojos azules que la habían hipnotizado desde que los vio por primera vez, eran sinceros. Siempre lo habían sido. Pero ahora veía en ellos amor y necesidad.

—¿Sigues queriéndome? —preguntó él.

—Sí —afirmó ella. Tenía que ser tan sincera como él.

—¿Puedo compensarte por estos últimos meses? ¿Puedo dar marcha atrás a los relojes, para que todo vuelva a ser como era entre nosotros?

Ella tiró de él para levantarlo, pero era demasiado grande y pesado, así que acabó arrodillándose para mirarlo a los ojos.

—Estoy pensando que será mejor que lo hagas —dijo con ternura, liberando el amor que ya no tenía por qué ocultar—. Porque soy un fracaso haciendo pan.

—¿Son tus únicas dos opciones? —preguntó él, obviamente extrañado—. ¿O me quieres o haces pan?

—O hago arreglos florales o ato nudos. Mi hermana me dijo que buscara un pasatiempo que me mantuviese ocupada hasta que

pudiera olvidarte. Ninguno funcionó. Sólo se me dan bien los números.

—Y montar en bicicleta, y cuidar de Lucy. Y pensar, y reír y hacer el amor. Y soportarme —concluyó con voz esperanzada e interrogativa.

—Eso es todo —corroboró ella—. En todo lo demás, soy bastante desastre.

—Mientras puedas hacer el amor y soportarme, lo demás da igual —la abrazó y le dio un beso. Lucy gruñó cuando la apartó con la rodilla, pero no hizo caso—. Vamos a la cama —murmuró—. Sólo quiero abrazarte, toda la noche.

—¿No quieres hacerme el amor? —preguntó ella, simulando ofenderse.

—Eso también. Mientras sea toda la noche. Mientras no acabe.

—De hecho, ésta podría ser la noche más corta del año. Perdimos una hora, no lo olvides.

—Encontramos todo lo que necesitamos —se puso en pie y la alzó con él. Luego la tomó en brazos—. Prométeme que estarás conmigo para siempre —pidió, subiendo las escaleras.

—Soy una contable seria que sigue todas las normas —le recordó ella, hundiendo el rostro en su hombro—. Si es para siempre, tendrá que ser legal.

—De acuerdo. Cásate conmigo.

—¿En serio? —ella no se atrevió a sonreír.

—Claro que es en serio. Cásate conmigo, Martha. Sé que me quieres. Y yo te quiero a ti. Lo legalizaremos —se detuvo ante la puerta de la habitación, esperando su respuesta.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—Entonces, sí —sonrió—. Me casaré contigo.

—Has tardado bastante en decidirte —farfulló él, simulando enfado—. Ya era hora de que dijeses que sí.

—Tienes razón —dijo, mientras cruzaba el umbral con ella en brazos—. Ya era hora.

fin